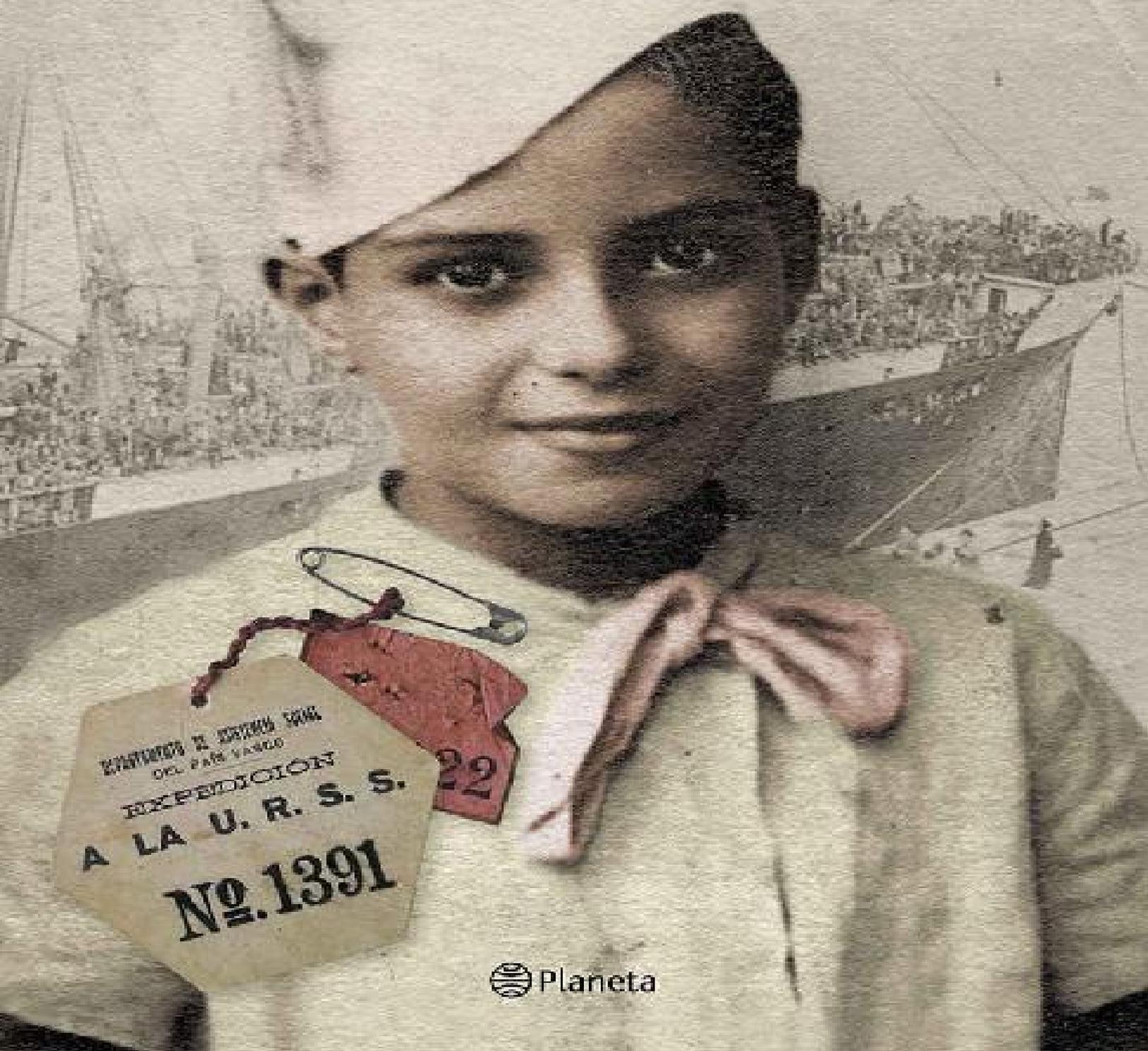


RODOLFO LUNA ALMEIDA

MARINKA

UNA RUSA NIÑA VASCA



MELUBTUXU

EX



LIBRIS

Marinka
una rusa niña vasca

Marinka,
una rusa niña vasca

Rodolfo Luna Almeida

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Chatilla

Marinka

Marina

Epílogo

Mujeres

Luna Almeida, Rodolfo
Marinka, una rusa niña vasca / Rodolfo Luna Almeida. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-49-6039-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2017, Rodolfo Luna Almeida

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Imagen de tapa: Gentileza de Marina González de Apodaca

Todos los derechos reservados
© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6039-3

A Marina, a los Niños de la guerra.

CHATILLA

*Nadie duerme como ayer
cuando los ojos se taparon
de humo,
el cielo de fuego
y los hombres se
dispersaron
en montañas de acero.*

1

La sirena del *Habana* pita dos veces en el muelle de Santurce y la chimenea lanza una fuerte bocanada gris. La nota, grave y sostenida, es la única música que hiera el silencio de la despedida. Aferrada a la baranda de cubierta, Marina siente que el alfiler de gancho que prende la tarjeta hexagonal de cartón DEPARTAMENTO DE ASISTENCIA SOCIAL DEL PAÍS VASCO - EXPEDICIÓN A LA URSS - Nº 1391 atraviesa su tapadito, su blusa blanca y va a clavarse en el medio del corazón. Una araña negra y opresora se le instala en el pecho y en el pensamiento. La inocencia de sus diez años, rasgada sin aviso por la guerra civil, no puede presentir que su vida estará signada por lo que se pierde, lo que naufraga tras la última espuma de la estela y queda para siempre en la distancia.

Es sábado, 13 de junio de 1937. Va a cumplirse un año del levantamiento militar contra la República, en julio de 1936, frustrado en las principales ciudades de la península pero que ha hecho pie en las provincias más conservadoras y en los territorios coloniales españoles de Marruecos, al norte de África. Los sublevados confiaban en apoderarse de Madrid y otras ciudades rápidamente y los ha sorprendido una fuerte resistencia popular, de los sindicatos y partidos de izquierda, que han enfrentado a los golpistas con las armas arrebatadas en los cuarteles rebeldes, sobrepasando las vacilaciones del gobierno republicano e incluso las de sus propios dirigentes y han formado milicias obreras por toda España. El fracaso inicial del golpe desata la guerra civil. La resistencia popular —particularmente en Cataluña— deriva en insurrección, como las de los campesinos y mineros asturianos de 1933 y 1934. Los trabajadores toman el control de numerosas industrias, abandonadas por sus patrones, quienes huyen a la zona controlada por los amotinados. Se colectivizan fábricas, fincas, transportes, el abastecimiento y otros servicios. El orden público es asegurado por las milicias obreras, así como el peso del enfrentamiento militar a los golpistas. Ante la crisis del gobierno civil y sus instituciones, el funcionamiento de la vida cotidiana queda en manos de los comités antifascistas, que son el verdadero gobierno en municipios y ciudades. En su lucha contra el alzamiento, los humildes de España ven llegada la hora de sacudirse siglos de explotación e injusticias y arremeten contra los símbolos del poder: el Ejército, los terratenientes, la Iglesia. Una revolución social, con foco en Barcelona, atraviesa toda la península.

Los alzados, apoyados por las organizaciones paramilitares de la Falange fascista y el Requeté carlista, los propietarios de tierras y la Iglesia católica constituyen gobierno en Burgos y depositan el mando en manos del opaco general Franco luego de la muerte accidental del general Sanjurjo, líder original de los conjurados. En un par de meses, dominan la tercera parte del territorio nacional, una cuña recostada en la frontera con el Portugal fascista de Salazar que va desde Algeciras a La Coruña y que alcanza los Pirineos cortando en dos a la España republicana. Al norte queda aislada la franja cantábrica que componen Asturias, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa. Desde el centro hacia el levante —con Madrid, que tras rechazar varios ataques ha frenado a los sublevados en los suburbios de la ciudad— el gobierno de la República controla

Cataluña, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva y una parte de Andalucía.

La provincia de Vizcaya, bloqueada por mar y por tierra, resiste en el norte la ofensiva del ejército franquista y es castigada sin piedad por su aviación que busca destruir fábricas, estaciones, puertos, carreteras y por sobre todo la moral de roca del pueblo vasco. El 26 de abril de 1937, lunes de mercado en Guernica, los modernos bombarderos y cazas de la Legión Cóndor alemana experimentan las tácticas de bombardeo abierto e indiscriminado de ciudades. Como la Aviación Legionaria Italiana en Durango un mes antes, en sucesivas oleadas lanzan bombas explosivas e incendiarias y ametrallan a mansalva a la indefensa población que huye al monte para refugiarse. Una conmoción sacude a Euskadi. Su legendaria ciudad, al pie de cuyo roble los *lehendakari* juran sus fueros, arde entre escombros e incendios. Centenares de muertos y de heridos quedan en las calles. La denuncia de la barbarie recorre el mundo; los atacantes, cínicamente, adjudican la masacre a la propia República. En cielo ibérico, el fascismo espesa las nubes que dos años más tarde descargarán su tormenta bélica sobre toda Europa.

La guerra, anunciada hace un año por radio con estremecimiento de rayo, se ha convertido en una lluvia pertinaz, incesante, que permea toda cotidianeidad con su humedad de muerte, empapa la piel, los huesos y las conversaciones, las rutinas y los juegos. Bilbao está en vigilia ante los bombardeos. Soldados del *Euzko Gudarostea* —el ejército vasco— y milicianos de la anarquista Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI) y de la socialista Unión General de Trabajadores (UGT), cruzan las calles a toda hora hacia un frente cada vez más cercano; ya se escucha el sordo tronar de la artillería y los resplandores de las explosiones tras los montes que rodean la ciudad. Los edificios están protegidos por sacos de arena, las luces reducidas al mínimo por las noches. En las paredes, en el tranvía, en el mercado, los carteles convocan a la defensa, llaman a alistarse, a organizar la retaguardia. El bloqueo se hace sentir en la escasez de alimentos y de cualquier insumo.

La vida ha cambiado brutalmente para todos los bilbaínos, pero los niños la sufren de manera especial. Muchos tienen al padre, al hermano, combatiendo en el frente. Muchos han quedado huérfanos. Las bombas han sepultado los días de antes, pareciera que siempre han sido así, como ahora. En el patio de la escuela, en las aceras del barrio, juegan a la guerra. Se dividen los bandos. Todos quieren estar en el bando republicano. Entonces, para poder armar un bando fascista, se sortea quiénes son quiénes. Con palos y maderas se improvisan fusiles y pistolas; con hojas de periódicos y cajas de cartón, cascos y gorros militares; el empedrado es ya el campo de batalla de Guadalajara, ya el de Jarama, ya el de Madrid. Los vencedores *dan paseo* a los prisioneros, fusilados sobre las paredes de la escuela o en el muro de San Rafael. La recreación de las escenas escuchadas en la mesa familiar, en los corrillos de esquina o vividas en estos largos meses, se supera en realismo. En los últimos *paseos*, el niño que comanda el pelotón de fusilamiento hace brotar cintas rojas cuando da el tiro de gracia al hijo de puta fascista o al sucio rojo, según sea el caso.

En los primeros meses de 1937, con las tropas de Franco cerrando el cerco sobre Bilbao, el gobierno autónomo de Euskadi decide evacuar a los niños de entre 5 y 14 años. Protege su futuro frente a los bombardeos cada vez más frecuentes. Tras la salvaje destrucción de Guernica, el recrudecimiento de los ataques aéreos a la capital y con los sublevados a punto de quebrar el Cinturón de Hierro —la línea de fortificaciones que protege Bilbao— y emplazar sus cañones en los cerros para disparar a voluntad sobre la ciudad, el padre de Marina, con el corazón en el puño, finalmente accede al pedido de evacuación. Poner la vida de sus hijos a resguardo de las bombas pesa más que separarse de ellos. Primero es Félix, el mayor, quien partió hacia Francia.

Ahora es Marina la que prepara su maleta junto a la prima Emilia, la hija mayor de la hermana de su madre, quien ha venido de Asturias a la casa de la calle Zabala 25 piso segundo mano derecha, para ayudar al tío en la crianza de los niños desde que enviudó hace ya cinco años.

—Te he puesto lo necesario de ropa y algo de comida para el viaje —Emilia intenta que su voz suene lo más natural posible para no cargar a la niña con eso que le roe el alma desde la partida de Félix.

—¿Me estás escuchando, Chatilla?

Carita ancha y proporcionada, frente limpia, dos gotas de miel que se alargan almendradas bajo unas cejas decididas, nariz pequeña —Chatilla—, lacia melena castaña peinada al costado con moño. Pequeño y fibroso, pura inquietud, su cuerpo gira y queda de espaldas a la ventana cuyos vidrios están cruzados con cintas de papel engomado.

—Sí, Emilia.

—Tienes una hogaza de pan, un poco de queso y un huevo duro —sabe que es insuficiente pero es todo lo que ha podido conseguir.— Sé obediente con los maestros y cualquier cosa que te haga falta se la pides a ellos.

Tantas veces con su hermano han tenido que tomar el tranvía y llevarle el almuerzo a su padre a la fábrica de amianto donde trabaja. Lo han visto comer en silencio, las manos callosas desanudando el atado, cortando la *txistorra* con la navaja sobre la rebanada de pan, el humo que sube de la marmita de alubias hacia las pestañas blancas de amianto, el overol engrasado. Y ahora es la prima, que ha hecho de madre para ellos, la que prepara su atado de comida para el viaje.

Los delgados dedos de Marina cierran la pequeña maleta de cartón entelado con refuerzos de cuero y remaches de bronce. Cuando la prima madre y la prima hija ajustan la correa, las manos enciman las manitos en un gesto que ambas quisieran eterno. Las cálidas alas de una gallina abrazando el temblor de sus pollitos.

—Ya es hora de partir —dice el padre quedamente mientras se pone el saco y se calza la boina; no quiere interrumpir el momento.

Bajan los dos pisos por la escalera. Marina desliza su mano sobre la baranda; pareciera llevarse en la palma el recuerdo de la madera o tal vez dejar un rastro de su propio tacto para señalar el regreso. Cuando llegan a la puerta del edificio no mira hacia atrás, aprieta fuerte la mano de su prima, el padre carga la maleta y salen. No han caminado una cuadra por Zabala hacia la calle de San Francisco cuando un toque estridente y fatal anuncia el ataque. Saben que cuando suenen las tres sirenas cortas apenas tendrán tiempo de correr al refugio calle abajo siguiendo las vías del tren hasta el túnel, antes de que los Heinkel abran sus barrigas celesteblanquecinas pariendo el terror y la muerte. Los bombarderos alemanes e italianos vuelan cada vez más bajo y a plena luz del día ante la débil oposición de la defensa antiaérea y la aviación republicana. El terror es mayor cuando la ciudad está en pleno movimiento.

La alarma, las corridas, el silencio, el crescendo del ronroneo de los motores, las nubes breves de la artillería respunteando el cielo, el aullido de pánico de los Stukas lanzados en picada, la jauría desatada de las bombas incendiarias buscando su presa, el aire que hace vacío en los oídos y en el alma, el estallido sordo primero e inmediatamente atronador del impacto, el suelo que tiembla, los olores del miedo, los incendios. Desde hace meses, casi diariamente, el bombardeo repite la misma secuencia. Para Marina cada vez tiene la fuerza de un nacimiento hacia atrás. De la muerte a la vida. Del útero de piedra húmedo y oscuro del refugio a la sobrevivencia.

Entran al túnel al tiempo que la primera bomba impacta allá lejos hacia el lado de los astilleros. Buscan un lugar para sentarse. Marina no se desprende de la mano de Emilia. Unas

mujeres vestidas de negro de pies a cabeza tejen en silencio, otras rezan. En la penumbra reconoce a don Manuel, el barbero, y a su esposa Josefina. También a Paquita, la vecina de la vuelta de su casa que saldrá en la evacuación igual que ella, pero hacia Francia. Desde que sus padres han firmado la autorización ambas compiten por cuál es el mejor destino mientras saltan la cuerda frente a la parroquia de San Rafael. ¡Que la URSS es el mejor!, ¡Que la URSS es el mejor! ¡Qué va, por supuesto que es Francia! ¡Que es Francia!

—Retírate de las vías, Chatilla —le indica el padre—. Es peligroso. Si cae alguna bomba cerca, el impacto vendrá por los rieles.

Marina se aleja de la vía y se arrima a la pared abovedada cavada en la roca. Palpa en la oscuridad la humedad de verdín, las entrañas del cerro sudando sus miedos. Las explosiones resuenan más próximas. La última reverbera a lo largo del túnel haciendo temblar los rieles y desprendiendo polvo del techo. Los niños pequeños y algunas mujeres gritan. Los hombres se cagan en los aviones fascistas y en sus putas madres. La conmoción saca a Marina de su preocupación. Porque, pese al temor de las bombas, ha estado todo el tiempo preocupada por llegar a horario al embarque.

Las detonaciones amainan hasta que ya nada se escucha. Es el fin del ataque. Luego de un instante, los *gudaris* que custodian el refugio los autorizan a abandonarlo. Al salir, el humo caliente y acre de un edificio que arde a poca distancia de allí les hace taparse la cara con pañuelos. Entre el crepitar se escuchan los gritos de auxilio y el quejido de una ambulancia. Llegan a tomar el autobús hacia Santurce. Mientras atraviesan la ciudad, las escenas que dejó el bombardeo pasan por las ventanillas como si fueran imágenes ajenas y lejanas. De pronto, el vehículo debe desviar su trayecto porque más adelante una muchedumbre ocupa la calle. Marina reconoce en el medio del tumulto a las sardineras que pasan por su barrio vendiendo el pescado fresco, los rostros curtidos, una mano en jarra y la otra sosteniendo los grandes cestos de mimbre sobre el pañuelo anudado en la cabeza, descalzas o en gastadas alpargatas, pollera y delantal arrollados a la cintura y dejando ver las pantorrillas, fuertes de caminar toda la ribera del Nervión desde Santurce a Bilbao. Las enardecidas mujeres no llevan cestos esta vez, arrastran el cuerpo del piloto alemán del avión abatido por la defensa antiaérea que pospuso su muerte apenas lo que tardó el paracaídas en pendular sobre una ciudad herida hasta la furia vengadora de sus víctimas.

El autobús consigue tomar la carretera que lleva al puerto de Santurce por la orilla izquierda de la ría. El camino se amojona de columnas de humo que trepan lentamente negras buscando confundirse con las nubes. Cruza los puentes milagrosamente intactos; deja atrás Baracaldo, Sestao, pasa Portugalete, el gran puente colgante del transbordador que enmarca la entrada a la ría y desciende por fin hacia los muelles.

Unos pocos aviones republicanos cubren el cielo de Santurce. Son los cazas que envió la URSS y a los que apodan Chatos, al igual que a ella, por sus cortos morros. Vuelan en círculos como las águilas pescadoras que visitan el golfo, protegiendo la evacuación luego de haber combatido por alejar a los atacantes del puerto, el cordón umbilical que mantiene a Bilbao en contacto con la España leal y con el mundo. Las torres de hierro de las grúas parecen también centinelas alzando su único brazo hacia las nubes como un escudo.

La Alemania nazi y la Italia fascista mandan aviones, tanques, armas y tropas para aplastar a la República Española. Las democracias europeas —el gobierno socialista francés y su par conservador británico a la cabeza— juegan a la neutralidad, más temerosas del contagio de la revolución social que ha brotado en España que de las camisas pardas y negras que gobiernan Alemania e Italia. Pocos años más tarde, despertarán amargamente de su siesta cuando las botas

de la Wehrmacht desfilen bajo el Arco de Triunfo y las V2 lluevan sobre Londres.

Sólo la Unión Soviética suministra material bélico y asesores militares al bando republicano, que enfrenta al ejército profesional de los sublevados con las milicias obreras recién organizadas y carentes de formación militar, la mayor parte de la flota que los marineros defienden de los mandos golpistas, algunos guardias de asalto y los pocos militares y guardias civiles que han permanecido fieles. La ayuda soviética busca también potenciar al Partido Comunista Español, minoritario respecto de los anarquistas y los socialistas, para encorsetar el proceso revolucionario dentro de la política internacional que ha trazado Stalin.

A contrapelo de la indiferencia o la complicidad de sus gobiernos, miles de trabajadores y militantes comunistas, socialistas, anarquistas y antifascistas de todo el mundo acuden a defender a la República. Puños en alto, estandartes rojinegros, banderas rojas, las Brigadas Internacionales desfilan cantando *La Internacional* por las calles de Madrid, de Barcelona, de Valencia. Se dirigen al frente para combatir al fascismo junto a sus camaradas españoles. «¡No pasarán!», es la voz gritada en decenas de idiomas.

Un hormiguo de niños y familiares se agolpa frente a la mole oscura del *Habana*, que jadea sus humos cansina y pausadamente. Las autoridades y los educadores que acompañan la expedición pasan lista a los pequeños pasajeros y les entregan la tarjeta de embarque que deben prender en sus pechos. De a poco son nombrados al pie de la planchada y van abordando el enorme navío. Es una operación lenta y agotadora. Sobre el granito adoquinado del muelle, cruzado por rieles y personas que van y vienen, Marina aguarda que llamen al N° 1391 en una espera que se hace interminable. Sus ojos de asombro recorren el casco negro rematado en blanco en la cubierta y el puente igualmente blanco; suben hasta la punta de los mástiles de proa y de popa donde ondean la *ikurriña* y la bandera roja, gualda y morada, y se detienen en la altísima chimenea. Parece una montaña desprendida de la costa y puesta a flotar en el golfo de Vizcaya.

—Todo va a estar bien, Chatilla —la anima Emilia.

—Es sólo por un tiempillo. Ni bien derrotemos a los fascistas y termine la guerra, estarás volviendo. Te lo aseguro, hijita —el padre intenta tranquilizarla. Y tranquilizarse a sí mismo. Los bombardeos han precipitado su determinación, pero debe hacer un gran esfuerzo para desprenderse de sus hijos y no está tan convencido del triunfo de la República ante el avance imparable de los sublevados. Antes de que Félix partiese, les explicó a sus hijos la decisión. Alrededor de la mesa familiar ha tratado de transmitir seguridad, aunque no ha podido disimular el titubeo de sus palabras. Les ha dicho que era transitorio, que iban a estar mejor fuera de España, que los cuidarían y podrían comer todos los días, que no habría que temer a las bombas. Félix, Marina y Emilia han asentido en silencio, no se discuten las decisiones del padre. Pero desde esa noche, los cuatro, cada uno en el lenguaje de sus propios pensamientos, comparten la sofocante prisión de la duda. ¿Y si se quedasen juntos, pese a bombas y hambrunas, como lo han hecho otras familias del barrio? Si se separan ahora, ¿podrán reencontrarse mañana, algún día? Imposible saberlo. Para la guerra, mañana es bruma, gris y difusa. Ha impuesto su negro de fuego sobre todo amanecer, sobre todo porvenir.

Los altavoces anuncian el 1391. Con esas sensaciones encontradas de ansiedad y desasosiego, de aventura y extrañeza, Marina se desprende del abrazo de su padre y del beso de su prima y sube la planchada escalonada que se mueve a cada paso asiéndose de la barandilla con la izquierda y sujetando la pequeña maleta en la derecha.

El duro obrero del amianto siente que le arrancan el hígado cuando la luz de sus ojos desaparece por la escotilla. Emilia debe recostarse en su tío para no desvanecerse cuando le falta

el aire y se le ablandan las rodillas. Ya en cubierta, Marina se hace un lugar a los empujones sobre la baranda. Busca desesperadamente la cabeza de su padre entre la multitud que agita pañuelos. Cuando la sirena larga su primer pitazo lo divisa y saluda todo lo más alto que alcanza su bracito. El padre desde abajo la está buscando con la misma desesperación, la reconoce a su vez y le señala a la sobrina la cabecita entre miles de cabecitas que se despiden con un *jagur!* desde allá arriba. Al segundo pitazo, un redoble metálico de cadenas acompasa el izamiento del ancla; los trabajadores portuarios sueltan las amarras, que recogen en cubierta los marineros, y morosamente el barco comienza a apartarse del muelle. Marina fija la mirada para no perder la visión de su familia; pronto las caras se hacen puntitos, los puntitos son una mancha sobre el muelle, el muelle es una línea bajo los montes, el sol se esconde tras los montes que extienden sus sombras opacando la ciudad, el puerto, la infancia, las certezas.

El *Habana* pone proa hacia la rada entre barcos semihundidos alcanzados por anteriores bombardeos y un almacén que todavía humea. A la izquierda pasa el espigón, a la derecha el faro de la Galea y sale a mar abierto. Marina, que por primera vez deja tierra firme, no quiere soltar la baranda ni la maleta. La araña parece alimentarse de sus dudas y temores y la siente más grande, más pesada, más sofocante. Sola, como la última gaviota que los sigue hasta que la costa es apenas el borde entre el atardecer y el agua, llora todos los llantos que ya acumulan sus diez años. Lloro a su madre, a su padre, a su hermano, a su prima, llora a su casa, llora a sus amigos, llora a su ciudad. El mar, que siempre fue horizonte, es ahora incertidumbre.

De sal es el viaje. Marina lleva el mar en su nombre y en sus lágrimas. Demasiado dolor para su cuerpecito ovillado sobre la maleta en un rincón del *Habana*. Le duele el abrazo que la guerra le acaba de despojar, que tanta falta le hace ahora. El que pueden darse a su lado esos dos hermanos, el que envuelve a aquella de trenzas y vestido azul en la protección de su madre que no para de acariciarle la cabeza, el de los maestros que buscan consolar a los más pequeños. De los más de 4.000 niños que embarcaron en Santurce muchos vienen de los asilos de huérfanos, algunos viajan con hermanos, con primos, con vecinos, con un familiar que se ha ofrecido a acompañarlos. Un puñado de afortunados lo hace con alguno de sus padres o con ambos. Ella viaja sola, no ha podido encontrar a Paquita y tampoco se ha cruzado con ninguna cara conocida, con ninguna voz que le acerque el barrio, la escuela, la familia. Se aferra a la maleta como a un amuleto. Como a un cofre que guarda, junto con las pocas ropas y el hato de comida que preparó su prima, el tesoro intangible de los días felices. El rolido del barco oscilando de babor a estribor es el eco de la oscilación que va de su entraña a su pecho. Sus pies se sienten extraños sobre ese vaivén, añoran la firmeza de la tierra. Anda a la deriva por la inmensidad del Cantábrico y de la noche.

El *Habana* navega con sus luces apagadas. Debe eludir el acecho del *Cervera*, que bloquea por mar, con el acorazado *España* y el destructor *Velasco*, la llegada de ayuda y la salida de refugiados hacia y desde Bilbao. El crucero franquista está cebado. Sus potentes cañones vienen de batir impunemente poblaciones y embarcaciones a lo largo de la costa vasca y asturiana. Esta noche, sea por la pericia del capitán del *Habana*, que mantiene a los pasajeros en desconocimiento de la amenaza, o por la prudente cobardía del capitán del *Cervera* ante la presencia cercana de acorazados británicos, el Arca de Noé republicana atraviesa el cerco y rumbea hacia Francia su preciosa carga de esperanza.

Amanecen en aguas francesas y más tarde entran lentamente al estuario del Garona y al puerto de Burdeos. La parsimonia con que el *Habana* arrima al muelle cambia súbitamente de ritmo ni bien echa amarras. La sirena levanta un blanco remolino de gaviotas y desbanda una vorágine de imágenes que los ojos de Marina apenas pueden atrapar. Acallados los ecos de hierro de las maniobras de atraque y el pulso profundo de las máquinas, que no ha parado de latir todo el viaje, el piar agudo de miles de niños se adueña de la atmósfera de la mañana. A contrapunto, aquí y allá sobresalen palabras en otro tono, son los educadores que procuran ordenar el desembarco. Ya antes de bajar la planchada, una ansiosa fila de refugiados con la tarjeta FRANCIA prendida de sus pechos aguarda turno para descender. Las cabezas asoman a uno y otro lado, se estiran sobre las puntas de los pies para ver si ya se ha iniciado el desembarco. Algunos de los mayores con destino a la URSS recorren la fila y tratan de convencer a los más chicos, a los que viajan solos, de cambiar su tarjeta para poder quedarse en Burdeos. Aprovechan que el cartón, además del destino, sólo lleva un número por toda identificación y que las autoridades han desistido de cotejar los números con las listas y controlan únicamente que diga FRANCIA para acelerar el trámite. Un alboroto se produce más allá, hacia la proa. Dos niños de su edad, descubiertos por

los marineros en uno de los botes del *Habana*, donde se han escondido con la ingenua intención de regresar como polizontes a España, no paran de llorar y pedir por su familia. En el mismo muelle, los que comienzan a bajar son agasajados con flores y frutas, con pasteles y golosinas. Desde la cubierta, tan elevada que queda a la altura de los techos de los edificios portuarios, los que siguen viaje a la lejana Unión Soviética alargan la mirada como si sus ojos pudieran atrapar esos manjares. A Marina se le hace la boca agua. Tras meses de bombas y escasez ha perdido la memoria de los vegetales frescos, de la leche, del pan blanco. Para ella los dulces tienen la consistencia de los sueños, pertenecen al mundo de la fantasía como las hadas, los dragones y los duendes. Por eso la imagen de sus compañeros desembarcados llenándose de delicias a una escalerilla de distancia, ahí abajo en el muelle, se le hace tan deseada como irreal.

Durante toda la noche se le mantuvo cerrado el estómago pero la escena y el fresco aire matinal le despertan el apetito. Entonces abre su cajita de tesoros, con sus dos manos lleva el atado hacia su cara y cierra los ojos buscando en la tela la fragancia de las manos de Emilia, lo desenvuelve cuidadosamente, divide el pan y el queso en partes iguales y los ofrece a la niña y a los dos hermanitos que tiene a su lado, que agradecen con un parpadeo de sus largas pestañas negras. Se reserva el huevo para más adelante. En esa comunión quedan los cuatro mirando con envidia a los que ya están a salvo en suelo francés. Piensa que si fuera más alta, más fuerte, más decidida, se hubiese atrevido a cambiar su tarjeta y sería ella la que estaría mirando desde el muelle a los que quedan en el barco. Luego correría a buscar a su hermano. Aunque no puede imaginar las dimensiones del país, para ella Félix está simplemente en Francia, allí abajo, pisando el mismo suelo que pisan los afortunados que han desembarcado. Desde que su hermano salió en las primeras evacuaciones han recibido apenas una carta suya y detrás de su partida le ha tocado salir a ella. No han pasado todavía dos meses y su falta duele más que la ausencia que dejó su madre, de la que no guarda casi recuerdos.

Félix, que le lleva cuatro años, es para ella un amparo más sólido que la piedra de los muros de San Rafael, más seguro que el refugio del túnel ferroviario, más confiable que la salida del sol. Fue de su hermano mayor el primer abrazo cuando se quedaron sin su madre, antes de que llegase Emilia desde Asturias para cuidarlos. De aquella noche, hace cinco años, en que padre volvió del hospital y les dijo que mamá había muerto, no puede rescatar la memoria de las lágrimas, su cuerpo sólo registra un estremecimiento sordo —que revive cada vez que suena la alarma antiaérea— y la palma cálida de Félix alrededor de sus hombros. La misma palma que tomaba su mano todas las mañanas para recorrer las siete cuadras hasta el colegio. El orgullo le brillaba en los ojos cuando su hermano estaba esperándola a la salida de clases para volver juntos a casa. Cosechaba como perlas de envidia las miradas de sus compañeras hacia aquel mozo bien plantado, peinado al costado con raya, un jopo rebelde balanceando sobre sus ojos castaños, pantalón arriba de la rodilla, camisa blanca. Entonces, Félix le daba la mano y ella salía calle abajo como un barrilete flameando la alegría. Los domingos, cuando los chavales armaban partidos en la cuadra de Zabala, frente a la iglesia, ella gritaba cada gol de Félix como si fueran los del Athletic en la final de España. Si recibía alguna falta y caía, Marina debía contenerse de ir a ayudarlo. Él le había prohibido que se moviese, so pena de no dejarla ver los partidos, luego de la tarde en que padeció las burlas de todos cuando su hermana menor corrió a limpiarle la rodilla ensangrentada. La orfandad los soldó como una cadena de dos eslabones. Marina le confiaba todos sus secretos. Félix cubría todas sus travesuras, como aquella vez que ella, aprovechando la ausencia de Emilia, se vistió con sus faldas y sus tacos, se pintó con su lápiz de labios y se pavoneó con su collar y sus aros. Marina lo ayudaba a ventilar el baño antes de que llegase su padre para no dejar rastro de los pitillos fumados a escondidas. Luego vino la guerra. Durante los

primeros bombardeos, desafiando el miedo ensordecedor de los motores y las sirenas, el silbido cortante de las bombas, se demoraban juntos antes de entrar al refugio para ver las siluetas de los aviones sobre el cielo de Bilbao, la geometría luminosa de los disparos de la artillería antiaérea. Ya adentro, buscaba siempre su abrazo. Fue él quien la encontró escondida entre los sacos y los cajones del mercado cuando un ataque los sorprendió en plena calle y la llevó junto a Emilia, que la buscaba desesperada y se negaba a refugiarse sin ella. A la noche sólo podía dormirse si él todavía estaba despierto en la cama contigua. O entonces lo despertaba para que le contase una historia hasta dormirse. Cuando la comida comenzó a escasear y los platos contrastaron el blanco vacío de su diámetro con las porciones empequeñecidas de papa, de cebolla, con la rarísima presencia de algún pedacito de carne, bajo la mesa él deslizaba una rodaja de pan hacia su mano con un guiño cómplice. Ella nunca supo de dónde hacía aparecer Félix esas sorpresas mágicas. Guardián, mago, confidente, compinche, pichichi de su corazón, su hermano mayor es la certeza, la tierra firme, la estrella guía. Por eso, su ausencia le duele como un puntazo de fuego ahora que sabe que está tan cerca y no puede verlo.

Poco a poco, el alboroto de la bienvenida se va desflecando en silencios a medida que los últimos autobuses trasladan a los niños que quedaban en el puerto. El comité de recepción se va tras ellos. Sólo quedan estibadores y algunos marineros. El muelle vacío es la imagen de su desamparo. Sus lágrimas se funden en la garúa que ha comenzado a caer sobre Burdeos.

El *Habana* tiene órdenes de trasbordar a los que siguen viaje a la URSS a otro barco. El *Sontay* no es un buque de pasajeros, es un carguero que cubre habitualmente la ruta Francia-Indochina y no tiene la capacidad del *Habana* para transportar a tantas personas, pero cuenta con una ventaja sobre éste. No lleva la bandera republicana. Es un barco francés con tripulación china alquilado por la República para la evacuación. Ya es la tarde del día siguiente cuando los 1.495 niños, los 72 educadores y auxiliares y los dos médicos dejan el *Habana* y suben al viejo navío. El *Sontay* se hace al mar casi de noche. Por un trecho lo acompañan a la distancia naves de guerra francesas y británicas, que custodian la salida de refugiados pero en realidad están para hacer cumplir la no intervención en el conflicto español, es decir la llegada de armas a la República. El verdadero viaje recién comienza para los pequeños evacuados. Marina es sólo llanto.

—¿Cómo te llamas, niña? —una de las educadoras, que apenas pasa los veinte años, se acerca al darse cuenta de su congoja.

—Marina... calle Zabala veinticinco piso dos mano derecha... Bilbao —recita su nombre y las señas que ha memorizado como si la dirección de su casa fuese un apellido más.

—¿Qué te pasa, Marina? —inquieta la muchacha afiliada al Socorro Rojo Internacional y que se ha presentado de voluntaria para acompañar la expedición.

—Quiero regresar a mi casa, señorita —responde entre sollozos.

—No te preocupes, guapa, ahora hablamos con el capitán y damos la vuelta —miente la joven que ya no sabe qué decir para consolar tantas lágrimas.

Marina se siente más tranquila y se recuesta. Por primera vez desde que salieron de Santurce, se queda profundamente dormida. Cuando despierta, ha pasado otro día y aunque no entiende de cartas marinas ni de rumbos náuticos, algo le dice que el *Sontay* nunca volverá la proa hacia Euskadi. Desayuna el huevo duro pensando en Emilia pero ya no consigue encontrar el rastro de su olor en el atadito. La tela huele a la oscuridad de las entrañas del barco.

No termina de acostumbrarse al viaje, aunque la comida es un poco mejor que la del *Habana*. Duermen todos en el piso de la bodega y es común que alguna rata husmee entre los bultos y maletas buscando alimento. Durante el día, su atención se deja ganar por la curiosidad y explora el barco. Casi no pueden subir a cubierta por temor a los ataques aéreos, pero cuando les permiten

hacerlo, el viaje se hace más llevadero y el *Sontay* ofrece más rincones por descubrir. Lo que más le llama la atención es el idioma incomprensible de los marineros chinos. En las noches, sin embargo, echada sobre la delgada colchoneta en lo oscuro de la bodega, su pensamiento viaja hacia Bilbao, hacia Emilia, su hermano, su padre. Cada milla que se aleja de Euskadi acrecienta esa desgarradora ausencia y el deseo imperioso de volver. La araña que anida en su pecho se fortalece con sus lágrimas y aprieta más y más.

El cuarto día la encuentra en cubierta saltando la cuerda con otras niñas. Por un instante, puede distraerse y hasta se le esboza una sonrisa. Mientras tanto el *Sontay* está atravesando el Canal de la Mancha para entrar al Mar del Norte. Al pasar frente a las costas alemanas, el mar se cubre de niebla y las olas zarandean al viejo carguero. La bodega es un caos de maletas y bultos deslizándose y chocando contra las paredes. Se aferran como pueden a columnas y salientes, a sogas y barandas, pero muchos terminan rodando también por el piso. Los niños largan todo lo que han comido, los educadores no dan abasto para auxiliarlos. «El tiempo se ha puesto tan malo como los alemanes», dice una pecosa de lentes que no para de vomitar. Asida a un pasamanos y a su maleta, ella imagina esa fuerza maléfica que se adueña para siempre de sus pesadillas como pájaros negros capaces de arrojar fuego desde el cielo y de enfurecer las aguas. Y debe ser así nomás, porque cuando dejan atrás Alemania y suben por el Báltico buscando el Golfo de Finlandia, el tiempo se compone mágicamente y el mar se plancha.

Una mala noticia al atardecer del sexto día. En la popa, un grupo de maestras y acompañantes comentan algo que acaban de escuchar en la radio. Algunas lloran, otros se abrazan. Todos miran hacia el poniente. Allá lejos, su amada Bilbao ha caído en poder de los fascistas. El alfiler de gancho de Marina vuelve a estoquear su corazón y la araña oprime otra vez sus patas sobre el pecho. Se le quiebra en llanto la ilusión de un rápido regreso, ahora sabe que el viaje será mucho más largo que el día de navegación que los separa de la Unión Soviética.

El *Sontay* entra por fin en aguas soviéticas y cuando pasa de largo la isla de Kronstadt, las cúpulas doradas de Leningrado se yerguen en el horizonte en el tiempo donde no existe la noche. Los rusos lo llaman *Béliye Nóchi*, la noche blanca. La luz mágica de ese amanecer que apenas se distingue del día por un sutil cambio de intensidad de sus celestes, rosados y amarillos, va descubriendo la ciudad como bajando un velo desde los edificios más altos a la bahía del Neva. Entonces, todos los niños y los educadores asisten en cubierta a un espectáculo que los deslumbra. Veinte submarinos y numerosas naves de guerra con banderines de todos colores que penden de los mástiles escoltan el ingreso del barco al puerto lleno de buques mercantes, los Chatos pasan rasantes y saludan moviendo sus alas pintadas con la estrella soviética y cuando comienzan a verse los detalles de los lujosos palacios e iglesias de la antigua ciudad imperial, divisan los muelles repletos de personas que agitan banderas rojas y tricolores de la República.

El barco arrima lentamente al muelle y las oxidadas planchas de hierro de su casco crujen como quien exhala un largo suspiro de cansancio. Numerosos carteles les dan la bienvenida en ruso bajo una lluvia de flores. Una banda de pioneros de la misma edad que ellos, de pantaloncitos cortos azules, blusa blanca y pañuelo rojo al cuello, larga a tocar *La Internacional* y todo el muelle entona las estrofas del himno de los trabajadores. Marina reconoce la música, de la mano de Emilia ha visto a los milicianos desfilar por la Gran Vía de Bilbao cantando esas estrofas entre banderas rojas y puños en alto, pero no entiende ni una palabra del ruso. Así y todo se deja llevar por la emoción de los compañeros mayores que cantan en español y levantan el puño. Ella sujeta su pequeña maleta y también alza su brazo cerrando la mano.

Al pie de la larga y empinada escalerilla del *Sontay*, los reciben Guardias Rojos de gorras y chaquetas blancas ceñidas con cinturones de brillantes hebillas, pantalones azules y botas altas,

que ayudan a bajar a los más pequeños. La gente los aclama al grito de ¡Viva la República!, ¡Viva la Unión Soviética! Los hacen sentir héroes. Mientras desciende, los ojos se le inundan de la luminosa bienvenida. Al pasar por entre la doble fila de pioneros que los aplaude, una niña de unos diez años como ella se le acerca y con una mirada tan limpia como el azul de junio se quita su pañoleta roja, se la coloca en el cuello, le sonrío y la abraza. Marina se ruboriza, respira hondo queriendo beberse todo aquello de un sorbo y una fuerza nueva le reconforta el cuerpo.

El tiempo se ha puesto bueno bajo el cielo soviético.

3

Los pequeños refugiados que han descendido en Leningrado llevan en sus rostros las huellas de la guerra y la fatiga del viaje. Las miradas cargan demasiados bombardeos, demasiada muerte y destrucción. No pocos han sufrido una erupción cutánea a bordo del *Sontay* y muchos tienen sus cabezas llenas de piojos. Hay también varios niños enfermos que son internados en sanatorios para su recuperación. A todos los demás los trasladan en autobuses al amplio edificio de una escuela acondicionado para recibirlos.

Marina se quita la ropa, se desprende de la piel del viaje. Los vestidos de los recién desembarcados, infestados de piojos y de espanto, se apilan en un salón contiguo. Ya no podrán recobrarlos. Le apena dejar las pocas ropas que Emilia le ha puesto en la maleta, sobre todo esa blusa tan fina que su padre le trajo una tarde cuando los milicianos incautaron las casas abandonadas por los ricos. Desnudos, niñas y niños entran a ducharse a una gran sala de baño. En su pudor ibérico, muchos se resisten a bañarse juntos, sobre todo los mayores. Es el primer contraste con las costumbres rusas. Ella no se avergüenza de su desnudez. Luego de un baño caliente y reparador recibe ropas nuevas y limpias y elementos de aseo personal. Camiseta de verano, pantalón corto, sandalias, una caja de carbonato, peine, un cepillo para los dientes y una pastilla de jabón que la acaricia con su aroma. Médicos y enfermeras rusas le hacen un breve examen clínico y odontológico y anotan los datos en una ficha personal. Todo está en orden. Se alivia cuando después de revisarle la cabeza no tienen que cortarle el pelo al rape como a muchos otros que pasaron antes que ella.

Los llevan en fila al comedor. Los educadores españoles y las auxiliares rusas tratan de ordenar el tropel de refugiados uniformados con las ropas nuevas y frescas. Cuando se abren las puertas, acontece la sorpresa. En el enorme y luminoso salón, largas mesas con prolijos manteles y arreglos de flores rebosan de manjares. Panes blancos de piel tostada, mantequilla cremosa, fragantes quesos, huevos, coloridas mermeladas, miel, fresas brillantes, chocolate oliendo a recién hecho. A un costado, una pequeña orquesta interpreta alegres melodías. Se sientan sin acreditar lo que se despliega ante ellos. Marina cree estar dentro de un sueño. A cada bocado va recuperando el sabor de los días de antes de la guerra, de los desayunos que preparaba Emilia. Cada sorbo de chocolate la reconforta por dentro, cicatriza estocadas, ahuyenta arañas y pájaros negros.

Al momento del descanso, los dormitorios prolongan la sorpresa. A ambos lados del pasillo central, dos hileras de camas de metal pintado de blanco con colchones y almohadas mullidos, sábanas y colchas blancas. Entre cama y cama, una mesita para los objetos personales. Al final del pasillo están los baños.

La primera noche pareciera que la ciudad entera los acuna, los protege junto a su pecho. Aunque la noche desaparece en Leningrado durante junio y el día extiende su luminosidad incansable, los relojes marcan la hora de dormir. Marina no entiende por qué debe ir a la cama si el sol no se ha puesto todavía, pero el silencio que aturde con sonidos nuevos y el cansancio

finalmente la vencen. Hace tiempo que no se acuesta sin una alarma en medio de la noche o sin que el hambre alimente el desvelo. Un imán poderoso tracciona sus sueños hacia Bilbao; retrocede en segundos el trayecto que al *Sontay* le llevó más de una semana y aparece en Zabala 25, pero cuando pasa la puerta de calle le cuesta una eternidad subir los dos pisos por la escalera, las piernas se le hacen de piedra y debe ayudarse con ambas manos para poner un pie en el próximo escalón, tan alto como la cubierta del *Habana*; se toma de la baranda para afirmarse y la madera del pasamanos se deshace en espuma de olas; quiere gritar para que Emilia baje a auxiliarla, mas cuando abre la boca sólo salen mudas mariposas blancas. Despierta toda sudada, mira alrededor perdida y no encuentra los muebles familiares de su casa. Le cuesta ubicarse en la sala del dormitorio ruso y no distingue si acaba de entrar o de salir de un sueño. Queda flotando en ese duermevela hasta que los párpados, tan de piedra como las piernas, le ganan la pulseada al insomnio.

Le duele todo el cuerpo cuando se levanta para asearse y vestirse. Nada recuerda del sueño. En el comedor los recibe una mesa tan variada y deslumbrante como la del día anterior. Luego del desayuno, los educadores los invitan a aprovechar la mañana para mandar cartas a las familias que quedaron en España, antes de los paseos por Leningrado que tienen previstos por la tarde. Todos los que saben escribir toman lápiz y papel, otros les piden a los mayores y a los maestros que los ayuden. Marina apoya la punta de grafito en la hoja de renglones azules como sosteniendo el pensamiento, inclina su cabeza hacia el ángulo que forma su brazo izquierdo acodado sobre la mesa y, en la intimidad de ese rincón que la cortina de su melena protege, esmera la caligrafía:

Queridos Emilia y padre:

El viaje asido bueno. La comida en el Sontai que es un carguero con marineros chinos que no se les entiende ná era mejor que en el avana. Aquí en Rusia nos an recibido con banda de pioneros, banderas y nos tratan como reyes. Nos an dao ropas nuevas y sandalia, pastilla de javon y las camas son todas blancas. Muchos an cogido piojo en el barco pero a mi no me tubieron que rapar. En el desayuno nos dan mantequilla, fruta, leche con cacao, todo el pan blanco que queremos. Las Ruskis son muy buenas con nosotros. Nos emos enterao por radio Moscu que los fachas an cogido Bilbao. Todos los niños y los maestros lloramos cuando lo emos sabido. Echo demenos a ti a padre y a Felix. ¿Les a escrito otra carta de francia? Espero verlos pronto cuando termine esta guerra. No les mando las señas pues nos han dicho que en unos dias saldremos pal sur de Rusia. Les contare mas cuando estariamos alla.

La Chatilla que tanto los quiere.

Escribe el nombre de su padre y las señas del domicilio en el frente, dobla cuidadosamente la carta antes de meterla en el sobre y lo cierra casi con un beso. Se la entrega a una de las educadoras con la misma esperanza con que un náufrago encomienda sus palabras al mar. Les han dicho que pese a que Bilbao ha quedado en la zona fascista, harán llegar la correspondencia a través de la Cruz Roja Internacional y que esperan recibir las cartas desde Euskadi por la misma vía.

Luego del almuerzo, recorren la vieja capital de los zares y la ciudad que alumbró la Revolución de Octubre en una flota de autobuses y camiones. La antigua y magnífica San Petersburgo, fundada por Pedro El Grande al estilo europeo y rebautizada Leningrado en homenaje al líder bolchevique, los agasaja con paseos y regalos. Visitan el imponente Palacio de

Invierno, admiran los canales que atraviesan la ciudad, los jardines que estallan de flores, la fronda verde de los parques, las fuentes, las anchas avenidas. En todos lados los vitorean y los aplauden. Hijos de obreros, de milicianos que están en el frente, niños de humildes familias, huérfanos de fusilados por los franquistas o de caídos en batalla, muchos de ellos recibirán su primer juguete y descubrirán golosinas que ni imaginaban que existían.

Mientras tanto, los responsables de la evacuación ordenan los contingentes que ocuparán las Casas de Niños Españoles. Los agrupan por lazos familiares, por vecindad, por región. A diferencia de los que emigran a Francia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Holanda, México y otros países, acogidos por asociaciones de caridad y en casas de familia, los que viajan a la URSS se mantienen juntos. El total de niños exiliados por la República supera los 35.000. Dos de cada diez niños vascos parte al exilio. Dieciséis Casas se despliegan por todo el territorio soviético que, con la llegada de posteriores expediciones, reciben cerca de 3.000 niños. Siete en la región de Moscú, cuatro en Leningrado y cinco en Ucrania, dos de ellas en Odesa. Todas ocupan nobles edificios expropiados por la Revolución a familias aristocráticas y burguesas o lujosos sanatorios y están ubicadas en medio de bosques, a la orilla de lagos, ríos y sobre el mar, con excepción de dos Casas de Moscú y otras dos de Leningrado, asentadas en medio de la ciudad. Cuentan con amplios dormitorios para los niños, viviendas para los educadores y personal auxiliar, comedor, gimnasio y su propia escuela. Alguna que no tiene escuela dispone de un espacio especial en una escuela cercana. La educación se imparte separada de la de los niños rusos, aunque sigue la currícula soviética de 10 cursos dividida en dos períodos. El tramo inicial, del primero al séptimo curso, equivale a la educación primaria. Aprobado el segundo, que es equivalente a la secundaria, se puede pasar a las escuelas técnicas, *teknikum*, o a los estudios universitarios. Las Casas dependen del Comisariado del Pueblo para la Enseñanza —que designa al director de cada una—, son mantenidas por el gobierno de la URSS y por el patrocinio de instituciones soviéticas. Las autoridades soviéticas y republicanas, con participación predominante del Partido Comunista Español, han organizado un programa que procura preservar el idioma, la cultura y la historia españoles. No buscan integrar a los niños a la sociedad soviética sino prepararlos para el regreso a España una vez terminada la guerra, con el triunfo de la República, que descuentan. A tal fin han viajado con los refugiados profesores españoles, algunos de probada experiencia docente y otros maestros jóvenes recién formados, la mayoría afiliados a algún sindicato y los menos sin militancia política. Completan el equipo educadores, auxiliares y cocineras españolas, también aportados por los partidos, sindicatos de izquierda y el Socorro Rojo en su mayor parte, un médico y una enfermera por Casa. A esta plantilla se agregan profesores, traductores, educadoras y auxiliares locales.

Marina está en el grupo con mayoría vasca que, tras unos días en Leningrado, parte en tren hacia Odesa. La despedida en la estación es tan multitudinaria como la recepción del puerto. El pueblo soviético considera a los pequeños *ispanski* como sus propios hijos, los llaman heroicos hijos del pueblo español. Los ramos de flores que se agitan desde el andén son respondidos con ramilletes de sonrisas desde las ventanillas de los vagones, embanderados con carteles en ruso. Los varones han recibido unos trajecitos y gorras de marinero que lucen con orgullo. Hasta la locomotora pareciera ajustar el ruido de sus pistones y sus ruedas a los acordes de *La Internacional*, que toca la banda de pioneros. Marina se contagia de fiesta. El corazón ruso es tan generoso y abierto como su geografía.

Atraviesan el mapa de la URSS del norte al sur, del Báltico al Mar Negro. En cada estación

por la que pasan, el pueblo entero sale a saludarlos. Calor, polvo, fiesta, banderas. A los ojos de Marina, que nunca ha salido de Bilbao, se despliega un mundo de llanuras inmensas, campos de girasoles que se extienden hasta el horizonte, mares de trigo que ondulan infinitos y dorados. Las proporciones gigantescas del paisaje no caben en su asombro. Cada tanto, el traqueteo del tren hace transversal contrapunto con la correntada del río al cruzar un puente. La noche abre en abanico todas sus constelaciones; refresca un poco entonces y es posible descansar. Al otro día calor, polvo, fiesta, banderas. Y de nuevo calor y polvo hasta la próxima estación.

Odesa los acoge con la misma calidez con que los despidió Leningrado. Frente a la estación ferroviaria los espera una flota de transportes para llevarlos a su destino temporal en Simeiz, península de Crimea. Los ucranianos los aclaman, los infaltables pioneros agitan banderas soviéticas y de la República, la banda apenas puede terminar *La Internacional* cuando ya los vehículos se ponen en marcha y se encolumnan, dejando una estela de pañuelos y manos que saludan. Los edificios de estilo europeo, los monumentos, las avenidas de la gran ciudad portuaria, enmarcados por las ventanillas de los autobuses, son fotogramas de una película pasada en cámara rápida. El viaje es breve en comparación con los días de tren desde el Báltico, son poco menos de 600 km, pero la ansiedad por llegar vuelve los minutos horas y las horas, siglos. ¡Hace semanas que la vida se cuenta en millas marinas y en kilómetros, en puertos y estaciones! Por momentos, el camino deja ver el mar, luego serpentea entre montañas, cruza ríos, bordea pueblos. Hacen una breve parada en una pequeña ciudad para descansar y comer algo y la caravana enfila por fin hacia el sur, atravesando toda la península de Crimea. Llegan a Simeiz al atardecer. Los alojan en un palacio que había pertenecido a una familia aristocrática antes de la Revolución y ahora funciona como colonia infantil. Es el sanatorio Ai Panda, un conjunto de señoriales edificaciones de dos plantas con galerías y terrazas, construido sobre un peñón que domina la amplia bahía que se abre a sus pies. A ambos lados del edificio principal se alzan dos miradores coronados por cúpulas. El peñón destaca su desnudez de roca por sobre bosques de pinos, cedros, robles y cipreses que descienden al Mar Negro entre acantilados y playas de arena blanca. El aire allí cura toda destemplanza, el cielo encandila la mirada y evapora cualquier melancolía. La URSS reserva lo mejor para los hijos de España. Allí repondrán fuerzas durante las vacaciones estivales, antes de ser destinados a las dos Casas de Odesa.

Se abre para Marina un tiempo dentro de otro mundo en el que no existen los obuses ni falta la comida. Le falta la familia. Y eso lo lleva pegado a las tripas como hasta ayer llevaba adherido el hambre. Por momentos, el cariño de las educadoras rusas —siempre con una palabra que suena amable aunque no la entienda, la atención pronta para lo que necesite, una caricia dispuesta a toda hora— le hace olvidar ese latido de herida, repara, pero no alcanza para cicatrizar. Su niñez, forzada a una precoz maduración, se resiste a convivir con esa ausencia.

En la colonia de verano se arman grupos de unos treinta niños. Más parecidos a una pequeña familia que los miles que embarcaron en Santurce y que estuvieron unos días en Leningrado, y también más propicios para la confianza. La vida se va ordenando en rutinas cotidianas. Se levantan temprano, se asean, hacen ejercicios y luego desayunan pan con mantequilla, queso y una taza de chocolate. Bajan a la playa donde juegan y comen algo a media mañana. Al mediodía vuelven a la colonia, se duchan y almuerzan todos los días un menú diferente. Luego de la siesta, la merienda. Y después, a jugar y a hacer deportes nuevamente hasta la cena, que es variada y con postre. Cuatro comidas para quienes a duras penas tenían una se acerca bastante a la felicidad.

Hace tanto calor que a la noche duermen en la terraza. Acostada sobre la colchoneta, Marina mira entre la balastrada de piedra el resplandor de la luna sobre el agua mientras el mar repite su canción para dormirla. Lo siente tan cerca que parece que las olas espuman suavemente brillitos

de luna sobre la escalinata que lleva a la playa. A su lado, de espaldas, se mueve inquieta una niña de Bilbao, tan sola como ella, de enormes ojos negros, pelo crespo y una sonrisa siempre pronta, con quien ha intimado los últimos días.

—Luisa, ¿estás dormida?

—¡Qué va! Con este calor no puedo, Marina.

—Oye, has visto lo raro que hablan estos rusos. Parece que dijeran todo con k. No les entiendo nada, ¿y tú?

—Sólo cuando dicen *tovarich*. Me ha dicho la maestra que quiere decir compañero.

—Dicen que cuando comiencen las clases estudiaremos ruso...

Tania, una de las auxiliares rusas que hace días que está con ellos y ya conoce a algunos por sus nombres, las interrumpe con un discreto shhhh que, acompañado con el índice sobre los labios, se entiende en cualquier idioma. Y como Marina continúa hablando, Tania se acerca, inclina la cabeza, sus largas trenzas rubias anudadas hacia arriba en forma de tiara, y repite el gesto dirigido sólo a ella.

—Marinka, shhhh...

Las niñas obedecen, pero cuando Tania se va, Luisa se vuelve hacia Marina.

—Marinka... Marinka. ¡Qué lindo suena! ¿No te parece?, Marinka...

Asiente en silencio. Bajo las estrellas de Crimea recibe con una sonrisa el primero de los bautismos que Rusia tiene para ella.

MARINKA

*Cómo pensar
qué vestido me pondré
mientras aviones
cruzan la garganta
y la voz queda partida
en la mitad del eco.*

—Grupo 4, veintisiete pioneros, dos enfermos —informa el niño designado responsable del grupo en la cancha de fútbol de la Casa de Semasco donde están formados todos para la inspección matinal previa a los ejercicios.

Debiera haber dicho veinticinco, porque Marinka y Luisa han saltado por la ventana del dormitorio ni bien terminaron de asearse ayudándose con las cuerdas que usan para jugar. Las tentadoras fragancias que el frescor de la mañana trae desde el monte de frutales y el huerto vecinos tienen más fuerza sobre su somnolienta voluntad que la clase de instrucción física.

Luego de las vacaciones de verano en Crimea, donde ha comenzado a aclimatarse al suelo, a los sabores, al paisaje de su patria adoptiva, el contingente infantil regresó a Odesa para ocupar la Casa número 3. Es el sanatorio de Semasco, a unos kilómetros de la ciudad portuaria, un complejo de importantes y señoriales edificios sobre el mar, como el de Simeiz, rodeado de jardines y bosques. Llegó el otoño y con él, las clases y las rutinas escolares. Un equipo de maestros, educadoras, traductores, auxiliares españolas y rusas —veinteañeras en su mayoría—, un médico y una enfermera, se encargan de la escolaridad, de la alimentación, de la salud y de la atención de los pequeños refugiados, quienes están las 24 horas bajo la protección de los adultos. A la mañana, las auxiliares supervisan el aseo tras cumplir una guardia durante la noche en los dormitorios. Las educadoras se encargan entonces del desayuno y los llevan a las aulas para iniciar la jornada escolar; vuelven a escena a la hora del almuerzo y a la tarde, al terminar las clases, los asisten en las actividades extracurriculares; luego los conducen al comedor para cenar. Después de la cena, los niños quedan al cuidado de los auxiliares nuevamente hasta el otro día. Los maestros imparten en castellano, con los pocos libros que han podido traer de España y los manuales rusos traducidos, una educación basada en el plan escolar soviético, socialista, laico y mixto. La pedagogía soviética desarrolla novedosos conceptos basados en la complementariedad e integración de la enseñanza y el juego, de la actividad artística, manual y deportiva, y hace especial énfasis en la solidaridad. Tanto los profesores españoles como los rusos se esfuerzan en aprender el idioma extranjero. Se enseñan las mismas materias que ya aprendían en España, a las que se agregan la de Historia Rusa y la Constitución Soviética. Hay una clase especial del idioma ruso para los niños, quienes avanzan rápidamente en su conocimiento, aunque el programa elaborado para los refugiados prevé una integración progresiva. Por fuera de la instrucción escolar, pueden inscribirse en Círculos de Actividades que abarcan las más variadas disciplinas. Los hay de deportes —el preferido entre varones y niñas—, de teatro, de música, de danzas españolas, de canto, de costura, de oficios, de dibujo, de fotografía, de aeromodelismo. Como parte de las prácticas deportivas reciben una instrucción militar básica, evacuaciones, defensa y tiro. Periódicamente el equipo médico, dependiente del Comisariado del Pueblo de Sanidad, hace un seguimiento personalizado de la salud, anotando en una ficha los resultados de los exámenes clínicos y estudios. Los casos de tuberculosis —los más frecuentes—, escarlatina y otras enfermedades infecciosas son tratados con celeridad para evitar contagios, así como las dolencias

gastrointestinales; los enfermos son enviados a Artek, a Evpatoria y a otros sanatorios de Crimea hasta su restablecimiento, para luego ser reincorporados.

De lejos, entre las plantaciones de pepinos que tanto le gustan a Luisa, las fugitivas escuchan el toque que anuncia el desayuno. Corren bajo las hileras de manzanos, higueras, ciruelos, perales y cerezos, abrazando las blusas repletas de fruta y dejan un reguero de risas y de higos. Llegan a la fila a tiempo para colarse sin ser descubiertas, pero no consiguen pasar de la puerta. Las educadoras que reciben a los niños en el comedor las hacen desprenderse de su dulce contrabando y las mandan a lavarse.

—Aquí no precisan salir a robar la comida —las reprende el director Kriviski, traductor mediante—. Tienen todo lo que necesitan para alimentarse y para educarse. Y algo fundamental de la educación, niñas, es la disciplina. Debéis respetar las actividades y los horarios y obedecer a vuestros educadores. Que no os sorprenda nuevamente tomando frutas del huerto. Os quedáis sin la próxima salida al cine. ¿Habéis comprendido?

Ambas asienten con la cabeza. Les duele perderse *Los marinos de Kronstadt*, la película a la que asistirá toda la colonia en el salón de actos, pero más lamentan que les hayan incautado su precioso botín. Mientras escuchan al director, sus paladares añoran húmedos el festín que no fue, pero ahora otro sabor las sorprende más dulce que la sorpresa roja bajo la piel morada de los higos. El sabor de lo prohibido, de la travesura, de saltar la ventana tras deseos nuevos. El tibio octubre de Odesa escampa lentamente las nubes de la guerra civil y regresa sus infancias a los días del juego y los descubrimientos.

Así va urdiéndose para Marinka una trama de sonrisas, con la alegría de un plato en la mesa, una cama acogedora, una pelota en los pies, un juguete, música, bailes, camaradería, amigos. A la noche, sin embargo, los bordes de ese agujero en el pecho donde falta la familia laten en lágrimas. Sobre la almohada blanca y suave su cabeza se duerme esperando la caricia y el beso de Emilia, las historias de Félix, el silbato del último tren calle abajo y los olores del piso 2 derecha de la calle Zabala 25. Aunque las imágenes de Euskadi, Emilia, padre y hermano difuminan sus contornos, aparecen nítidos y urgentes en lo profundo del sueño.

Cada día cose sus nuevos vestidos rusos. Una puntada, levantarse temprano y asearse. Otra puntada, formar para la revista, izar la bandera. Otra, ejercicios y desayuno. La aguja pasa el hilo por clases de matemáticas, de geografía, historia y lengua españolas. A la próxima puntada, el almuerzo, descanso y de nuevo a clases. Idioma ruso, Círculos de interés. Otra puntada, la cena. En la última puntada la aguja enhebra a toda la colonia para dar una ronda por los senderos que rodean el edificio principal. El lazo final es en los dormitorios. Y así será mañana. Costura por costura, día por día, tela sobre tela, Marinka va armando su amplia familia sustituta, que la envuelve, que la viste, que la abriga. Los nombres se hacen propios, las caras conocidas, las voces rusas habituales, hasta comprensibles. De a poco, el gusto se acostumbra a los sabores rusos; los oídos, a los pájaros de los bosques de Odesa; la mirada, al horizonte del Mar Negro. A lo que no se acostumbra es a no encontrar a Félix esperándola cuando termina la jornada de clases. ¡Si tan sólo pudiera compartir con su hermano esta nueva vida! Así como pueden hacerlo los dichosos que tienen a sus hermanos consigo. Quisiera contarle que está aprendiendo tantas cosas. Que la maestra Kitain se parece a Emilia. Que el instructor de tiro le recuerda a su padre. Y por hablar de eso, que ha sacado la medalla Voroshilov por su puntería. De seguro, estaría orgulloso de su hermana. Que cada vez que juegan al fútbol piensa en él y sus rodillas raspadas. Y que si estuviera allí, con cada uno de sus goles cosecharía tantas perlas de admiración como en los días de Bilbao. Contarle que comen bien y todo lo que quieren. Que ha hecho muchos amigos y una amiga que ya es como una hermana. Que le divertiría escucharla cantar la primera canción que

ha aprendido en ruso. Que se ha anotado en los Círculos de Danza y de Teatro. Que lo quiere, que lo extraña. Pero el mago que hacía aparecer panes por debajo de la mesa no puede con tanta distancia y tanta ausencia. Y ella no necesita panes, lo necesita a él.

Queridos Emilia y padre:

¿An leído las dos cartas que les envíe antes? Una desde Leningrado y otra desde Crimea donde emos pasao las vacaciones en el mar. Ahora estamos en Semasco y algunos ya an tenido carta devuelta. A mi no me a llegado ná dicen los maestros que puede ser por los fachas que detienen los correos. Esta va por Francia que la ponen en otro sobre con señas de alla asi no la paran los fachas. Ya an comensado las clases y nostratan muy bien. Estoy aprendiendo el ruso y ya se muchas palabras, les entiendo mejor a los Ruskis que me llaman Marinka. Estamos preparando una obra de García Lorca en el circulo de teatro y bailamos spatadanza como en Bilbao, estoi aprendiendo a bailar jota. Nos an llevado al cine en Odesa a ver el Acorazado Potemkim que es sobre la revolucion, tenias que verla Emilia. Los soldados le disparan al pueblo y un cochecito con un bebe rueda escalerasabajo, todos gritamos en el cine. Aqui llegan las noticias de la guerra y de los tanques y chatos que manda la Union Sovietica. Felipe que es asturiano lleva un mapa de España que le pincha banderitas rojas por la republica y negras por los fachas, esta todo lleno de banderitas negras. ¿Como esta Felix, an tenido noticias de francia? Me envíen sus señas asi le describo. Me ace ilusion verlos pronto cuando termine la guerra. Pienso siempre en ustedes como estan en Bilbao. Si pudiera mandarles pan blanco que aca comemos todos los dias, huevos queso leche verduras que cogemos del huerto.

La Chatilla que mucho los extraña

La Casa de Semasco es una pequeña España trasplantada al suelo soviético. Se habla en español, hasta las propias educadoras y auxiliares rusas procuran comunicarse en español. Se estudia en español. Se lee en español. Se canta y se baila en español. Incluso se intenta comer en español. Es más difícil pues, aunque han venido de España algunas cocineras con la expedición, los alimentos no son los mismos, las comidas no saben igual. Marinka se acostumbra rápido al *borsh* que preparan las cocineras rusas, pero no comprende cómo puede gustarles el caviar. A veces se escapa con Luisa y otros compañeros luego de robar papas de la despensa. Tienen su rincón oculto bajo los pinos donde arman un fogón y cocinan las papas en largos pinches improvisados con ramas. Ahí, entre los fuegos artificiales de las chispas que celebran su ceremonia secreta, cierran los ojos, llevan a la boca esas maravillas asadas y España los invade desde el paladar al recuerdo. Hasta que un día son descubiertos. Para su sorpresa, no los amonestan ni los castigan. A partir de ese día, aparecen las papas asadas en el menú de la colonia. Y las blancas alubias y el bacalao. El caviar se bate en retirada. No así el pan, siempre generoso, crujiente, oliendo a trigo y levadura; el rey de la mesa, de dorada capa y tierno corazón blanco.

Encerrados en ese mundo idílico que la Unión Soviética dispone para los hijos de la República Española, casi no tienen contacto con los niños rusos, ni con la realidad de un país que atraviesa grandes penurias económicas. Desde que ha conquistado el poder en 1917, la Revolución bolchevique ha sobrellevado una sangrienta guerra civil contra el Ejército Blanco de los zaristas, conservadores y liberales, apoyados por la invasión militar de las principales

potencias capitalistas. Si bien los soviets logran triunfar sobre los contrarrevolucionarios en 1922, el país queda asolado por los largos años de guerra, primero la Guerra Mundial en la que lo embarcó el Zar Nicolás II y seguido, la guerra civil. La derrota en 1919 del levantamiento espartaquista alemán dirigido por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo ha dejado a la URSS sin su potencial aliado europeo y puerta de expansión de la Revolución, porque era en Alemania donde el movimiento comunista estaba más consolidado. En esas condiciones de aislamiento internacional y agotamiento, cobran peso los sectores soviéticos más conservadores. A la muerte de Lenin en 1924, Stalin se apodera del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Estado contra la opinión del líder bolchevique, quien antes de morir expresó por escrito su temor de que el georgiano fuese Secretario General. Stalin elimina a los viejos dirigentes de la Revolución de Octubre con sangrientas purgas. Reemplaza la concepción leninista de la revolución internacional por el concepto del socialismo en un solo país, subordinando la actividad de los partidos comunistas de todo el mundo, agrupados en la III Internacional Comunista —*Komintern*— a la defensa del Partido Comunista de la URSS. León Trotsky, dirigente de confianza de Lenin, creador del Ejército Rojo y cabeza de la oposición de izquierda, defiende la teoría de la revolución permanente. Sostiene que el futuro de la Revolución depende de su extensión al resto del mundo, sobre todo a los países capitalistas centrales, y que ceñir las fronteras del socialismo conduce a la burocratización. Trotsky es desterrado en 1929, sus seguidores son encarcelados y fusilados. Stalin se encarniza con su familia; sus hijos y varios familiares más serán muertos. Trotskismo pasa a ser sinónimo de traición y de colaboración con el fascismo en la jerga de los inquisidores de Stalin, se estigmatiza como troskofascista a quien se quiere liquidar. En España, los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que combaten contra el franquismo y uno de cuyos dirigentes —Andreu Nin— ha simpatizado y debatido con Trotsky el curso de la revolución española, son perseguidos por órdenes de Stalin. En 1938, Trotsky funda en París la IV Internacional al concluir que es imposible la lucha política dentro de la III Internacional y que ésta, disciplinada al stalinismo, no sólo se ha perdido para la lucha revolucionaria sino que ha traicionado a las revoluciones china (1925/1927) y española (1936/1939). En 1940, el propio Trotsky terminará asesinado en México, que le ha dado asilo al final de un largo exilio por Turquía y varios países europeos. Ramón Mercader, un sicario stalinista español miembro del Partido Socialista Unificado de Cataluña, logra infiltrarse en su casa mexicana y le clava una piqueta en la cabeza.

En la Unión Soviética, todo atisbo de crítica a las nuevas políticas es duramente reprimido con juicios amañados, confesiones arrancadas bajo tortura y ejecuciones sumarias o con el envío a campos de detención y trabajo en Siberia, el *Gulag*, donde también morirán de a miles. Esa campaña de terror se ha cobrado decenas de miles de víctimas, entre ellas los cuadros militares y profesionales más capaces y experimentados. La economía ha avanzado a paso acelerado hacia la industrialización y se ha forzado la colectivización del campo con el traslado de grandes masas de población de un lado a otro del país. Y si bien es cierto que en pocos años ha conseguido levantar una industria pesada, liviana y armamentista, la Unión Soviética ha sufrido terribles hambrunas, con millones de muertos en 1932 y 1933, producto de la crisis agraria resultante de estas políticas, de la que aún no se ha repuesto cuando acoge a los refugiados españoles.

Un día están jugando en el parque cerca del gran portón de hierro de la entrada, cuando el camión de las provisiones entra a Semasco. Se detiene no muy lejos, frente a la cocina de la colonia y dos hombres comienzan a bajar los sacos de harina, las bolsas de azúcar, las latas de aceite. Unos niños rusos se han juntado para contemplar la escena desde el otro lado de la reja.

Visten pobremente y llevan unos trapos atados a los pies por todo calzado. De pronto, los trabajadores descienden unos cajones de madera que a los ojos de los pequeños rusos brillan de oro y fantasía. Soles como naranjas. Los más pequeños no conocen siquiera la frescura de su jugo y el cítrico dulzor de su pulpa. Para los refugiados españoles son simplemente naranjas, parte infaltable de su dieta pues previenen escorbutos y resfríos. Son tan ajenos al valor de aquellos tesoros que a veces las usan para jugar a la pelota o como proyectiles desde las ventanas. Marinka, sin embargo, reconoce el lenguaje que hablan los ojos de los niños rusos tras el cerco; sus propios ojos lo hablaban en Bilbao y en el muelle de Burdeos.

Los días van acortando su luz y el paisaje opaca sus tonos y asordina sus ruidos. Diciembre inaugura las sensaciones blancas. La suspensión del tiempo y del espacio en la lenta caída de los copos cuando nieva. El frío que congela las pestañas y el aliento. Las palabras, la respiración, que adquieren espesor de vaho y se visibilizan. El paisaje que se esconde bajo esa nata avasalladora y extraña que todo lo engulle y lo cubre robándole los colores. Tejados, bosques, caminos, todo se viste de blanco. El sol encandila sobre el espejo opaco de la nieve. La luna multiplica los azules. También llegan los juegos de invierno y los viajes en trineo por los senderos nevados del bosque. Los educadores rusos son sus instructores. Lo primero que aprenden es a deslizarse sobre la nieve blanda con los esquís. A la vuelta de algunos días, después de varias caídas y entre risas, empiezan a dominar esas largas tablas de madera y se lanzan por los campos blancos que rodean Semasco. Los niños rusos, acostumbrados a la nieve desde la cuna, pasan raudos al lado de los novatos y para prevenir accidentes han aprendido sus primeras dos palabras en castellano. «¡Apártate, español!» vienen gritando ladera abajo a velocidad de desafío. Llegar el turno de aprender a patinar en el suelo congelado de la cancha de fútbol, las caídas sobre el hielo traicionero son más duras, aunque cuando consiguen equilibrarse sobre la cuchilla de los patines la satisfacción compensa los magullones.

Marinka recibe su equipo de ropa para el frío. Abrigo, camisetas, bermudas tejidos y medias, pantalones y vestido de lana, traje de lana, pijama, gorro con orejeras, manoplas. Botas de cuero y galochas de goma con interior de fieltro rojo que se ponen sobre el calzado para evitar la humedad y el barro. También una manta de cama. Todas las prendas llevan un número, el mismo que tiene pintado la puerita de su guardarropas donde debe acomodar la indumentaria. Los pioneros deben mantener el orden y ser responsables en el cuidado de los objetos personales. La actividad de la Casa se hace caracol, se hace oso que hiberna. Bien calefaccionados y abrigados, continúan la escuela, los Círculos de Interés y las actividades deportivas que se pueden desarrollar bajo techo.

Durante la clase de Historia, Nicolai, el profesor ruso, les pide que abran el libro de *Historia de URSS* en la página 78.

—El Mariscal Egórov —pronuncia en tono grave— ha sido desenmascarado como enemigo del pueblo. Les pido que arranquen su fotografía, no merece figurar en la historia de la Patria.

Marinka, como todos en Semasco, conoce bien al Mariscal Aleksandr Egórov. Hace poco, a principios de invierno, ha leído su biografía en clase porque el famoso héroe de la Revolución y miembro del Comité Central del Partido Comunista honraría con su visita a la Casa N° 3, que apadrina el Ejército Rojo. Recuerda aquel día. El Mariscal y su comitiva inspeccionaron las instalaciones, las provisiones y el material para el frío con rigurosidad propia de una requisa militar. Es gracias a su intervención que se cambiaron las mantas de lana originales, demasiado delgadas, por las de pelo de camello, suaves y abrigadas, que cobijan sus noches. Ahora está confundida. El tono impostado del maestro Nicolai, habitualmente uno de los más vivaces, queda temblando en el ambiente y escuece su ánimo. En España no tenía dudas de quién era el enemigo;

llegaba siempre en alas de pájaros negros. Aquí, es más confuso. Qué pronto se pasa de héroe a enemigo en esta tierra, piensa mientras arranca prolijamente la hoja. Desde la enorme foto que preside el salón de clases, Stalin estira sus bigotes levemente hacia arriba, el Padre de los Pueblos parece complacerse con el rasguído de decenas de hojas. Bajo el arco oscuro de las cejas, sus ojos inquisidores contabilizan que todos los libros hayan sido depurados de la página infame.

A fin de año llega la fiesta rusa homóloga a la Navidad. Un gran abeto es montado en el gimnasio engalanado con bombillas de colores, nevado de pompas de algodón, con alegres adornos en cada rama y coronado por una estrella de cristal. Aloysha, el joven instructor de educación física a quien su novia espera todos los días en el portón de Semasco, se ha disfrazado de *Diet Moros*, el abuelo de las nieves. Olga, una de las educadoras, de *Sniguruska*, la hija de las nieves. Ambos reparten regalos para todos y organizan bailes y juegos.

Después del receso de Año Nuevo viene el último tramo del año escolar que se extiende luego del deshielo durante toda la primavera. La naturaleza recupera sus colores y Odesa es una fiesta de flores y de abejas. Y al fin llega el verano. Al término de las clases, la Casa de Semasco participa con los pioneros soviéticos en los campamentos de vacaciones en Crimea. Ocupan los balnearios que supieron ser exclusivos de príncipes y generales, de aristócratas y terratenientes en días de los zares. A lo largo de un mes, conviven con los niños rusos y comparten con ellos competencias deportivas, juegos, canciones, bailes, visitas a museos y teatros. Es su mejor escuela de idioma y un acercamiento al mundo infantil de su patria adoptiva.

En esa rotación de soles y de cielos, de escuela y de campamentos en el Mar Negro, pasan dos largos años. Demasiados para Marinka, quien como todos sus compañeros ha pisado suelo soviético convencida de que era una situación transitoria y ansía regresar a España. Pero la guerra civil se ha prolongado más de lo pensado.

La República, pese a la tenacidad de sus combatientes, se desangra ante el embate fascista, acuciada por las derrotas y el hambre. Los contrastes militares provocan varias crisis en un gobierno jaqueado por la revolución encabezada por los anarquistas y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), por un lado y el peso creciente del Partido Comunista palanqueado por la ayuda soviética, por el otro. En mayo de 1937, en Barcelona, anarquistas y poumistas son reprimidos violentamente por las tropas de la *Generalitat* —el gobierno autónomo catalán— y los comunistas y socialistas del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). El POUM es ilegalizado y su dirigente Andreu Nin es secuestrado y asesinado por agentes de la NKVD, la policía secreta stalinista. El Partido Comunista Español (PCE) adquiere preponderancia en el nuevo gobierno del Frente Popular que surge de esa crisis. Con la pérdida de todo el norte de la península, en julio de 1938 la República sólo controla un triángulo con vértice en Madrid y base sobre el Mediterráneo entre Almería y Valencia, separado de una Cataluña acorralada contra la hermética frontera francesa. En septiembre, Francia e Inglaterra firman con Alemania e Italia un acuerdo en el que abandonan al nazi-fascismo a España y entregan Checoslovaquia a Hitler. Un hueso para calmar la voracidad de la bestia negra. En noviembre, el gobierno republicano retira las Brigadas Internacionales en un intento de congraciarse con la Sociedad de las Naciones y evitar el aislamiento. Ni un solo soldado alemán o italiano deja España. En enero de 1939, las tropas franquistas entran en Barcelona y aceleran el derrumbe republicano. El mundo entero está pendiente de la crucial pulseada que tensan sobre tierra española el fascismo y el socialismo. La marcha de la guerra es seguida en la URSS a través de la prensa y los noticieros cinematográficos; en las plazas y lugares públicos de las ciudades y pueblos se colocan carteles con mapas y las

últimas informaciones, con demora de días y filtrando en lo posible las malas nuevas.

Los refugiados españoles viven con el corazón en la boca los sucesos de una guerra que hace cada vez más difícil la comunicación con la familia. La mayoría de los niños, en particular los que escriben a la zona bajo dominio franquista, no obtiene contestación a las cartas que envía. El afortunado que recibe correo desde España lo hace con una demora de meses. Marinka ha escrito varias cartas desde su llegada a Odesa pero no ha recibido respuesta. Las noticias de la guerra son leña seca sobre la llama siempre encendida del regreso, ya desesperado incendio. La desgarradura no saber si Emilia y su padre están bien, siquiera si están vivos; si Félix ha vuelto de Francia, qué es de él. ¿Recibirán ellos sus cartas? ¿Despacharán sus correos sin respuesta? ¿La misma incertidumbre atormentará la soledad de sus noches? Imposible saberlo. Miles de kilómetros y de bombas han levantado una cordillera de silencio.

A las 22.30 del 1 de abril de 1939, la radio franquista anuncia: *En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.* El escueto parte firmado por el Generalísimo Franco es el comienzo de una cruenta dictadura que se cebará sobre los vencidos, llenando las cárceles de trabajadores y opositores e imponiendo un Estado policial, eclesiástico y oscurantista. Tras cuatro años de lucha, el fascismo ha doblegado en sangre el intento popular de terminar con siglos de injusticias y ha restaurado el orden de reyes y señores, de obispos e inquisidores. La sagrada España de la cruz y de la espada, del yugo y el garrote vil. Los huesos de un millón de españoles siembran cada palmo de tierra ibérica. La guerra civil ha sido pródiga en viudas y huérfanos, en mutilados y exiliados. Miles de refugiados huyen hacia Francia y son internados en campos de detención a cielo abierto ni bien cruzan la frontera. Otros miles son capturados en el puerto de Alicante por las tropas italianas. Muchos de los que consiguen salir buscan refugio en la Unión Soviética; ex combatientes, funcionarios republicanos con sus familias y la dirección del PCE.

Si la caída de Bilbao fue una puñalada de dolor en pleno viaje a la URSS y la entrada de los fascistas en Barcelona, un rayo en medio de sus ilusiones, la derrota final de la República es un mazazo mortal para los que están lejos. Mientras el ejército republicano combatía, la esperanza del regreso se mantuvo de pie, tropezando con cada revés y reincorporándose con cada victoria. Pero ahora que la roja, gualda y morada ha sido arriada y el fascismo celebra la victoria desfilando por el centro de Madrid, la vuelta a su país se hace casi imposible para ellos. Si bien la guerra civil ha terminado, Stalin ha dejado en claro que recibió a los refugiados de manos de la República Española y sólo los retornará a la República. Entre lágrimas, Marinka ve quemarse las naves del retorno. Ahora sabe que el exilio, prolongado dos largos años por la guerra, no tiene calendario ni relojes en el horizonte. La URSS, que la resguardó de las bombas y del hambre, ha comprimido la infinitud de sus paisajes y de su corazón solidario a la desolación de un islote abandonado y perdido.

Son días tristes en Semasco. Las educadoras terminan llorando con los niños que acuden a consolar. Los maestros se esmeran en continuar con el programa escolar pero sus miradas viajan lejos, a la tierra donde tantos compañeros del sindicato, del partido, de sus terruños, han caído defendiendo una sociedad más justa, más libre, más humana. Donde tantos otros penan con cárcel su lealtad a las ideas de Bakunin, de Marx, de Lenin. La comida sabe a llanto. El aire huele a luto. Los colores se destiñen en desesperanza. Las palabras olvidan sus significados y da lo mismo decir tal vez que nunca. No alcanzan los fulgores de la primavera para desempantanar tamaño duelo. Felipe, el asturiano del curso que Marinka mencionó en una carta, recoge una por una las banderitas que viene clavando en el mapa de España; a las negras las estruja con rabia y las arroja

lejos, a las pocas rojas que restaban las dobla con ternura junto con el mapa y las guarda en la última hoja de su cuaderno de clases.

Marinka está en la hora de gimnasia. El profesor le indica que es su turno para trepar por la soga y colgarse de la barra. Ella se niega y no hay forma de que Aloysha consiga convencerla. No es su sangre vasca la que dice no, tampoco es la rebeldía de su carácter inquieto. Tiene vergüenza. Es que ha despertado esta mañana con la cama mojada y, asustada por la mancha roja sobre la sábana, ha corrido a ver al doctor Hombrados, el médico de la colonia.

—Es natural, Marina, no es para preocuparse —le explicó el doctor—. Acabas de convertirte en señorita.

5

El domingo amanece nublado, un gris eléctrico y plomizo enturbia el aire. Mala señal. Luego del desayuno, toda la colonia forma en la cancha de fútbol. Con voz grave, el director Kriviski les comunica la noticia que nadie pensaba escuchar.

—Esta madrugada, el sagrado suelo de la patria fue invadido por las tropas nazis que han roto el pacto con la Unión Soviética. Estamos en guerra.

No es necesario traducir, los niños ya hablan ruso perfectamente. Pese a que ha comenzado el verano, una helada silenciosa y cortante desciende sobre las filas de pioneros y un rozar de espectros les estremece el cuerpo. Aquí y allá, entre puños que se crispan y maldiciones a los fascistas, brotan llantos mudos.

—Desde este momento, todo el esfuerzo del pueblo soviético se encolumna detrás de la conducción del camarada Stalin para expulsar al invasor —continúa—. Es tiempo de sacrificio y de lucha.

En agosto de 1939, nueve días antes de atacar Polonia, la Alemania nazi se asegura la no intervención soviética en la guerra que está por comenzar. En Moscú, su ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, firma con Molotov, su par soviético, un pacto de no agresión mutua. Dos semanas después de que las tropas alemanas invaden territorio polaco por el oeste, lo hace el ejército soviético por el este, se reparten el país según lo acordado secretamente en el pacto. Polonia sucumbe en poco más de un mes y Hitler, con la espalda cubierta para concentrar su ofensiva sobre Europa occidental, fagocita un país tras otro. Entre abril y junio de 1940 ocupa Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica y Francia. Debe posponer su plan de invadir Gran Bretaña, pero desata una campaña de bombardeo de sus ciudades. Con sus aliados italianos se lanza sobre los Balcanes. Caen Albania, Yugoslavia y Grecia. Ataca Creta y lleva la guerra al norte de África y Medio Oriente para controlar la cuenca mediterránea. En 1941, cuando la svástica domina toda la Europa occidental —entre países aliados y ocupados—, desde el Mar del Norte al Mediterráneo, los tanques y los aviones alemanes quiebran el pacto de no agresión y vuelven sus cañones hacia los Urales para hacerse de los codiciados recursos agrícolas, carboníferos y petroleros rusos. Hitler se abalanza sobre la Unión Soviética en nombre de una gran cruzada contra el bolchevismo, la Operación Barbarroja. Además de las tropas alemanas, italianas, rumanas, húngaras y eslovacas que participan de la invasión, bajo el uniforme de la Wehrmacht se encuadran voluntarios fascistas croatas, bosnios, belgas, holandeses, franceses, noruegos, de decenas de países ocupados y hasta rusos blancos, cosacos y ucranianos. Franco aporta 50.000 soldados españoles, la División Azul. Tres grupos de ejércitos, con cuatro millones y medio de soldados, atacan simultáneamente en dirección al Báltico, al centro y al sur de la URSS. El Ejército Rojo, diezmados sus mandos por las purgas stalinistas, es tomado por sorpresa y rebasado en todos los frentes. Gran parte de la fuerza aérea es destruida sin haber despegado. Los soldados soviéticos caen prisioneros de a millares. En una ofensiva relámpago, los invasores

ocupan Ucrania cerrando pinzas sobre Kiev, asedian Leningrado y llegan a pocos kilómetros de Moscú.

Ese domingo 22 de junio de 1941, cuando el director les comunica la fatal noticia, se cumplen exactamente cuatro años de aquel 22 de junio de 1937, día en que llegaban a Leningrado huyendo de la muerte. Cuatro años vividos en una paz que presumían para siempre. Su infancia en Odesa ha crecido lejos de las bombas, de las privaciones, alimentada por el cariño de sus maestros que procuran suplantar a la familia ausente. La URSS les ha brindado una educación que España, atravesada por la guerra civil, no hubiera podido ofrecerles. Se han sentido a salvo en suelo soviético de la tormenta de fuego que incendia Europa. Pero ahora la sombra tenebrosa del fascismo se extiende hacia el este y arrasa todo a su paso. Lobos hambrientos que parecen olfatear el rastro de los huérfanos de la derrotada República. Vienen a terminar la faena.

La rutina de la Casa de Semasco se modifica drásticamente. El primer cambio es en la comida. Las provisiones se reducen a lo mínimo; los campos cerealeros de Ucrania, si no han sido quemados para que no sirvan al invasor, caen en poder de los nazis; la prioridad de la producción agrícola que aún resta es alimentar a los combatientes. Al principio pueden compensar las carencias porque parte de lo que consumen lo producen en la huerta de la Casa, pero el menú diario no consigue disimular la creciente escasez.

Las prácticas de tiro, que siempre fueron un complemento de los Círculos de Interés Deportivo, se intensifican y se completan con simulacros de evacuación e instrucciones para usar la máscara antigás. Los jardines, verdes de verano y de flores, son surcados por trincheras que cavan los adultos y los mayores de doce años, tan estrechas que apenas caben los hombros de un niño. Las trazan en zig zag para evitar el efecto expansivo de las bombas. Las ventanas se cubren con mantas y los vidrios se cruzan con papel engomado. A la noche sólo se encienden unas pocas luces azules que confieren a quienes caminan por los pasillos la apariencia de fantasmas.

Todos los rusos, hombres y mujeres jóvenes aptos para el combate, son incorporados al Ejército Rojo. Los muchachos y muchachas del personal soviético de Semasco parten al frente. Aloysha, el primero. Olga, que es tanquista de reserva, marcha con él. Irina, otra de las educadoras, también se alista como enfermera. El propio director es movilizad y nombran a otro natural de Odesa, Biespalsev. En la Casa sólo quedan los trabajadores más viejos y algunas mujeres rusas.

Los pioneros españoles de las Casas de Niños que tienen 16 o 17 años reclaman su lugar en las filas del ejército. Siguen el camino de los jóvenes y los combatientes republicanos llegados luego de la derrota de la República, quienes concurren masivamente a alistarse. Tienen una deuda de gratitud con la URSS y encuentran una oportunidad de reivindicar la lucha perdida contra el fascismo en su patria ibérica. Los mayores de una Casa de Moscú, estudiantes de la Escuela de Aviación, son incorporados a la Fuerza Aérea soviética; algunos de Leningrado también consiguen que los acepten aunque sea en puestos sanitarios o de retaguardia. Pero la mayoría de los adolescentes son rechazados una y otra vez en los centros de reclutamiento. «Les agradecemos su gesto, pero están aquí para formarse y regresar a España», les dicen. Muchos de ellos terminarán integrando las formaciones de partisanos que pelean tras las líneas enemigas. Otros serán incorporados finalmente al Ejército Rojo que, urgido por las pérdidas de hombres —que se cuentan por millones entre caídos, heridos y prisioneros— flexibiliza controles y reglamentos. Tras mucho insistir, Pedro y Julián logran que los acepten como voluntarios falseando su edad y también parten de Semasco.

Marinka, que hace poco ha cumplido los catorce, siente el aleteo de los pájaros negros

desperezándose de su letargo en lo hondo de las pesadillas. Los han seguido desde España y no parecen dispuestos a dejarlos tranquilos ahora que los han descubierto en ese rincón de la Unión Soviética. El fervor patriótico que aúna voluntades contra el invasor compensa en parte ese desasosiego, le da un poco de confianza y un cierto aire de esperanza entre tanto preparativo bélico.

Queridos Emilia, padre y hermano:

Les escribo esta breve nota para decirles que no se preocupen por mí. Estoy bien. No tengo noticias de ustedes desde que salí de Bilbao pero igual les escribo en la ilusión de que alguna carta llegue a sus manos. Los odiados fascistas nos persiguen donde quiera. Ahora han traído la guerra a la patria que nos recibió y nos adoptó pero el pueblo soviético está decidido a expulsarlos. En Semasco nos preparamos para cuando lleguen los ataques aéreos. Nos han dao una mascarilla antigás y emos cavado trincheras en el jardín. Ansío con todo mi corazón volver a verlos. Los quiero y los extraño

Marinka

Pronto la ofensiva nazi y de sus aliados rumanos lleva la guerra a las puertas de Odesa. La primera vez que suena la *triboga*, tres toques cortos como las alarmas antiaéreas de Bilbao, todos los niños saltan de la cama y se colocan la máscara que cuelga de la cabecera. Como le han enseñado, Marinka toma la máscara con los pulgares e índices de ambas manos abiertos en L, primero se la calza por debajo de la barbilla asegurándola con los pulgares y luego la estira hacia atrás con los índices y la ajusta. Se hace difícil respirar con aquella capucha de goma empañada por el miedo. Descienden en orden al parque echándose al piso en intervalos hasta que todos salen del edificio. En la angosta trinchera sólo pueden escuchar los motores de los bombarderos que se acercan y ver por la franja libre de cielo que deja el pozo los reflectores de los defensores buscando enlazar con la luz a un avión fascista para que los cañones antiaéreos puedan derribarlo. Entonces empiezan las explosiones, lejanas al principio pero cada vez más próximas a Semasco. Algunos de los auxiliares, de los maestros y de los niños más grandes han subido a los techos con largos palos para neutralizar las bombas incendiarias que puedan caer sobre la Casa. Deben evitar que enciendan y arrojarlas hacia abajo, donde otro equipo las cubrirá con arena.

A Marinka le parece que ha entrado al refugio de Bilbao de la mano de Emilia hace un instante; que una gigantesca tenaza comprime entre paréntesis de acero los cuatro años leves y luminosos que vivió en la colonia y los aleja al territorio neblinoso del recuerdo; que, por el contrario, en un violento enroque, el presente se retrotrae al día que embarcó en Santurce bajo las bombas y que su infancia rusa acaso es sólo un sueño, el frágil temblor de una vela entre dos tempestades de furia y de muerte. El tronar de los aviones —los mismos Heinkel y Junkers que martirizaban Bilbao—, las explosiones, los olores, todos los registros del terror reptan desde el olvido a la piel como serpientes frías, súbitamente redivivas.

—¡Arriba, Marinka! —la saca de sus absortos pensamientos Luisa.

Tarda en reaccionar. Aturdida, alcanza a escuchar la voz de su amiga desde muy lejos. Y en realidad es ella la que ha estado lejos. En lo más intenso del ataque ha entrado en un limbo de luz y de sonidos. Inmóvil en la trinchera como en una sepultura vertical, con la máscara limitando la visión y la respiración, pegada a la tierra húmeda de las paredes, su cuerpo instintivamente pliega rodillas y codos y busca la posición fetal para proteger la cabeza. Ha dejado de escuchar las

explosiones bastante antes de que cesen, por eso le cuesta entender que el bombardeo ha terminado y deben ayudarla a salir del estrecho refugio, como las comadronas ayudan a traer al mundo a los bebés que vienen de nalgas o con el cordón enrollado.

A partir de ese primer ataque, muchos más se suceden apretando el asedio sobre la ciudad-puerto estratégica, llave del Mar Negro y entrada al río Dniéper, que junto al gran río Volga, con desembocadura en el Mar Caspio, son verdaderas autopistas fluviales arriba de cuyos cursos se escalonan industrias y refinerías. Los aviones nazis son tan puntuales que los responsables de la Casa pueden prever la hora del ataque y ordenar a los niños refugiarse en las trincheras antes de que empiece a sonar la *triboga*. En pleno otoño, con el ejército invasor a tiro de cañón, la Casa Semasco y la Casa Kirov, la otra colonia que funciona en Odesa, reciben del Comité Provincial del Partido la orden de evacuación hacia el interior del territorio ucraniano. Deben hacerlo juntas por mar porque las líneas férreas están cortadas por el invasor. En el castigado puerto, embarcan de noche en el único navío disponible pues toda la flota del Mar Negro está empeñada en trasladar fábricas y recursos fuera del alcance de la aviación fascista y en contener el avance de las tropas alemanas y rumanas.

Con su pequeña valija en la mano, su uniforme de pionera, el birrete blanco con la borla colgando hacia el costado, Marinka reconoce la enorme escalinata que desciende hacia el muelle, es la de la escena del cochecito de bebé cayendo sin control por las gradas en la película *El acorazado Potemkin* que ha visto tantas veces en el cine. La sensación de abandonar tierra firme y flotar en el desamparo de la noche le revive la partida de Bilbao. La araña oscura que a golpes de sonrisa creía haber matado, le camina de nuevo sobre el pecho. Pero ahora no está sola. Luisa, sus amigos, sus maestros, están allí con ella mirando cómo la ciudad que los acogió y que aún resiste cubriéndoles la retirada se empequeñece salpicada de incendios. Nadie duerme esa noche. La guerra civil de la que huyeron hace cuatro años viaja con ellos como una intrusa indeseable arrastrando por la cubierta sus hediondos vestidos de barro y de sangre.

El barco deja el Mar Negro y se interna en el estuario del Dniéper. A poco de navegar llega a Jerson. Hacen una breve escala en esa ciudad y son alojados en otra Casa de Niños, donde comen y reponen fuerzas. Dos días después, prosiguen viaje río arriba, ya bastante lejos de los combates. El barco se desplaza plácido y moroso, parece no querer irrumpir en el paisaje; es el paisaje el que navega, el que transcurre como correntada. Las márgenes del Dniéper inclinan hacia el agua la curva perezosa de las colinas. Toda la paleta del otoño se duplica en espejo en el ancho azul del río y dibuja en la orilla un encaje de amarillos, de ocres, de naranjas, de empecinados verdes, de un castaño o un rojo sobresaliendo en la calma cóncava de un remanso. A babor y estribor, alguna aldea los saluda con labores de campesinos y chimeneas espiralando humos de cocinas y fogones. Una tierra virgen de guerra que los conforta y les hace olvidar por un instante los últimos meses de una Odesa sitiada y bombardeada.

El río se abre distanciando las orillas y el paisaje se eriza de chimeneas fabriles. Anochece cuando llegan a Zaporozhie, una de las mayores ciudades del país. Rica en yacimientos de carbón y de hierro, cuenta con una importante represa hidroeléctrica y concentra acerías e industrias metalúrgicas que trabajan sin pausa para alimentar a la industria bélica. Gran parte de los aviones, cañones y tanques que producen de a miles las fábricas soviéticas están hechos con el acero de Zaporozhie. El viaje fluvial termina en este puerto, ahora continuarán en tren. El contingente de niños y maestros no encuentra lugar para descansar bajo techo y debe esperar toda la noche a la intemperie, en el patio de maniobras de la estación ferroviaria, el tren que los llevará hacia el Cáucaso del Norte. La luz pulsante de una fábrica cercana dibuja las siluetas de los refugiados, agrupados aquí y allá alrededor de su equipaje. Marinka y Luisa se acomodan una contra otra para

abrigarse y, rendidas al cansancio, se quedan dormidas.

Los despierta una tenaz llovizna. El tren que emerge de la cortina neblinosa de esa mañana no se parece en nada al que los llevó desde Leningrado hasta Odesa. Los cómodos vagones de madera, con camarotes y hasta coche comedor, se han evaporado junto al tiempo tranquilo de la colonia de Semasco, las vacaciones de verano en las playas de Crimea, la mesa abundante, las sábanas blancas, las risas y los juegos. Resoplando sus vapores grises, una locomotora negra con la estrella roja como mascarón de proa arrastra una formación de vagones de carga con un gran portón corredizo a cada lado. Se ayudan unos a otros para subir, no hay escalerillas y el piso del vagón da por encima de las cabezas de los niños. Comparten el viaje con evacuados ucranianos de las zonas ocupadas por el invasor y con soldados heridos trasladados del frente. Cuando cierran los portones, la luz de la mañana sólo es un haz que entra por la pequeña ventanilla a lo alto y se filtra aquí y allá como la lluvia por las rendijas que dejan los tablones de las paredes. La oscuridad de piedra del refugio, la oscuridad de hierro de la bodega, la oscuridad de tierra de la trinchera, la oscuridad de madera del vagón; pareciera que para protegerse hay que esconderse en lo oscuro, invisibilizarse en la sombra. El sol, como el tren de pasajeros, es un lujo en tiempos de guerra.

El viaje es largo y es lento. Los convoyes militares tienen prioridad de paso por la red ferroviaria que no ha caído todavía en poder de los nazis. El tren se detiene constantemente en vías muertas de pequeños pueblos, a veces desenganchan la locomotora para transportar trenes de tropas y deben esperar largos días la llegada de una de reemplazo. Lejos del aseo diario y de las ropas limpias de Semasco, proliferan unos compañeros de viaje irritantes e indeseables. Organizan sus líneas de defensa en las trincheras de las costuras de camisas, camisetitas, abrigos y gorros. Se hacen inexpugnables allí y saltan al ataque durante la noche o cuando baja la defensa de uñas y peines. Los niños se rascan todo el tiempo la cabeza, muchos tienen el cuerpo lleno de ronchas. Aunque hasta las cuestiones más urticantes emergen luego tras el tamiz de la infancia. Se organizan apasionantes carreras de piojos con los engordados y molestos bichitos, sacrificados después del espectáculo como gladiadores en el Coliseo de las cajitas de fósforos.

Algunas aldeas los ayudan con algo de comida y de agua, que los maestros canjean con los lugareños por abrigos, gorros, algún reloj. Pero a medida que pasan las semanas y ya no quedan muchos objetos permutables, el hambre se les adhiere al estómago, a los pensamientos, a los sueños y tiene más importancia que la amenaza de un ataque aéreo. En Libinskaya, pueblo cabecera de partido rodeado de *koljoses*, las cooperativas campesinas, y de *sovjoses*, las explotaciones agrícolas del Estado, deben aguardar indefinidamente. Con la complicidad de los educadores, que hacen la vista gorda, los niños se organizan para ir a la pesca de lo que fuera. Papas, verduras, huevos, leche. En los charcos a la vera de las calles descubren ranas y con horror de los aldeanos, desconocedores de las costumbres españolas, las cazan y comen las sabrosas ancas. Entre los puestos de la feria, arrastrándose por las plantaciones, entrando a escondidas en algún gallinero, los más audaces desarrollan la habilidad de procurar el alimento. Marinka y Luisa, que han adquirido experiencia a la hora de la siesta en el huerto de Semasco, esta vez no están jugando. El botín, siempre magro, se comparte entre todos los refugiados.

Cuando reanudan el viaje, las nevadas tempranas cubren los campos y suman una nueva penuria. El frío de un invierno impaciente que quiere robarle el último mes al otoño se asocia con el hambre para recordarles que la guerra, aunque ya no haga llover fuego desde el cielo, viaja con ellos en las entrañas y en la piel hecha una cicatriz indeleble. Cada vez que el tren se detiene, Marinka salta del vagón como todos los niños y toma puñados de nieve, los aprieta contra su cuerpo para derretirlos y los vuelca a la cantimplora que lleva consigo. El agua que resulta no es

muy limpia, el suelo alrededor del tren está manchado por el hollín de la locomotora, pero es el único recurso que tienen para beber algo. Es así que muchos están con dolores intestinales y diarreas. A varias de sus compañeras se les ha retirado la menstruación. Ella las envidia; debe aprovechar las paradas, quitarse las prendas ocultándose entre las ruedas y frotarlas con nieve para quitarle las manchas.

Mijailobka es otra aldea en medio de *koljoses*. Está enclavada en la República de los Alemanes del Volga, fértil y antigua región colonizada por inmigrantes germanos a mediados del siglo XVIII, impulsados por Catalina II, quien les permitió conservar su idioma, religión y cultura, además de otorgarles autonomía administrativa. Cuando llegan, parece un pueblo fantasma; gansos, gallinas, cabras, chanchos, se pasean libremente por las calles. En los establos, las vacas mugen con las ubres llenas, los graneros almacenan la última cosecha, algún caballo está sujeto aún al arnés del carro. A ambos lados de la calle por la que entran se alinean prolijas y alegres *isbas*, las tradicionales viviendas rurales de paredes de troncos encastrados como dedos cruzados en los vértices, techos a dos o cuatro aguas cubiertos de musgo y un vestíbulo doble para mantener la entrada caliente y libre de nieve. Las casas están con las puertas abiertas y es asomarse para encontrar una mesa tendida, un caldero sobre el fogón que duerme sus cenizas tibias, un gato maullando la ausencia de sus dueños, un perro echado al rescoldo. Pero no hay nadie; como si una fuerza invisible, una peste misteriosa, un huracán violento y repentino se hubiera llevado a las personas dejando sólo los registros, la impronta fresca de sus rutinas cotidianas. Los soldados que requisan las viviendas les explican. Temeroso de que los pobladores alemanes terminen colaborando con el invasor desde la retaguardia, Stalin los ha evacuado de un día para otro hacia Siberia con lo que pudieran cargar en sus manos. Desde lo alto de los maizales, las mazorcas pasadas de maduras ondean sus penachos apremiando a los cosechadores. Algunas granjas y casas ya están siendo ocupadas por los koljosianos desplazados de Ucrania por el avance alemán. Al contingente español le asignan una escuela vacía que puede funcionar perfectamente como colonia. Disponen de comedor y salas donde armar los dormitorios. Los maestros se acomodan en una de las *isbas* desocupadas. Aquí se quedarán todo el invierno.

Luego de un viaje tan sacrificado, viviendo en vagones congelados y oscuros, aquello es casi un oasis. Pueden organizar una rutina, dormir bajo techo, conseguir comida e incluso disponen de un terreno para huerta. Recogen maíz, papas, cebollas, remolachas, todo lo que dejaron los aldeanos alemanes sin cosechar en su precipitado éxodo y que aún no han quemado las heladas. Se retoma el calendario escolar. No hay guerra, ni frío, ni hambre que impida a los tenaces educadores españoles y soviéticos la continuidad de su oficio y el objetivo de su misión. Aquellos niños son la España del mañana y ellos son los encargados de proteger esos brotes tiernos, de hambrunas, de inviernos y de bombas. Primero comienzan los cursos los pequeños, los mayores un poco después porque están abocados a una tarea más importante. Hay que acaparar toda la leña posible porque el invierno ruso no perdona que las ventanas no tengan doble vidrio, ni que falten leños o estén húmedos para prender el fuego en la estufa, el corazón de la casa rusa que nunca debe parar de latir. Ocupa el medio de la *isba* y se mantiene toda la temporada encendida para cocinar en su horno y hornallas, calefaccionar y suministrar agua caliente a toda hora.

Un brote de tuberculosis, contagiado por uno de los evacuados que ya embarcó enfermo en Odesa, provoca la muerte de tres niños a poco de llegar a Mijailobka. No hay ataúdes de su talle, sólo consiguen unos muy pequeños y hay que doblarle las rodillas para meterlos y enterrarlos en el cementerio del pueblo. Ese día deben resignar su ración de pan, el sepulturero duplica su paga en alimentos porque necesita trabajar el doble para abrir una tumba en el suelo congelado. Otros catorce niños que enferman durante el viaje se han puesto peor. Son llevados para su atención al

sanatorio de la ciudad más cercana. Más tarde se enteran con pesar que cuatro de ellos no pueden resistir el traslado y fallecen en el camino. Los otros lo harán en el hospital.

Marinka, que dejó su niñez bilbaína tras la popa del *Habana* y pudo recobrarla bajo el cielo de Odesa, siente que esta nueva guerra está queriendo arrebatárle su recién nacida adolescencia. Para animarse, mientras carga el atado de leña en el trineo tirado por un alazán de largas crines y peludas polainas blancas, tararea la canción con aires de pasodoble compuesta por las educadoras durante el viaje y que fue ganando estrofas en cada pueblo que dejaban atrás. El caballo vuelve la cabeza al escucharla cantar.

*El 22 de junio el director nos reunió
y nos dijo que la guerra estalló.
De Odesa a Jerson, Zaporozhie,
Libinskaya, Bugano, Mijailobka.
¡Ay qué mal que se está aquí!
El frío que hace en esta aldea
no lo cubren las botas ni las medias.
No podemos salir.
Un cacho de pan con membrillo
es toda nuestra ración.
Porque está dicho: esta aldea
no nos quiere dar mejor.*

Marinka dice su nombre y su número de legajo. El guardia del puesto de vigilancia comprueba los datos, mira la foto de la ficha, la mira a ella y le entrega su tarjeta y su caja de herramientas. Luisa, que ingresó antes, la espera del otro lado del portón de entrada de la Sección 5. Hace meses que trabajan en la fábrica de aviones de Sarátov, nuevo destino del grupo de muchachas y muchachos españoles provenientes de las Casas de Niños de Odesa.

Durante su estancia en Mijailobka puede completar las clases del primer curso de la escuela. Llegada la edad en que debe pasar de curso opta por trabajar antes que continuar los estudios. Carne y uña, Luisa también elige trabajar. La patria soviética necesita brazos para suplantar a los jóvenes y hombres que de a millones están combatiendo en el frente. Los ejércitos fascistas parecen invencibles y capturan una ciudad tras otra.

En Sarátov, una ciudad y puerto sobre la margen derecha del Volga que concentra cientos de industrias en la retaguardia, se han instalado fábricas de tanques, de fusiles, de rodamientos, de cemento, de caucho, textiles, refinerías. Muchas trasladadas desde el oeste a medida que las ciudades van cayendo en manos nazis; desmontadas máquina a máquina, pieza a pieza, y vueltas a armar en tiempo récord. Los tranvías de la ciudad se arraciman de obreros en las horas de entrada y salida del trabajo, los trenes tienen ramales hacia las principales fábricas y la estación está abarrotada de largas filas de vagones de carga. Los carros y camiones pasan repletos de materiales a toda hora hacia la otra orilla sobre el imponente puente de hierro que se alza para dar paso a los barcos. Durante el invierno, el puerto permanece inactivo porque el río se congela, permitiendo el paso de vehículos, pero con el deshielo una actividad febril se apodera de los muelles. Marinka ha sido destinada a una enorme fábrica de aviación que funciona donde antes había una planta de tractores. Se construye allí el Yak, un caza que busca modernizar la fuerza aérea soviética para enfrentar a los aparatos alemanes, rápidos y letales. La fábrica ocupa varias hectáreas de talleres, depósitos, hangares, barracas para alojar a los trabajadores, almacenes y comedor. Es una ciudad dentro de la ciudad. Los obreros sólo pueden ingresar a la sección donde trabajan, no conocen la totalidad de la cadena productiva, que está segmentada en sectores estancos. En un sector se fabrica el fuselaje; en otro, las alas; otro sector arma los motores; otro, el armamento; otro, la carlinga; finalmente se ensambla. Se previene así la filtración de información y cualquier posibilidad de espionaje.

Marinka, Luisa y las otras españolas trabajan en la Sección 5, donde se arma el morro del avión, en nada parecido a la nariz voluminosa y aplastada de los conocidos Chatos. El nuevo caza soviético replica el diseño de su enemigo de la Luftwaffe —Ejército del Aire alemán—, el temible Messerschmitt, de trompa aguda y aerodinámica y hélice de tres aspas, al eje de la cual aloja su cañón. Esta semana les toca el horario nocturno. Son tan bajitas que les han fabricado unas tarimas de madera para que puedan alcanzar la altura del banco de trabajo. A veces, los turnos se extienden hasta 10 o 12 horas. La fábrica no para, trabaja todas las horas del día, todos los días del año. Como el país, tensa el esfuerzo al límite para detener al invasor. Aunque están a

finales del invierno, el frío todavía duele más que el hambre.

—Luisa, hoy apuramos la producción —dice Marinka con un guiño cómplice.

—Claro, *tovarich*, está muy frío para pasar toda la noche en el taller.

—Corre la voz entre las compañeras. Está Sasha en el control, no creo que se dé cuenta.

—Hablando de ruskis, Marinka. ¿Ya viste cómo te mira Misha?

—¡Qué dices, Luisa! Te mirará a ti, que a mí ni me saluda. ¡Tú y tus fantasías, chavala!

—¡Vamos, que seré fantasiosa, pero no soy ciega!

—¡Anda, anda! —Marinka corta la conversación aunque no puede disimular que sus mejillas se han puesto coloradas a pesar del frío.

Luisa sabe que dio en el clavo; se calla con una sonrisa socarrona mientras mira hacia el piso. El suelo del inmenso galpón está pavimentado con una gruesa capa mezcla de aserrín y de aceite, está siempre húmedo y traspasa las suelas demasiado gastadas de las botas. Marinka, como todas sus compañeras, se confecciona unas plantillas de varias capas de papel para tener los pies secos y calientes. Antes de ponerse a trabajar alimentan los braseros que vienen encendidos del turno anterior. Visto desde arriba, el taller parece un campamento guerrero antes de la batalla, con pequeñas fogatas aquí y allá velando las armas.

Las españolas deben preparar los remaches de aluminio y fijar las planchas que dan forma al morro. Marinka y Luisa toman las latas agujereadas como un colador por el alambre que hace de manija, las llenan de remaches y deben sumergirlas primero en la cuba con agua caliente y luego pasarlas a la cuba de agua fría. Es un procedimiento de cocción y temple imprescindible para que el remache no se quiebre en medio del combate y las planchas se desprendan. Tienen un cupo de producción que cumplir, que les lleva todo el tiempo del turno. Si logran hacerlo en menos tiempo, pueden descansar hasta que entre el próximo equipo. El supervisor Sasha apenas mira si el cupo está completo y como los remaches están mojados supone que se han cumplido las normas de seguridad. La sección de las *ispanski* se ha ganado un par de horas extras de descanso gracias a pasar los remaches exclusivamente por el agua fría; los aviones armados con esos morros no descansarán tranquilos. En su inconsciencia adolescente, Marinka y sus compañeras sólo quieren dormir un poco más. Se encuentran en el baño, que está menos frío, y se tienden sobre cartones, abrazadas unas a otras en círculo, como lobeznas en la cueva, en una ronda fraterna y solidaria.

Terminado el turno, devuelven las herramientas en la guardia de la salida y corren a tomar algo caliente, que con un poco de imaginación evoca al té, y comer la ración de pan negro, cada vez con mayor proporción de corteza de abedul y de girasol que de cereales, a veces con algo de membrillo para acompañarlo, o una *majuka* dura y desabrida. Marinka se acuesta en la cucheta superior de la larga fila de camas de la barraca, Luisa duerme en la de abajo.

—*Spokeynoy nochi*, Marinka. Y no te hagas la distraída que bien te conozco. Apuesto a que estás pensando en Misha.

—Buenas noches, fantasiosa. Y mejor no apuestes porque llevas las de perder —la voz de Marinka suena terminante pero si Luisa pudiera ver la sonrisa con la que se duerme su amiga, habría ganado la apuesta.

Con la llegada de la primavera, la vida cotidiana se hace un poco más soportable. El frío inicia una discreta retirada, el azul desplaza al blanco sobre el Volga, las primeras flores asoman tímidamente, las golondrinas se adueñan de los árboles y los tejados. El hielo se va, queda el hambre, pegado al cuerpo como se adhiere a las suelas el barro que deja el deshielo. Las jóvenes amigas van al centro de la ciudad en su día libre. No las mueve tanto procurar algo de diversión como de comida. Dan todo lo que pueden en el mercado negro por un poco de pan, de manteca o de grasa, unas papas, cualquier cosa viene bien para reforzar el magro menú de la fábrica. Este

invierno vendieron hasta las botas y un día no fueron a trabajar. Cuando el supervisor las fue a buscar, se excusaron diciendo que no tenían calzado. Les entregaron otro par a cada una, los *ispanski* son especialmente considerados entre los soviéticos. Algunos compañeros se han transformado en hábiles cazadores de gatos, los embolsan para evitar los arañazos y los despachan sin más. Marinka los ha comido asados o guisados, saben a conejo.

Pero la mejora del tiempo no sólo trae las golondrinas. Otras alas negras empiezan a aparecer en el cielo de Sarátov. El frente está más próximo y los bombarderos alemanes pueden arriesgarse cada vez más al este desde los aeródromos conquistados en Ucrania. Los tres toques cortos de la *triboga* las sorprenden en plena producción. Corren hacia los portones del taller pero están cerrados. Se echan al suelo cuando suenan las explosiones y permanecen una eternidad entre los estruendos sobre el piso que se estremece con cada impacto, hasta que por fin el portón se abre y corren en tropel a zambullirse en las trincheras. Marinka pierde de vista a Luisa, se tira en el primer pozo que encuentra. El humo de un galpón que ha sido alcanzado cerca le impide distinguir a su compañero de refugio. Siente sin embargo su abrazo protector, sus manos fuertes. Se acurruca confiada y segura sobre el pecho masculino y palpitante. No son latidos de miedo los que percibe, entonces levanta la cabeza para encontrarse a centímetros con la mirada azul de Misha. No hacen falta palabras ni alcanzan las bombas para impedir el encuentro de los labios y descubrir el sabor húmedo y caliente que arrasa hecho volcán todo el temor, todo el hambre y toda la tristeza. Una corriente intensa y eléctrica le corre desde la boca hasta cada poro de la piel que se eriza, le acelera el corazón y le palpita en las sienas. Se dirige como la correntada del Volga derritiendo hielos hacia el triángulo donde nacen las piernas y el deseo. Marinka se deja llevar por ese río impetuoso y quiere ahogarse para siempre en el goce del beso interminable, de las manos que se buscan, se recorren, del perfecto encuentro de los cuerpos, de ser cuenco, ser bahía de este mar que no la aleja, no le roba todo lo querido, sino que le trae en oleadas un estreno de cálidos sentidos, caracolas con música de otros mundos sin viudas y sin huerfanos. Sale mujer del refugio. Hasta siente que la muchachita que se arrojó a esa trinchera en medio del bombardeo es un poco más alta. Un cansancio distinto la visita, un cansancio que en vez de abatirla la yergue, le ilumina la cara y le baila en las pupilas con destellos de estrella recién nacida.

El escenario desolador que ha dejado el ataque empaña su alegría. Los sectores más importantes de la fábrica han sido, si no destruidos, seriamente dañados. A pesar de las medidas contra el espionaje, pareciera que los fascistas sabían dónde golpear. Arden varios talleres y hay escombros, chapas y hierros retorcidos por doquier. Los obreros y los soldados corren a auxiliar a los heridos. Hay cuerpos mutilados entre los restos de un galpón. Los bomberos hacen esfuerzos por evitar que se propaguen los focos de incendio. Marinka recorre su taller, se encuentra con Luisa y con el resto de las españolas; no falta ninguna, han tenido suerte. La explosión de una bomba en un taller contiguo ha provocado algunos daños pero logran rescatar las herramientas. En los próximos días, los trabajadores rusos demuestran el temple en el que están forjados. Todo lo que pueden salvar de las partes destruidas por el bombardeo lo trasladan y lo rearman al descampado en el fondo de las extensas tierras que ocupa la fábrica, allá por los terrenos donde se almacenan los restos de los aviones fascistas abatidos, algunos casi enteros, y que estudian para copiar detalles de su construcción. Marinka ha visto las insignias nazis pintadas sobre las colas y las alas que sobresalen entre los pastizales.

Durante todo el verano del 42, Sarátov es castigada por los bombarderos fascistas. Es un enclave decisivo a 380 kilómetros de Stalingrado, aguas arriba del Volga. Abastece a esta ciudad, contra la que se ha desplazado todo el peso de la ofensiva alemana, de armas, municiones e insumos industriales. Los nazis procuran aislar a Stalingrado de sus líneas de suministros para

capturarla; Hitler se juega aquí el destino de la guerra y ha volcado al ataque a lo mejor de su ejército. La Unión Soviética lo sabe, su futuro también depende de esta batalla decisiva. La fábrica de aviación donde trabajan las españolas se rearma, se relocaliza, se vuelve a levantar desde lo que queda tras cada ataque, pero nunca interrumpe la producción.

La semana que el equipo de Marinka trabaja de día, están durmiendo en las barracas cuando las levanta la *triboga* en medio de la noche. Los dormitorios de los obreros quedan bastante lejos de la planta y están indemnes hasta ahora. Por el ruido atronador de los motores saben que la formación atacante es mayor que las que bombardearon antes. Al grupo de las españolas las puede más la curiosidad que el peligro y trepan a los techos por una escalera vertical de hierro. Recortados contra las nubes divisan un enjambre de aviones que aparece desde el oeste por detrás de los montes que en forma de herradura rodean la ciudad; los haces de los reflectores destacan de pronto uno entre todos y la artillería antiaérea centra su furia en la presa. Nubes más negras que las nubes estallan por entre la formación enemiga. Los cazas rusos se batan con los alemanes que custodian a los bombarderos, que ya ubican a sus objetivos y descargan sus bombas. Sarátov es un infierno de fuego, por donde alcanza la vista hay fábricas ardiendo y explosiones. Parecen ascuas entre las cenizas de una inmensa hoguera. En el puerto, un carguero ha sido alcanzado; el Volga refleja los incendios. Más cerca, una explosión las hace cubrirse. ¡Una bomba acaba de impactar de lleno en su taller! ¡Qué será de las muchachas del turno noche! Bajan desesperadas pero les impiden dejar la zona de las barracas.

A la madrugada forman los equipos de limpieza y reconstrucción y entran al sector del morro donde trabajan. Divisan los puestos por los restos de la maquinaria calcinada sobre el piso; aquí estaba el torno, allá las cubas de agua, bajo el techo derrumbado, el depósito. Salen al patio donde arden aún algunos focos. Con el corazón en la boca, Marinka busca a sus compañeros mirando a uno y otro lado las filas de cuerpos que esperan la identificación para ser enterrados. Reconoce a Sasha, más allá a Seriozha y también a Katia. ¡No hay españolas! ¡No está Misha! Se abrazan con Luisa y se dicen en lágrimas lo mucho que se quieren y la alegría que es tenerse la una a la otra, vivas, de pie sobre los escombros humeantes de la fábrica de aviones de Sarátov.

El ataque sobre Stalingrado lleva al Partido Comunista a evacuar a todos los españoles hacia Moscú. Mientras las tropas alemanas, italianas y rumanas son resistidas casa por casa de aquella ciudad por el Ejército Rojo, dirigentes del PC español y soviético reúnen a los niños y jóvenes de la región de Sarátov. Ha venido la misma Dolores Ibárruri, la *Pasionaria*, exiliada en la URSS junto a toda la dirigencia comunista española luego de la caída de la República y que acaba de perder a su hijo en la defensa de Stalingrado.

Marinka se entera allí de la suerte de algunos de los jóvenes de la Casa de Semasco que han partido al frente. Pedro, que se alistó de voluntario, fue muerto los primeros días de la batalla de Stalingrado. Es uno de los doscientos refugiados españoles que darán su vida por la patria rusa, de los más de setecientos que combaten en el ejército o en la guerrilla. De Irina y Olga se sabe que han quedado atrapadas en el sitio de Leningrado pero no tienen más noticias. El director Kriviski ha caído a los pocos meses de iniciada la guerra. Cuando le cuentan que Aloysha, el instructor de educación física, fue herido en una pierna y tuvieron que amputársela no puede aguantar el llanto. ¡Qué será ahora de ese muchacho tan joven, tan lindo, tan atlético, que quería ser deportista! Luisa la abraza mientras escuchan los argumentos para que evacuen Moscú. Los bombardeos son constantes, nadie puede asegurar que el avance nazi será contenido o si romperá el frente. Además, un grupo de 14 niños y una educadora que se retiraba de otra Casa ha sido capturado por los alemanes en las estribaciones del Cáucaso y entregado a la Falange, que los devolvió a España. Franco se ha hecho un festín propagandístico con ellos diciendo pestes del bolchevismo.

Moscú vive en la tensión de tener al enemigo todavía en acecho, pero con la confianza recuperada luego de haber derrotado la ofensiva de tres ejércitos alemanes que pretendían cerrar pinzas sobre la ciudad y que fueron rechazados cuando ya alcanzaban los suburbios. Cientos de miles de vidas rusas quedaron sobre la nieve. Los fascistas han sufrido tantas pérdidas que Hitler ha trasladado el peso de la ofensiva al frente de Stalingrado. La capital soviética conserva las barricadas y defensas antitanque de hierros cruzados cementados sobre el pavimento de las avenidas que dejan un estrecho corredor para el paso de los vehículos. Los principales edificios están guarecidos con empalizadas y sacos de arena y cubiertos con redes de camuflaje. En plazas y esquinas sobresalen las bocinas de las alarmas antiaéreas y en puntos clave se emplazan las baterías de artillería. Pese a dormir con un ojo en el fusil, la ciudad no deja de sorprender a Marinka. Las anchísimas avenidas sobre las que pende la telaraña de cables del tranvía, de la iluminación, de los semáforos; los enormes edificios públicos; la majestuosidad bermeja de la Plaza Roja y del Kremlin; la nieve amalgamando todo. Aunque permanece alerta, herida y sufriendo la escasez de la guerra, Moscú puede retomar algunas rutinas de la vida cotidiana.

En Moscú han confluído las Casas de Niños repartidas por el territorio soviético. Los mayores van a la Casa de Jóvenes, creada para recibir a los adolescentes. Muchos completan el segundo curso para poder empezar estudios universitarios, otros se forman como pilotos o

marinos. Los que han optado por ingresar al trabajo estudian diversas especialidades durante dos años en la escuela de artes y oficios —*ramiesli uchilisa*—, a contraturno de sus ocupaciones laborales. Entre fresador, apuntador y tornero, Marinka elige el curso de tornero mecánico.

Viven con Luisa y otras españolas en Túschino, una localidad suburbana, a 16 kilómetros de la Capital. Ocupan una residencia para jóvenes junto con trabajadores soviéticos. El espacio escasea en Moscú tanto como la comida. Las habitaciones son estrechas y compartidas, así como el baño y la pequeña cocina. Viajan todos los días a la fábrica de cosméticos donde han conseguido empleo. Toman el tren en la estación local, el andén lleno de obreros rumbo a las industrias de la ciudad. Aprenden a calcular dónde arrimará el vagón que tiene estufa, uno o dos están calefaccionados, y esperan en el lugar elegido, generalmente el que más gente agolpa. Es un juego de apuestas porque el orden de los vagones cambia a menudo; una auténtica ruleta rusa. Si se cumple el pálpito de la mayoría, es común que no consigan entrar al coche con calefacción y deban resignarse a viajar con frío. Pero hay días en que juegan su baza contra la apuesta general y la formación se detiene ante ellas justo en la puerta del ansiado vagón, al que son las primeras en subir. De todas maneras es un viaje breve, en unas pocas estaciones más bajan y hacen combinación con el Metro.

A ella le fascina el viaje en Metro. Bajo tierra, Moscú preserva orgulloso un mundo encantado. La arquitectura soviética hace alarde de enormes galerías revestidas de mármoles y granitos de todos los colores, columnas y arcos, estatuas y murales exaltando la gesta socialista, bronce siempre bruñidos, grandes arañas colgantes, profusión de lámparas, pisos relucientes, modernas escaleras, lujosos andenes. Cada estación tiene un diseño diferente, a cual más deslumbrante; todas las entradas están señalizadas con unas M rojas que se iluminan de noche. Pareciera que las murallas y palacios del Kremlin y las cúpulas multicolores de la Plaza Roja espejaran su copia en las obras del Metro. A pesar de la guerra y de las defensas de sacos de arena que protegen las elegantes entradas a cada estación y de que éstas son todavía los refugios en caso de ataque aéreo, la guerra no entra a esa dimensión subterránea que mantiene su brillo y su limpieza, sus empleadas de impecable uniforme y guantes, sus prolijas formaciones pintadas de marrón claro con el techo crema y una línea bordó bajo las ventanillas, los vagones iluminados con delicadas tulipas. Metros abajo de la superficie, los moscovitas pueden soñar durante el tiempo que dura el viaje que la guerra es una cruel pesadilla que desaparecerá cuando suban la escalera de la estación de destino. Pero en estos días de sangre, los sueños carecen de la fuerza necesaria para despejar tormentas. En cada paso que Marinka da hacia la salida, la realidad va opacando los colores de ese mundo subterráneo y va apareciendo la Moscú del duro invierno del 43.

Deben caminar varias cuadras para llegar a la fábrica. Al doblar la esquina ven a soldados de bayoneta calada, largos capotes con cuellos de abrigo y gorros de piel con orejeras en cuyo frente rebatido destaca la estrella soviética. Custodian a un numeroso grupo de prisioneros alemanes que carga escombros en un camión. Un escalofrío les recorre la espalda. Vienen huyendo del invasor desde Odesa, siempre con los *Panzer* y las temibles divisiones *SS* pisándoles los talones; ya no pueden contar las veces que estuvieron bajo las bombas; han visto los trenes llenos de jóvenes con el uniforme caqui del Ejército Rojo marchar hacia el frente y a los mismos jóvenes volver en otros trenes, con uniformes coagulados de rojo, hacia los hospitales de retaguardia. Han visto las aldeas incendiadas, las ciudades destruidas; los cuerpos abandonados a orillas de caminos, sobre la nieve, sobre el barro; los ejecutados por los *Einsatzgruppen* —los escuadrones de la muerte cazadores de judíos y comunistas— colgando de postes y árboles con carteles de advertencia y de terror. Han odiado las svásticas pintadas en los aviones lanzados sobre los que huían para

ametrallarlos a mansalva. Han sentido el aliento de los fascistas en la nuca, pero nunca hasta hoy les han visto las caras. Y ahora están allí, a pocos metros, abatidos, desarmados, haciendo una cadena para pasarse los escombros hasta el camión. Hay viejos, hombres quebrados, hay jóvenes envejecidos por la guerra. Los grises uniformes desteñidos, las casacas militares con la solapa subida para abrigar el cuello, gastados guantes de lana que dejan ver la punta de los dedos, los gorros de visera de la Wehrmacht envueltos en bufandas, las botas que no sirven contra el frío. Pasan tan cerca que pueden ver los rostros de la derrota, la mirada opaca, las barbas crecidas, las urgencias del hambre. Escuchan la dureza de ese idioma extraño. De pronto, Marinka cree entender lo que dicen, el acento le suena familiar.

—¿Esos tres están hablando español o yo estoy loca, Luisa?

—Escuchas bien, Marinka, hablan nuestro idioma.

Ahora sí ven las insignias bordadas sobre las mangas, el escudo que dice España con la bandera franquista, la cruz negra al medio con la svástica y el haz de flechas de la Falange. Hablan en voz alta para ser escuchadas.

—Son esos cerdos fascistas de la División Azul que le mandó Franco a Hitler para pagarle lo que hizo en Euskadi. ¡Vergüenza debiera darles vestir el uniforme alemán!

La guerra civil continúa más allá de la caída de la República y se extiende al territorio ruso. Defendiendo a su patria adoptiva, al socialismo, miles de españoles combaten como soldados del Ejército Rojo, como pilotos, como partisanos. Bajo la bandera del invasor nazi, miles de españoles enviados por el franquismo luchan por derrotar al comunismo. Aunque la División Azul se dice un cuerpo de voluntarios, un gran número de ellos ha sido reclutado forzosamente, algunos a cambio de una reducción o conmutación de pena de un familiar preso en España. De ambos miles, muchos yacerán en suelo soviético, serán heridos o caerán prisioneros. Franco pagará con 5.000 vidas españolas su intervención en la URSS. La nieve rusa será la sepultura de cientos de republicanos.

Se detienen. Un regurgitar amargo sube a la boca. Los bombardeos de Bilbao, el exilio obligado, el desgarrar de la familia ausente, esta nueva guerra, las bombas sobre Odesa, sobre Sarátov. Los muertos, los muertos, los muertos. Lastima la garganta, duele como lava. Son éstos que hablan nuestro idioma, que han nacido como nosotras bajo el cielo de España, los que nos han robado las calles de la infancia, las sonrisas de madre y de hermanos. Se atropella tras los dientes y la lengua lo dispara como un obús justiciero:

—¡Hijos de puta!

—¡Asesinos!

Los tres españoles no entienden las palabras de esas rusas que pasan a su lado con abrigos, botas y gorros de envidia; apenas perciben el tono de desprecio y las miradas de hielo. Marinka y Luisa han dicho todo, hasta las puteadas, en un perfecto ruso. Los oídos de los prisioneros de la División Azul no pueden captar la leve diferencia de pronunciación que ambas, como casi todos los refugiados españoles, le imprimen al idioma adoptivo. Los moscovitas, cuando los escuchan hablar, los confunden con georgianos.

En la fábrica de cosméticos se producen jabones y dentífricos. Siempre que puede, Marinka se juega el trabajo y seguramente la cárcel sacando algo escondido entre el pelo, en las medias, donde fuera. Ha sorteado hasta ahora el celo de la vigilancia. Cualquier producto vale oro en el mercado negro para cambiarlo por comida o por vodka. Porque por más que se tenga una buena ropa de abrigo, un buen gorro y unas buenas botas, lo único que combate el frío de verdad es el vodka. Y se toma todo de un trago y comiendo un pepinillo agrio o *kapusta* de repollo blanco. Conseguirlo no es fácil, las tarjetas de racionamiento sólo otorgan una cantidad mínima y de mala

calidad. Es tan esencial para llevar la vida con cuarenta grados bajo cero que en las proveedurías se forman dos filas, una para el vodka y otra para todo lo demás. Y cuando no hay vodka, las españolas se las arreglan con el alcohol que Pilar sustrae de la enfermería de la fábrica, sector donde trabaja.

Si consiguen algo de remolacha, un repollo o cualquier verdura, preparan una olla de *borsh* que les dura unos días. Cuando pueden agregarle algún trozo de carne o un hueso es una fiesta. La olla se congela en el espacio entre las dos ventanas y cuando vuelven de la fábrica la calientan. Pero hubo días en que por toda cena han masticado una triste zanahoria.

—Córtame la primera decena entera —pide Marinka en los almacenes con su cartilla de racionamiento en la mano.

—Imposible, *tovarich*. Comprende que si todos me pidieran lo mismo, no alcanzaría el pan para nadie.

—Pero sólo yo te lo he pedido. No seas dura —implora Marinka guiñándole un ojo al tiempo que desliza una pastilla de jabón hacia la mano de la funcionaria. De esas que recoge del baño de la fábrica casi enteras y que algunas compañeras dejan tiradas después de ducharse.

—Está bien —concede por lo bajo—. Te daré lo de la primera decena todo junto, pero te quedarás sin pan por diez días —advierte.

—No importa, *tovarich*, tú sólo córtala.

Marinka quiere saciarse. No interesa que los diez panes negros no tengan ya más que unas duras semillas de girasol por todo alimento, que sean más agrios que el desengaño y que tarden un suspiro en comérselos con Luisa. Quiere tener la sensación de comer uno y otro y otro y otro hasta que las mandíbulas se hayan cansado y sentir que el estómago se le despega de la espalda y se le acerca al ombligo. Lo unta con el cebo que ha sacado de la fábrica, ese que se usa de base para hacer jabón y que cerrando los ojos pasa por mantequilla. Quedan en silencio después del festín. Esa noche la acidez no las dejará dormir.

Hacia el final del invierno una ola de alivio y de esperanza recorre la fábrica, la ciudad y el país. Europa, que ha seguido el desarrollo de la batalla de Stalingrado asomada al abismo, pendiente del azar de una flecha en el aire, en el silencio que antecede al patíbulo, se conmueve y respira. El 2 de febrero de 1943, tras cinco meses de lucha despiadada —calle por calle, edificio por edificio, piso por piso, habitación por habitación—, el general Paulus se rinde con lo que queda de su orgulloso Sexto Ejército, que muerto de hambre y de frío, aislado de los pertrechos, cae embolsado en la gigantesca trampa que le ha tendido el general Zhukov, estratega de la victoria. La ciudad es una montaña informe de escombros, cráteres inundados, hierros apareciendo como las puntas de una osamenta calcinada; no hay árboles ni gente ni animales, nada de lo vivo asoma entre las ruinas; el olor de los cadáveres en descomposición impregna el aire; el lecho del Volga, sus orillas, son un inmenso cementerio de agua. Dos millones de soviéticos han dejado la vida para doblarle el brazo al invasor y para torcer el curso de la guerra. El hasta ahora invencible ejército alemán y sus aliados han perdido 350.000 hombres y 91.000 han caído prisioneros. La aplastante derrota hitleriana invierte la bisagra de la Historia, que empieza a cerrarse como una navaja contra la Alemania nazi. Agujas de un reloj que giran hacia atrás, un tiempo de descuento comienza a correr para el fascismo. Unos meses después, en pleno verano, sobre las colinas de Kursk, la Whermacht sufre otra derrota determinante en la mayor batalla de tanques de la guerra y emprende una lenta e inexorable retirada. El Ejército Rojo toma la iniciativa y sostendrá su contraofensiva empujando a los alemanes hacia el oeste. No parará hasta Berlín.

Moscú logra zafarse del abrazo sofocante de los obuses. Sin embargo el hambre, que no enarbola banderas ni conoce retiradas, se siente a sus anchas en la tierra rusa. Las bombas y las balas fascistas pueden encontrarte o pueden olvidarte. No todas llevan tu nombre. El hambre es una explosión que estalla todo el tiempo adentro, un puño que retuerce las tripas, un río congelado que quema, una *triboga* estridente que no para, un ataque infinito y acuciante. El hambre no olvida, no discrimina, tiene escrito el nombre de todos y cada uno de los rusos en los pliegues de sus escaseces.

Atención, aquí Moscú. El 8 de mayo de 1945, en Berlín, por los máximos responsables del Ejército alemán, se firmó el acta de rendición incondicional de las Fuerzas Armadas alemanas. La Gran Guerra Patria, que libró el pueblo soviético contra los invasores de la Alemania fascista, ha concluido con la victoria. ¡Alemania ha sido completamente derrotada! En conmemoración de la rotunda victoria sobre Alemania, hoy 9 de mayo, Día de la Victoria, a las 22 horas, Moscú, la capital de nuestra Patria, en su nombre saludará a las valerosas tropas del Ejército Rojo, a los buques y unidades militares de la Armada, por el logro de esta brillante victoria, con 30 salvas de artillería de 1.000 cañones. ¡Gloria eterna a los héroes caídos en la lucha por la libertad y la independencia de nuestra Patria! ¡Larga vida a las victoriosas tropas del Ejército Rojo y de la Armada! La voz del locutor de Radio Moscú resuena por los parlantes de las fábricas, de las estaciones de tren, del metro, de las plazas.

El 2 de mayo, las tropas rusas toman Berlín y plantan la bandera de los soviets en los techos del Reichstag en ruinas. La victoria de los Aliados —Gran Bretaña, Francia, Unión Soviética y Estados Unidos— sobre el Eje —Alemania, Italia y Japón— se consuma unos días después en Europa y definitivamente el 15 de agosto de 1945 con la rendición de Japón, luego de la destrucción apocalíptica de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki con sólo dos bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial sacrifica más de 60 millones de personas en una carnicería planificada y sistemática a escala desconocida hasta entonces; mayor que la que asoló el mismo continente dos décadas antes en la Gran Guerra —la que iba ser la última, la que acabaría con todas las guerras—. Una eficaz industria de la muerte ejecutada por quienes se ufanaban del refinamiento alcanzado por su cultura. La civilización que ha transformado por siglos la piedra y el mármol en belleza, la palabra en poesía, la poesía en música, el pensamiento en filosofía, en un lustro apenas vuelve la piedra escombro, silencia todas las palabras, fusila las ideas y desata una horrorosa sinfonía con crescendo final de hongo nuclear. Los campos de batalla se tragan una generación entera de jóvenes, Saturnos fagocitando el futuro. Cuando por fin se despejan las nubes de esta era del fuego se descubre una Europa arrasada; no hay ciudad que haya quedado a salvo de las bombas. China y la Unión Soviética han pagado con millones de vidas y economías devastadas la lucha contra las invasiones alemana y japonesa.

En febrero de 1945, poco antes del fin de la guerra, la misma Crimea que acogió a los refugiados españoles recibe a Roosevelt, Churchill y Stalin. Los inminentes vencedores se reúnen en Yalta para dibujar el nuevo mapa universal. Estados Unidos emerge como la cabeza dominante del capitalismo por sobre la vieja testa coronada de Inglaterra. Se reserva el gran negocio de la reconstrucción europea y la ocupación de Japón. El territorio alemán se divide en cuatro zonas, una por cada uno de los aliados. La URSS, que libera a todos los países al este del Oder a medida que avanza sobre Berlín, encorseta cualquier atisbo de revolución —provocada por el derrumbe del fascismo y de los gobiernos colaboracionistas— en la disciplina al Partido Comunista soviético. Las colonias africanas y asiáticas de las caducas potencias europeas son un avispero de

movimientos independentistas. Al latido de los nuevos vientos, las fronteras nacionales son dunas que se extienden y se comprimen; países desaparecen y países nacen. No se entibian los cañones que ya se cargan los obuses de la próxima guerra, que algunos comienzan a llamar Fría. Los estados capitalistas cierran filas contra la amenaza socialista, a la que ubican tras una Cortina de Hierro. El mundo ha cambiado para siempre. Pero eso no pueden saberlo todavía los moscovitas que desatan su euforia bajo el cielo de ese mayo tan deseado.

—¡La guerra terminó! ¡La guerra terminó! ¡Victoria! ¡Victoria!

Una multitud se vuelca a las calles. Una multitud como Marinka nunca había visto antes, ni en la celebración del 1° de Mayo, ni en el aniversario de la Revolución, ni siquiera la que se reunió el verano pasado para asistir al desfile de los derrotados, donde 19 generales y 57.000 prisioneros alemanes marcharon rumbo al cautiverio atravesando Moscú hasta la estación de Kurskaya.

Sale de la fábrica con Luisa y sus compañeras y suben al tranvía hacia el centro de la ciudad, nadie les cobra el boleto, todos se abrazan, se besan, el aire de primavera contagia la alegría por sobre un invierno que desgaja sus últimos fríos. Más adelante, tranvías y trolebuses encallan en un mar humano, las plumas que los mantienen conectados a los cables emergen entre la marea de cabezas como mástiles de un naufragio jubiloso. Imposible avanzar, deben seguir a pie. Por doquier la gente baila, canta, agita banderas y pañuelos, arroja flores desde las ventanas y los balcones. Los soldados son alzados en andas, se arman fiestas en todas las esquinas. Dos uniformados danzan de brazos cruzados un frenético *prisiadka* sobre la caja de un camión que pasa. Decenas de brazos y de manos lanzan al aire a una muchacha y la reciben para lanzarla otra vez hacia arriba. Mujeres de pañuelo en la cabeza y lágrimas en el rostro abrazan en cada soldado al esposo, al novio, al hijo ausente. En la calle Gorki un improvisado corro da vueltas hacia uno y otro lado al compás de un acordeón y de pronto la ronda se detiene batiendo palmas para que un ágil muchacho con la remera a rayas blancas y azules y el gorro de la Armada salte al medio a bailar la danza de los marineros. En una tarima improvisada sobre dos camiones una muchacha interpreta temas populares en un piano de cola; la multitud la escucha en silencio, las lágrimas alternando las sonrisas. Los triciclos blancos de los vendedores de comidas y refrescos al paso no dan abasto para atender a tanta gente; sus toldos claros contrastan con los gorros, sombreros y pañuelos, que tanto cubren las cabezas como son arrojados al aire o abanicados en saludos. El *Pravda* ha agotado su tirada desde temprano e imprime a toda velocidad nuevas ediciones, que salen oliendo a tinta sobre papel todavía caliente.

La vida asoma de los refugios y grita en el lenguaje del amor. Moscú ríe y llora. Hombres y mujeres se entregan al festejo de los labios. Marinka le regala sus mejores besos a cuanto soldado se cruza en el camino. Una correntada fervorosa confluye en la Plaza Roja, adornada con los retratos de los miembros del Politburó, uno enorme de Stalin y carteles celebrando la victoria. Llegan durante todo el día en oleadas coloridas y sonoras y a la tarde no cabe más un alma en la gigantesca explanada. Ya oscurece cuando se encienden miles de reflectores que entrecruzan sus haces destacando a contraluz los relieves de las cúpulas del Kremlin y de los edificios más altos de la Capital. Esta vez no buscan aviones enemigos, danzan locos, giran en diagonales de euforia, fusilan de luz la oscuridad de un tiempo negro. Otros iluminan las torres desde abajo contra el cielo de mayo, como sorpresivas *katiuskas*, los cohetes que fueron el terror de los alemanes. Las riberas y los puentes del Moskova dibujan coreografías luminosas con la música de los ¡oh!, ¡bravo!, de los aplausos, de *La Internacional* que cantan millones de voces. Entonces se suman los cañones en graduales, progresivas salvas. Esta vez no suenan a muerte, suenan a timbales. Y

como deslumbrante final de fiesta estallan sobre la noche moscovita los fuegos de artificio, en abstracta geometría de líneas y colores. Parecen un legado de Kandinsky, reivindicando la libertad creadora del arte de los primeros años de la Revolución.

Un mes más tarde, el 24 de junio, Moscú repite la celebración de la victoria con una imponente parada militar de todas las unidades que combatieron al fascismo, que desfilan durante horas ante las murallas del Kremlin. En una misma jugada, la URSS pone cierre a la Gran Guerra Patria y advierte a Occidente que está preparada para cualquier otra. Cuatro años de guerra, más de 20 millones de muertos, cientos y cientos de ciudades y aldeas arrasadas, el titánico esfuerzo del país sacrificado al servicio de la victoria. La Unión Soviética está exhausta. Millones han combatido en el ejército, en las guerrillas y todavía andan dispersos por Europa. La URSS se ha visto obligada a producir más cañones que surcos y después de cuatro años la tierra está sembrada de huesos y de pólvora. Lo que no destruyó el enemigo lo quemaron los propios soviéticos, si no lo podían trasladar, para que no fuera utilizado por el enemigo. No hay ruso que no tenga un padre, una madre, un hermano, un esposo, un hijo, un amigo muerto, mutilado, desaparecido; que no haya dejado su hogar y su trabajo. Familias enteras se han desperdigado en cada éxodo y están perdidas. Las manos, tensadas tanto tiempo sobre el gatillo, deben recobrar la memoria del arado y del martillo. La guerra terminó, sí, y hoy Moscú se desahoga en festejos, pero todos saben que las penurias y el hambre están hechas de un acero más duro que las balas.

La residencia de Túschino se transforma en punto de encuentro de un grupo de españoles, que organizan salidas cuando el tiempo y los rublos lo permiten o concurren a las actividades de la Casa Española en Moscú. Poco a poco, entre charlas donde se comparte lo que haya de comida y de bebida y las historias de estos cuatro años de guerra, se va fraguando la amistad sobre la llama del retorno a una patria tan lejana como callada. Se enteran de las noticias de España por lo poco que trasciende en la prensa y la radio rusas, por lo general denuncias de la represión del gobierno de Madrid. La península ibérica, bajo los regímenes fascistas de Salazar y Franco, ha quedado encapsulada como un cuerpo extraño dentro de un mundo regido por los vencedores del fascismo. Las pocas cartas que consiguen evadir la censura franquista y les llegan a los que han mantenido contacto con sus familias, describen un país bien diferente del que dejaron hace casi diez años. Los detalles de la vida en España son compartidos como el pan, cada noticia remeda un imposible rompecabezas con más piezas faltantes que certezas.

Marinka es de las que no pudieron restablecer comunicación con su familia, que son mayoría entre los refugiados. El correo que sale de la Unión Soviética hacia España se transfiere a otro sobre con remitente y sellos locales en México, Francia y otros países, copiando la dirección original en el frente. Y lo mismo en sentido inverso; sale dirigido a naciones insospechadas y allí cambian de sobre y le copian en caracteres cirílicos la dirección soviética. Aún así no puede garantizarse que lleguen a destino. No sabe nada de Emilia, de su padre, de su hermano. En todos estos años no ha sabido si les llegan sus cartas y teme que ellos tampoco puedan hacerle llegar las suyas. Las envía a Zabala 25, piso 2 mano derecha, Bilbao, la única dirección que tiene de su familia. Pero tal vez se hayan mudado, tal vez nunca recibieron sus señas de Moscú. Desde que dejó Odesa, su vida ha sido un peregrinar entre bombas por la extensión de la URSS. Los únicos domicilios firmes que tuvo estos años fueron el de Semasco y ahora el de Túschino. Seguramente ellos también la están buscando y chocan con las mismas murallas. ¿Y si ya no están? ¿Y si han salido de España? ¿Y si han sido fusilados? ¿Y si han muerto de hambre o de enfermedad? ¿Y si están detenidos? Pero Félix estaba en Francia, tal vez esté a salvo. O tal vez ha sido víctima de la ocupación alemana. A lo mejor ha conseguido volver a España luego de la derrota de la República y antes de que la guerra llegase a Francia. O quizás ha sobrevivido a la guerra en suelo

francés y regresado a España después. Quizás, tal vez, acaso, sin embargo, pero, a lo mejor... Su ilusión se conjuga en potenciales e improbables. No sería tanta la angustia si los supiera muertos, si hubiera podido identificar sus cuerpos como cuando buscó en Sarátov entre las hileras de cadáveres las caras de sus compañeras de la fábrica y reconoció los rostros de Sasha, de Seriozha y de Katia ultrajados por la metralla. Pero no se puede enterrar a quien no ha muerto, aunque la muerte envuelva de dudas sus contornos hasta desdibujar el recuerdo de sus caras en los sobresaltos de las pesadillas. Ni siquiera conserva fotografías de los suyos que le ayuden a mantener la fe en el reencuentro, como los religiosos tienen a sus iconos para rezarles todas las preguntas. Su fe no tiene cruces, ni santos, ni oraciones; su fe tiene el signo de la duda. Se esfuerza para no olvidar las imágenes de Emilia, de su padre, de Félix; el tono de sus voces, sus olores, sus gestos, el brillo de sus ojos, sus sonrisas. Sostiene la esperanza empecinada contra velorios sin muerto, contra entierros sin cuerpo, contra duelos sin luto. Es su guerra entre guerras. Su lucha a muerte contra la muerte, con la bala de un único deseo desesperado clavado en el vértice cantábrico del mundo, donde el Nervión vivorea entre los tejados de la ciudad de su infancia y del origen.

Luisa y Julio, un compañero de la Casa de Semasco, se han reencontrado en Moscú y se han puesto de novios. Julio está estudiando para ser marino en el Instituto Superior de la Flota Mercante. También se han integrado al grupo de Túschino tres españolas que han conocido en la fábrica. Victoria, bilbaína como ellas, Paula, que es de San Sebastián, y Eloína, una asturiana de Oviedo. Entre los nuevos amigos se destaca Paco, un valenciano alto, guapo y de buen humor que ingresó a la Escuela de Aviación para formarse como piloto. Sus chanzas le ponen salero a las reuniones y sus relatos convocan un atento coro. Las muchachas poco consiguen disimular su atracción por el futuro aviador. Aunque a la vuelta de unos meses, la que se lleva la codiciada sortija de ese carrusel es Paula, que no es la más agraciada pero sí la que toca la música que baila el valenciano. Tiene una chispa para la humorada que se complementa de perlas con la agudeza de Paco. Es la mecha que enciende sus ocurrencias. Forman una pareja divertida que, si hay suficiente vodka para extender la velada y al otro día nadie trabaja, alimenta las risas del grupo atravesando las fronteras de la noche.

Marinka, mientras tanto, no ha fijado sus ojos felinos en muchacho alguno. Ningún apuro tienen en su cuerpo el amor ni el deseo. Tal vez porque la mirada de los hombres espeja la firmeza de sus dotes. La inquieta adolescente que salió de Odesa ha incubado una hermosa mujer que despliega las alas de sus diecinueve años. Bajita, de estrecha cintura, cadera y pechos generosos, su figura no deja indiferente a ningún hombre cuando sube al Metro o camina por la calle. La necesidad la llevará a asociar sus virtudes con las de Paco en una actividad temeraria, que pisa la extendida estepa de lo ilegal.

Se calza su único vestido, sus únicos zapatos de taco alto; Paco, su elegante uniforme de cadete aviador. Luisa la ayuda a armar y sujetar hacia atrás el bucle del peinado de moda todo lo alzado que permiten sus finos cabellos. Dos gotitas del perfume que guarda como un tesoro para ocasiones especiales y salen por los bares que frecuentan los militares y funcionarios del partido de bajo rango pero de un pasar más holgado que el resto de los soviéticos. Marinka es un anzuelo atrapante y perfecto, su seductora presencia concentra la atención de los emborrachados parroquianos. Paco tiene unos dedos largos y mágicos, los amigos se asombran de la agilidad y plasticidad con que los dobla hacia ángulos inverosímiles. Si hasta parecen tener una vida independiente de su dueño, incluso de los brazos, que permanecen inmóviles mientras las manos cosechan su botín de billeteras. Gracias a sus incursiones, el grupo de españoles puede proveerse cada tanto en el mercado negro de alimentos que no figuran en las cartillas de racionamiento. En el

grupo los llaman La Joya y El Dedos. Paula, la enamorada de Paco, mantiene sus celos en guardia pero no dice nada. Comer abundante de vez en cuando hasta vale arriesgar unos cuernos. Debe admitir que su novio y la bilbaína conforman un dúo muy útil en tiempos de posguerra.

El hall del Moskova hormiguea de uniformes y de trajes. Vestidos que no se ven en el tranvía aletean por entre el humo de los cigarrillos y el bullicio de las conversaciones. Tras haber sido desmontadas las baterías antiaéreas de la azotea, que defendían al Kremlin durante la guerra, y las empalizadas y sacos de arena que lo protegían, el hotel ha recuperado su fisonomía. Está ubicado sobre la plaza Manézhnaya, acceso norte de la Plaza Roja, y alza orgulloso los diez pisos de su arquitectura soviética, una decena de altísimas columnas sosteniendo el pórtico sobre el que se despliega una amplia terraza y la curiosa asimetría de sus dos torres laterales. Ha dejado de fungir como cuartel pero todavía aloja en sus habitaciones a muchos oficiales del Ejército Rojo. En la terraza funciona ahora un concurrido restaurante y en la planta baja, a un costado de la amplia recepción, un no menos frecuentado bar y cafetería.

La Joya y El Dedos han decidido concentrarse en el bar. No alcanza el dinero para subir al restaurante y si bien casi siempre terminan siendo invitados por sus damnificados, no pueden arriesgar tanto. Están en la misma cueva del lobo y pretenden alzarse con su comida. En los meses que llevan practicando el oficio han aprendido a escoger a sus presas. Cada uno cubre con el giro disimulado de su mirada la mitad del campo visual del enorme salón. Cuando ambas miradas se encuentran ya saben a dónde apuntar. No necesitan hablarse, los claros ojos de Paco y un levísimo movimiento de sus cejas señalan hacia una mesa retirada, casi oculta tras la penumbra que proyecta una de las columnas de mármol del hall. Marinka asiente con un suave guiño. Las señas que cruzan cuando juegan al mus en el grupo de amigos son ahora las señales de luces que intercambian los submarinos en alta mar antes de lanzarse al ataque.

—Buenas noches, *tovariches*, ¿podemos? —pregunta Paco con su sonrisa más simpática, aunque descuenta la respuesta.

El más joven de los tres oficiales, que no han sacado la vista de la hermosa mujer que camina hacia ellos del brazo de su compañero, se levanta y corre una silla para ayudarla a sentarse.

—*Ispanski*, son ustedes nuestros convidados —ofrece amable el capitán de infantería al que le bastó sólo el saludo de Paco para identificarlos.

—¿Es tan notorio, camarada capitán?

—*Tovarich*, con ese uniforme de la Escuela de Aviación, esa pronunciación, y la belleza de tu compañera, sólo puedes ser *ispanski*.

—Gracias por el cumplido, *tovarich* —Marinka corresponde con simulada timidez al tiempo que se inclina hacia adelante insinuando su escote, como quien deja entrever el valor de su baraja. El juego ha comenzado.

—Es cierto, camarada capitán, somos muchos los españoles que elegimos formarnos como pilotos.

—Y muchos los que combatieron en la Gran Guerra Patria —agrega el oficial más joven, con los galones azules de teniente en la solapa y el emblema de la Fuerza Aérea en su manga izquierda, las alas cruzadas por una hélice y dos espadas.

—Combatí con uno de ellos en mi escuadrón de caza, del 101 regimiento, durante la campaña de liberación de Ucrania —acota el tercer oficial, también aviador—. El teniente Antonio Uribe. ¡Ese muchacho sí que tenía cojones! Derribaron su avión sobre Bélaia-Tsérkov y no alcanzó a saltar en paracaídas.

—¡Brindemos por ellos! —el capitán sirve una ronda del buen vodka que riega la mesa —*¡Nazardarovia!*

—*¡Na zdarovia!* —todos levantan el vaso y lo vacían a la vez.

La charla va de la guerra a la vida, de la vida a la guerra y se va soltando a cada trago de vodka. Paco y Marinka les llevan una ventaja de sobriedad a los oficiales, ya entonados cuando ellos se sentaron a la mesa. Entonces llegan los chistes. El capitán se acoda hacia el centro de la mesa y baja el tono obligando a los demás a estrechar el círculo para escucharlo.

—Dicen que Stalin encontró su despacho lleno de ratones... —hace una pausa para cerciorarse de que lo escuchan únicamente sus compañeros de mesa. —Tras el fracaso de varios métodos para eliminarlos, un asesor le sugiere la solución. Ponga a la entrada de su oficina un cartel que diga «Granja colectiva», camarada Secretario General, la mitad de los ratones se irá y la mitad que quede se morirá de hambre.

—¡Jua, juaaaa, juaaa! —suelta la carcajada el teniente más joven. —De seguro el asesor está pasando unas largas vacaciones en el *Gulag*.

Las risas animan al capitán, quien, entrado en confianza, arremete con un par de chistes más sobre Stalin. En la Moscú de estos días la política se susurra en las sombras y en clave de humor. Cuando se hace un silencio, El Dedos advierte, con la intención de dejarlos en falta.

—Con todo respeto, capitán, pero debería cuidarse un poco más de las cosas que dice. No siempre encontrará oídos leales entre los camaradas.

El capitán empalidece. Ha ido demasiado lejos de la mano del alcohol y de la alegre compañía de los *ispanski*. De repente, ha caído en cuenta de que pueden ser miembros celosos del Partido. Le vienen como ráfagas de hielo las imágenes de muchos otros que por denuncias anónimas han perdido carrera y han ganado cárcel. La charla se enfría y al rato se están despidiendo. Es el momento de Paco. Atontados por el escote de La Joya, que no han dejado de mirar todo el tiempo, por las rondas generosas de vodka y por la sospecha de traición que cualquier chanza encierra, los tres oficiales se ofrecen dulces para las habilidades de El Dedos. Final del juego.

—¿Cuánto ha sido? —pregunta Marinka mientras cruzan la plaza Manézhnaya.

—Veintiocho rublos y 45 kopeks. No es mucho esta vez, pero alcanza para una buena cena para todos.

—¿Cómo tan poco? Si eran tres billeteras...

—Una —responde Paco. —La del capitán. No he podido llevarme las de los aviadores. Combatieron junto a uno de los nuestros.

Marinka aprueba en silencio. Tienen sus códigos. Nunca un mutilado. Nunca un condecorado. Los militares a los que les falta un brazo, una pierna, los que llevan el rostro lacerado por la metralla —se los encuentra uno diariamente en el Metro, en la calle, en cualquier esquina— merecen su respeto, o al menos su piedad.

Esa noche tienen una fiesta de anchoas, papas asadas, repollo, una hogaza de pan blanco, un buen trozo de queso y hasta un vodka del bueno. Nada mejor que una reunión entre amigos alrededor de la mesa para cicatrizar los padecimientos de la guerra y conjurar aunque sea por una noche los fantasmas del hambre.

—Admiro tu audacia y la de Paco —agradece Julio.

—Yo no podría hacerlo, Marinka —confiesa Luisa.

—Mira, chavala, menos de puta puedo hacer cualquier cosa por un poco de pan en nuestra mesa —aclara Marinka.

—De puta, ¡ay!, eso sí que no podría —dice Pilar y agrega para todos— bien saben que más de una en la fábrica ha cambiado un par de horas de sexo por media docena de huevos o un litro de leche.

—No juzgo a las que lo hacen, Pilar, pero yo no abro las piernas por un plato de lentejas.

—Pagaría por ver la cara del capitán cuando llegue a su casa —ríe Paco mandándose de un trago el vaso de vodka.

—Ahora sí que tú podrías pagar cualquier cosa con su billetera, porque lo que es él... —retruca Paula, desatando las carcajadas.

—*¡Na zdorovie!* —brinda Paco en ruso, quien ha repuesto su vaso y servido otra ronda a los demás.

—¡Por el encuentro! ¡Salud! —responden a coro clavándose ese vodka con sabor a revancha.

9

Las ventanas del alto techo de la fábrica de cojinetes, fríos rectángulos de la noche, empiezan a clarear con la luz del amanecer. Imperceptiblemente se invierte el juego de claros y oscuros. El interior del taller empalidece su amarillo eléctrico de lámparas y se oscurece poco a poco en contraste con las alargadas claraboyas que ya reflejan diminutos, destellantes, los primeros brillos del sol en el rocío condensado de sus vidrios. Cuando Marinka hace el horario nocturno, este instante es siempre un momento especial, largamente deseado. El día viene a rescatarla de un viaje interminable atravesando las horas opacas, sola en su torno, el pañuelo hacia atrás asegurando los cabellos y atado en la nuca, el delantal engrasado, gastando los ojos y los dedos para centrar los pequeños rodamientos, calibrar la herramienta, ajustar el goteo del aceite soluble, medir la pieza para comprobar que haya llegado al espesor correcto, sacarla, ajustar la próxima pieza, repetir la operación. Los párpados se dejan seducir por la canción de cuna de la máquina, que va y viene como péndulo de hipnotizador. Debe lavarse la cara varias veces para no rendirse al sueño. Vamos, Marinka, que ya falta menos para completar la producción, se anima a sí misma.

No se queja, el sueldo de oficial tornero es mejor que el de la fábrica de cosméticos. Le pagan 600 rublos contra los 350 que ganaba como simple operaria. La inseparable Luisa, Paula y Eloína se han cambiado con ella a la fábrica de cojinetes y rápidamente se han hecho amigas de las compañeras rusas. Lejos han quedado los días de La Joya. Paco ha sido atrapado cuando intentaba desplumar a un funcionario de rango menor del Comisariado del Pueblo de Comercio e Industria. Está preso en la cárcel de Butyrka, al norte de la ciudad, y pese a que ha recibido una condena de cuatro años, se salva de ser enviado al *Gulag*, lo que les permite mantener el vínculo con él a través de Paula, quien lo visita en la prisión. Marinka milagrosamente no estaba con el valenciano el día de la detención. Sabe que sin El Dedos no puede continuar y guarda a La Joya en la maleta del pasado.

Todavía comparte con Luisa el cuarto de Túschino. Chismes de amor y de trabajo, penas y alegrías cotidianas, dolores más profundos, ausencias, ingredientes no faltan para cocinar el guisado que alimenta cada noche las charlas y la amistad. A veces no trabajan en el mismo turno, entonces cuando se encuentran hablan hasta la madrugada para ponerse al día de todas las novedades.

La belleza de la *ispanski* y su carácter franco atraen la simpatía de Liosha, el jefe de taller. Con cualquier excusa está siempre rondando el torno de Marinka. Lo ha sorprendido varias veces observándola desde las ventanas de la oficina de control y advierte su torpeza cuando se da cuenta de que ella lo ha descubierto mirándola; no sabe qué hacer para disimular y se apura por fingir que anota algo en la planilla o que busca cosas en los bolsillos. El hombre la dobla en edad, está casado con una supervisora de la fábrica y es un buen comunista, tres herméticas compuertas de un dique que contiene las correntosas aguas del deseo. Aguas que de todas maneras se filtran, aplacadas, por la mansa acequia de la protección paternalista.

—La he convocado, *tovarich*, para anunciarle que ha sido seleccionada para la promoción

stajanovista de este mes. La dirección está muy satisfecha con su desempeño, su responsabilidad y su dedicación al fortalecimiento del socialismo. Su trabajo es un ejemplo para los demás compañeros. Competirá con las otras fábricas metalúrgicas de Moscú por el puesto de mejor tornero —el jefe se congratula de ser él quien le informa la noticia.

La URSS necesita reconstruir rápidamente su capacidad industrial y echa mano del *stajanovismo*, un sistema de competencia entre trabajadores para aumentar la producción concebido antes de la guerra sobre el ejemplo de Akekséi Stajánov, un minero que en 1935 estableció un récord de extracción de carbón en una jornada de trabajo. La obsesión de Stalin es superar los niveles de producción y la productividad de los principales países capitalistas, estadísticas que alguna rama industrial soviética consigue emular e incluso sobrepasar durante determinado período, pero que en índices constantes la economía de la URSS está lejos de establecer pese a su acelerado desarrollo y tecnificación. Cada mes, las portadas de los principales diarios destacan a los trabajadores *stajanovistas*, quienes son invitados especiales en los actos oficiales, visitan las escuelas y fábricas, gozan de ciertos privilegios y son promovidos como héroes entre la juventud soviética.

—Gracias, *tovarich*. Me sorprende la designación.

—No se subestime, Marinka —el jefe, estrenando confianza, la llama por su nombre, cuando antes siempre se dirigió a ella por el apellido —debe sentirse orgullosa.

—Y lo estoy, *tovarich*. Gracias.

En realidad está sorprendida. Nunca le interesó la emulación socialista y no le atrae para nada la medalla del Trabajador *Stajanovista* que lucen los fotografiados en las páginas del *Pravda*. No se identifica con los noticieros y filmes de propaganda que pasan antes de las películas, donde robustos trabajadores y bellas campesinas cantan sonriendo los himnos de los héroes de Stajánov y prometen superar las cuotas de toneladas establecidas para la cosecha y la producción fabril del Plan Quinquenal, con la mirada lejos, al porvenir, que la cámara registra en contrapicado hacia las nubes. Su inscripción en el *stajanovismo* es más pecuniaria. El trabajo a destajo le permite en algunos meses casi duplicar el sueldo de oficial metalúrgico. Ella trabaja duro porque no conoce otra forma de ganarse la vida. Ha seguido el camino de su padre, a quien extraña con toda el alma, del que no tiene noticia alguna y al que sueña siempre trabajando en la misma fábrica de amianto de Bilbao.

Pero la sorpresa mayor aparece unos días más tarde, cuando al entrar al trabajo están esperándola la dirección en pleno de la empresa, dirigentes del Partido Comunista de Moscú, del *Komsomol* —la Juventud Comunista—, y un reportero y un fotógrafo de la *Komsomólskaya Pravda*, el diario de los jóvenes comunistas. En un acto frente a todos los trabajadores, el director, alto y circunspecto, debe agacharse para colgarle la medalla *stajanovista* a la Mejor Tornera de la Unión Soviética y con un discurso casi idéntico al que ha visto decenas de veces en el cine elogia su trabajo, llamando a sus compañeros a seguir su ejemplo. La música que empieza a sonar en los parlantes del taller y el destello de la lámpara del flash la marean. Sus pies pierden la firmeza del suelo que pisa todos los días y parecen titubear sobre la cubierta de un barco extraño. Un barco que no navega, que flota. Que la aleja del puerto conocido de sus compañeros, de su torno, de los ruidos familiares de las máquinas, de los olores húmedos y acres del aceite, del ritmo neumático de los balancines y las prensas resoplando sus labores, del silbido cortante de las guillotinas, del chirriar de las zorras de carga trayendo las planchas y barras de hierro y llevando los cojinetes terminados, de las luciérnagas intermitentes de las chispas, de la boca de lava del horno y sus suspiros de humo, del timbre agudo del puente grúa balanceando las lingadas sobre sus cabezas, de su cotidiana jornada de obrera metalúrgica. No trabaja ese día. El

periodista inquiera sobre su vida y su historia. Tiene que posar para las fotos en su puesto de trabajo, junto al torno y sus compañeras, en la puerta de la fábrica.

Al día siguiente, desde la portada de la *Komsomólskaya Pravda* una Marinka sonriente la despierta. Sobre la foto y a continuación de su nombre, el título elogia en grandes caracteres a la joven tornera. La nota refiere el drama de los refugiados de la República Española, la historia de su llegada a la URSS, su trabajo durante la guerra en la fábrica de Sarátov, la llama Héroe de los Trabajadores, convoca a los jóvenes a imitarla. Luisa ha corrido a comprar el diario antes de que amanezca. La residencia está alborotada, todos la felicitan. Pero su inesperado viaje por la fama recién comienza.

No pasa una semana para que la redacción del diario se inunde de cartas dirigidas a ella. Vienen de los rincones más distantes del enorme territorio soviético. Le escriben obreras y jóvenes estudiantes, niños y niñas, y sobre todo muchachos, trabajadores, soldados, universitarios. Por supuesto que no podría contestar todas las cartas, la redacción del *Komsomólskaya Pravda* tiene un grupo de periodistas que lo hacen por ella. Marinka sólo las firma, como las decenas de autógrafos que estampa por la calle cuando alguien la reconoce. El diario publica una segunda nota dando cuenta del fenómeno postal. Esta vez posa frente a un escritorio repleto de sobres y cartas abiertas con una lapicera en la mano y mirando al fotógrafo como quien ha sido sorprendida en la tarea de contestar el voluminoso correo. Ya no viste su delantal azul de obrera y su cabello no está oculto por el pañuelo. Ahora un trajecito entallado resalta su figura y un moderno peinado destaca la clara firmeza de sus ojos. ¡Qué orgullosos estarían su padre y Félix si pudiesen verla! ¡Emilia mostraría el ejemplar del *Komsomólskaya Pravda* a todo el vecindario! Los buenos momentos, las alegrías, perlas raras en un mar de privaciones, terminan opacados por la añoranza. Son esos instantes los que más evidencian la ausencia de su familia, la necesidad de compartirlos con ellos. Recorta y guarda las notas; nunca ha perdido la esperanza del reencuentro.

Todos los días alguien toca la puerta de Túschino o se presenta en su trabajo queriendo conocerla. Agustín Gómez, otro niño que sobresalía jugando al fútbol en la Casa de Odesa y que ahora descuella como capitán del Torpedo, equipo de la fábrica automotriz Stalin de Moscú, la viene a visitar a la fábrica y se fotografía con ella, con gran revuelo de los demás compañeros que interrumpen sus labores para acercarse al mago de la pelota, el jugador del momento. Marinka no se encuentra cómoda en andas de esa imprevista fama, que por otro lado no la exime de las dificultades de cualquier soviético, más allá de algunas ventajas como entrar gratis al cine o disfrutar del servicio de peluquería sin hacer la cola. Cuando puede, se esconde y les hace decir a sus compañeras de residencia que no está, que se ha ido de viaje, que está trabajando. En la fábrica, más de uno la mira con recelo, una aureola molesta y ríspida la aísla del trato franco que tenía con todos antes de la medalla. La mayoría de sus compañeros no simpatiza con el *stajanovismo*, lo sienten como amenaza de desigualdades más que como promoción. De todas maneras, dura poco la celebridad, tal vez un poco más que una comida luego de una visita al mercado negro. Nuevos *stajanovistas* ocupan su lugar y pronto la fugaz estrella de Marinka deja de destacarse en el cielo soviético y vuelve a orbitar la constelación de los rusos de a pie, la anónima galaxia de la lucha cotidiana.

Es un alivio. Su mundo son sus compañeros, sus amigos, algún amorío sin pretensiones, el grupo de españoles de Túschino. Espera con ansiedad las fiestas del Centro Español que se organizan en Moscú. Con sus zarzuelas, sus comidas típicas, las jotas, sardanas, pasodobles y fandangos, mantienen encendida la llamita de la tierra lejana y añorada. En esos encuentros puede conversar y cantar en español, algo que no le faltaba cuando estaba en la Casa de Semasco, su pequeña España. Comparte con todos los refugiados la necesidad de mantener su lengua natal,

ahora que están integrados a la sociedad soviética como estudiantes y trabajadores y que deben comunicarse necesariamente en ruso. Sólo tienen oportunidad de hablar en español en las fiestas o en las residencias donde viven con otros compatriotas.

—¡Vamos, Marinka, no puedes perderte el encuentro de esta noche!

—Es que no tengo vestido, Luisa. Y además, recuerda que trabajo por la tarde esta semana. Cuando salgo ya no llego a la fiesta.

—Por el vestido no te preocupes. Pilar es de nuestro talle y no va a venir con nosotros. Puede prestarte el de ella sin problemas.

Marinka y Luisa comparten el único vestido. Hace unos meses vendieron el de Marinka para comprar comida. Tienen un sistema de relevos bastante eficiente. Sorteán quién sale primero; debe regresar a la hora estipulada para permitirle a la otra salir en segundo turno. Podría decirse que es el vestido el que sale y lleva alternativamente a una amiga dentro; que ellas son la ropa del vestido. Cierto es que por ahora no han podido salir juntas, salvo esta noche que Pilar puede cubrir la falta.

—¿Y con el trabajo qué hago, Luisa?

—Vamos, Marinka... como si no lo hubiésemos hecho antes.

—Está bien. Espérame que voy a la fábrica y vuelvo.

Antes de salir, Marinka calienta agua y la vierte en un frasco que tapa, envuelve y coloca un rato en cada axila. Este febril compañero viaja con ella hasta la puerta de la fábrica. Sin fichar la entrada y con cara descompuesta, se presenta en la enfermería.

—38°6. No puede trabajar con esta fiebre, *tovarich*. Mañana venga aquí de nuevo para ver cómo sigue —el enfermero extiende el certificado y Marinka se muerde la sonrisa.

La fiesta del Club Skalov promete esta noche. Marinka, Luisa y Julio se templan bien de vodka antes de salir. Toman el tren en Túschino y combinan con el tranvía al llegar a Moscú. Suben al segundo coche riendo. La boletería, una moza de uniforme azul abotonado en dorado, boina de lana inclinada hacia un lado, la cartera de cuero marrón atravesada en banderola, los rollos de boletos colgando de la correa y los guantes que dejan la punta de los dedos libres, cuando les corta y les entrega los pasajes también ríe. Entre jóvenes hay complicidades que no necesitan palabras. Van cantando todo el viaje. Los pocos pasajeros que andan a esa hora no precisan comprender el idioma de las alegres canciones para saber que el trío es español. Los *ispanski* se han hecho fama de alborotadores entre los moscovitas. Cuando bajan en la avenida de Leningrado ha empezado a nevar. Una a cada lado del brazo de Julio, de largo sobretodo y abrigado sombrero de piel, caminan rápido para engañar al frío, en la esquina saltan al mismo tiempo apoyándose en Julio para descender a la calzada; la involuntaria y sincronizada coreografía les arranca nuevas risas. La fiesta empieza antes de entrar, en el aliento de su arrollante juventud, en la alegría de saberse vivos, en la promesa de los días por venir. Esta noche todo lo pueden, pese a únicos vestidos, platos demasiado escasos, diciembres demasiado fríos y terruños demasiado lejanos.

Juanillo es alto, un pocito le divide el mentón en dos hemisferios, habla más con sus ojos marrones y sus manos varoniles que con su boca. Lo ha conocido aquella noche helada de Moscú, en la fiesta de los españoles. Gorrión de ala quebrada por un desengaño, encuentra refugio en la tibieza de esa vasca chispeante y entradora. Marinka termina sentada sobre la mesa sin saber cómo, tal vez el vodka sí sepa de esas cosas. Tiene los pies helados. Cada vez que va a una fiesta desprecia las gruesas medias de lana y los ajustados y abrigados pantaloncillos que se usan debajo de las faldas y cubren todo el muslo pero no permiten lucir las piernas. Viste unas bragas hechas por ella, pues no se consiguen en los almacenes, y unas medias finas que descubren sus encantos y congelan cualquier coquetería. Juanillo se da cuenta, arrima su silla para quedar frente a ella, le quita los zapatos, lleva los pies hacia sí y los frota sin dejar de mirarla por entre el mechón que le cae sobre la frente. Ella no precisa más nada. Un obús que ninguna *triboga* anuncia le estalla en el medio del pecho. No le da tiempo a guarecerse, ni quiere. Y por si no bastara, Juanillo besa para el desmayo.

Se ven un par de veces más y ya no pueden dejar de verse. Pronto, la imagen de niño abandonado que despertó su instinto protector en la fiesta deja paso a la figura de un joven locuaz, ocurrente y alegre. Tan marcado es el contraste que se pregunta si la historia del romance trunco que le contó esa noche no fue una tramposa táctica de conquista. Haya sido como haya sido, ya no tiene importancia. Ha caído en las redes del pescador de invierno y su cuerpo de delfin no hace esfuerzo alguno para zafarse; se podría decir que está cómodo en ellas, que las siente más como hamaca que como prisión de cuerdas y se deja columpiar mansa y gozosamente.

Juanillo dibuja todo el tiempo. Debería haberse inscripto en la Escuela de Arte, piensa ella, que ahora es su única modelo. La dibuja sobre cualquier papel que encuentra, mientras charlan, cuando pasean, sobre el tronco de un árbol con su cortaplumas, en los vidrios empañados del tranvía nocturno. Pilas de papeles dibujados van ocupando el cuarto y el asombro de Marinka. Sutilmente, como los trazos del lápiz de Juanillo, arroman las aristas de ese vacío postal de papeles no escritos, o quizás escritos pero nunca recibidos. Su figura, su retrato, esbozados en carbonilla, sombreados en grafito, delineados en tinta, sobre cartón, sobre papel, sobre lienzo. Se le hace costumbre verse en el dibujo, tanto como a él dibujarla.

En cada encuentro van desgranando sus historias. Él le cuenta su infancia en Donostia, el recuerdo de la primera vez que su padre lo llevó en su barca pesquera, la huida junto a su hermano hacia Bilbao cuando los fascistas toman Irún y cierran la frontera con Francia, su viaje a la Unión Soviética, su estadía en la Casa N° 9 de Leningrado, el interminable asedio nazi de casi tres años, los compañeros que murieron de hambre, congelados, tuberculosos, en la defensa de la ciudad, el traslado a Moscú después de la guerra.

El Parque Gorki es su paseo preferido, sobre todo cuando llega la primavera. Han bajado en la estación Park Kultury del Metro y traspasan el monumental arco encolumnado de entrada de la calle Krymski Val. Se detienen para contemplar el ballet acuático de la fuente y luego caminan

abrazados por los senderos de nogales y castaños que bordean los jardines. Los tilos estrenan sus vestidos verdes. Los canteros, sus tapices de tulipanes y de rosas. Se sientan frente al lago. Un aroma de revelaciones envuelve la atmósfera.

—Creo que si todo este viaje ha tenido un sentido fue el de encontrarte. Tú haces que todo lo pasado valga la pena. Sólo quisiera volver a España contigo, reencontrar a los míos y que te conozcan. Que tú puedas juntarte con tu familia, conocerla —le confiesa mientras la dibuja con una ramita sobre el polvo de ladrillo que pavimenta la senda.

Lágrimas que no saben a mar ni a distancia, que no surcan ácidas sino que acarician, se dejan deslizarse hacia los labios de Marinka, endulzan el beso y las palabras.

—¡Qué hermoso que lo dices, Juanillo! Es así que lo siento. Es exactamente así que lo siento.

—Sabes, Marina, cuando volvamos voy a concretar mi sueño de chaval. Me veo al timón de una barca roja con el puente blanco como aquella en que mi padre se hacía a la mar y que volvía cargada de bonito, de anchoa, de merluza. ¿Y a que no sabes cómo la llamaré? ¡Pues, Marina, tú qué crees! Le pintaré tu nombre en letras del color del trigo.

No es la tibieza de un sol entusiasmado la que ha derretido la nieve esta primavera. Otra calidez que crece desde su pecho irrumpe en el aire. Como los manzanos y los cerezos de abril, los días de Marinka se brotan de colores.

Mientras el torno desbasta la pieza, se sorprende pensando en Juanillo. Su cuerpo lo reclama, lo necesita. Nunca le ha pasado antes, y esa nueva sensación le agrada y le incomoda a la vez. El exilio y la guerra han hecho callo sobre su propia suficiencia, ha aprendido a valerse sola y ahora esa cosquilla deliciosa y molesta la invade con escozores de dependencia. La herramienta ya no encuentra material que torrear, hace rato que ha terminado la pieza, que sigue girando loca. Ella deja sus cavilaciones, como quien acaba de hacer dormir a un niño colocándolo suavemente en la cuna para que no despierte, y ajusta el próximo cojinete. Ha descubierto un motivo más para esperar que el día asome en las claraboyas del techo de la fábrica.

Para verse, la cosa no es fácil. Juanillo es electricista en la fábrica de tornos y máquinas herramienta Krasny Proletari y no siempre coinciden sus turnos. Cada vez que se encuentran, en el cuarto que comparte Marinka con Luisa y otras españolas o en el de él, que también es compartido, llegan con sed de semanas y de sueños. La primera dificultad es sortear las disposiciones que no permiten la permanencia nocturna de visitantes ajenos a la residencia. La segunda, protegerse de las miradas de los compañeros de alojamiento. Con astucia y algún soborno saltean la primera. Con mantas, la segunda. Cubren el amor como cubrían las ventanas durante la guerra. Se hacen un lugar para la intimidad tensando alambres de pared a pared por sobre la cama, de los que cuelgan telas para armar un improvisado cubículo. Andar en puntillas por el filo de lo prohibido y de lo expuesto, mordiéndose los suspiros y los gritos, agrega una pizca de pimienta a los encuentros.

En las vacaciones de verano las fábricas disponen de colonias de descanso para los trabajadores. Quedan en las afueras de la ciudad, en medio de bosques, cerca de alguno de los numerosos ríos o lagos que rodean Moscú. Marinka vacaciona con sus compañeros de la fábrica de cojinetes y Juanillo con los de su fábrica de máquinas herramienta. Se escriben y se envían tarjetas postales y fotos. En la última que le manda, al pie de la imagen en la que se lo ve atlético y bronceado, cruza una provocadora dedicatoria: *Un pequeño recuerdo de este que te quiere... y mucho te engaña.*

—¡Mira la desfachatez del chaval, Luisa! —se indigna ante su amiga.

—Vamos, Marinka, que tú no te has quedado atrás. No puedes reclamarle nada. ¿O acaso te olvidas de Volodia?

El vendaval de rabia se le frena en seco.

—¿Sigo enumerando?

—Tienes razón, amiga —una sonrisa pícaro le baila en la cara—. Pero yo no ando mandándole postales donde me ufane de ello. Y no es la primera vez. ¿Recuerdas las fotos del verano pasado y las de los festejos de Año Nuevo de Krasny Proletari? Esa rubia desabrida no se despega de su lado. En cada foto parece la sombra del desgraciado. Y cuando le pregunto, se hace el distraído y me suelta «¿cuál rubia, mi amor?» A ver si se piensa que soy ciega. Le arrancaría uno por uno todos los pelos de paja a la mosquita muerta de la ruski.

—Es cierto, Juanillo te clava las banderillas. Busca enfurecer al toro. Dice que te pones más linda cuando te enfureces. Pero también es ocurrente. Bien que la pasas de maravillas con él. ¡Y cómo te hace reír!

Marinka vuelve a la foto y ya no ve las letras azules. Se detiene en el cuerpo joven, los músculos de deportista, el mechón que adora, la pose desafiante sobre el fondo de lago y de bosques, la piel morena de sol. Se deja acariciar por el chispear de esos ojos pícaros. Sabe que es la única dueña de esa mirada. Vuelve a sonreír, ahora halagada. El ramalazo de celos se evapora como las penas al calor de ese julio sofocante. También ella tiene sus amoríos de verano. Finalmente son jóvenes, están alejados y han sido educados para el amor en una libertad que se llevaría de patadas con la represión impuesta por el fascismo y la Iglesia católica allá en su lejana España.

Juanillo se integra al grupo de Túschino y con él su hermano Cecilio, que trabaja también en Krasny Proletari, y su cuñada Francisca. Cecilio es tan robusto como decidido, tiene pasta de líder y no es de los que se dejan acunar por la nostalgia. Hace tiempo que viene buscando la forma de regresar a España. Quiere salir hacia Francia con Francisca y su pequeña hija Maite. Saben de otras parejas que han tenido problemas por estar casados con rusos y creen que siendo un matrimonio español las autoridades soviéticas no pueden negarse. La guerra terminó hace años y no existen razones para impedir la salida de los que quieran volver. Comienza entonces una campaña entre la colonia española. Expone en una carta las trabas que pone el gobierno soviético a su voluntad de repatriarse y el deseo de los evacuados a la URSS de reencontrarse con sus familias concluida la guerra. Stalin ha puesto ahora como condición para los que quieran volver que sean reclamados por sus padres, requisito de imposible cumplimiento porque la mayoría son huérfanos de guerra o, si aún los tienen, no guardan contacto con ellos. Los impedimentos no son ajenos a la dirección del PCE exiliada en Moscú que, con Santiago Carrillo y la *Pasionaria* a la cabeza, se oponen a la repatriación. Han llegado a acusar de traidores a los que manifiestan su deseo de regresar a España, porque prefieren el espejismo de una vida burguesa a la noble tarea de construcción del socialismo. Cecilio, con silenciosa precaución, larga a circular la petición entre los españoles residentes en Moscú, quienes la firman, y la hace llegar a las Naciones Unidas a través de la Cruz Roja. Cuando la ONU pide explicaciones al Kremlin sobre la situación de los niños enviados por la República que aún permanecen en su territorio, el gobierno soviético niega cualquier impedimento. Pero pasado el cuestionamiento diplomático, se mantiene en su negativa.

Cuanto más obstáculos acerrojan el regreso, más crece en Marinka la ansiedad de volver a España, a su familia, de la que no tiene ninguna noticia desde hace demasiados años. Sentimiento que late al unísono con el de Juanillo. Es el tema excluyente de todas sus conversaciones.

—Cecilio no se da por vencido. Está como mulo en su determinación de volver. Ya prepara otra petición. Y te digo, Marina, cuando a mi hermano se le pone algo en la cabeza, mejor apártate de su camino, porque no le importa lo que tenga delante.

—Ojalá sea así, Juanillo. Me desespera no saber nada de los míos. ¡Daría cualquier cosa por

abrazarlos!

—Mira, estuve pensando en ello. Si la situación de los refugiados llega a cambiar algún día, tendríamos más posibilidades de salir si estuviésemos casados.

—¿Me estás proponiendo casamiento, chaval?

—Bueno, no lo tomes tan formalmente. Es sólo para facilitarnos la repatriación.

—Ah, entiendo. Entonces quiere decir que si no fuera por eso, no te casarías conmigo. ¿Acaso no me quieres?

—No seas boba, mujer. Sabes bien que te quiero con toda mi alma —Juanillo la toma por la cintura y la besa lenta y profundamente al tiempo que con la otra mano sostiene su cabeza. Un beso que sabe al primer beso.

Recorren del brazo la ribera arbolada del Moskova, la pesada capa blanca ha comenzado a doblar las ramas hacia el piso. Juanillo elige un banco solitario, su mano enguantada despeja la nieve hasta que aparece el entablillado de madera. Se sientan a contemplar la ciudad y el futuro. Ella se acurruca sobre su pecho y lo abraza fuerte. Cierra los ojos y se esfuerza para imaginarse con él en España. Pero por más fuerte que los cierra no consigue traer del recuerdo los olores del Nervión y los sonidos de Bilbao, el aire de Euskadi, el sol peninsular. Los años bajo el cielo ruso ya son más del doble de todos los años de su vida. La saca de su pensamiento un bullanguero grupo de niños que pasa empujando un trineo. Busca los labios de su amor y se aferra al beso como a la esperanza. La idea del casamiento le pone cuerpo al regreso, ahora casi puede acariciarlo.

Una semana más tarde, en una ceremonia tan sencilla como íntima, salen de la oficina de matrimonio civil con el certificado en la mano y la ilusión renovada de volver a España. No se privan de tomarse la clásica foto en la Plaza Roja. Aunque su matrimonio con Juanillo es de papel y sello. Un papel que le da fuerza a su pedido de retorno pero que no les modifica su vida cotidiana. Están casados pero no conviven, las residencias para matrimonios son muy solicitadas y hay que anotarse en un eterno listado. Cada uno sigue trabajando en su fábrica, viviendo en su residencia y encontrándose en la complicidad de sus cuartos compartidos. Disfrutan de las salidas con amigos al cine, al teatro y de los paseos por el Parque Gorki. Pero esa llamita que traen encendida desde que partieron de España va haciéndose incendio por dentro, alimentada por nostalgias y recuerdos.

Y el regreso a su país no es el único viaje que se les imposibilita a los *ispanski*. No pueden trasladarse por la Unión Soviética sin un visado y cuando el buen tiempo propicia las salidas al campo, aun siendo a poca distancia de Moscú, deben tramitar un permiso, requisito que no tienen que cumplir sus compañeros rusos.

—¡Me cago en la madre que los parió a estos funcionarios! —se indigna Juanillo.

—Nos complican las cosas a los refugiados —agrega Francisca—. Hasta para ir al cine los ruskis tienen más beneficios.

—Cierto —asiente Pilar—. A mí me gustaría ser rusa para poder ver todas las veces que quisiera las películas de Lolita Torres y no sólo una, como nos dejan. ¡Qué bueno es mirar cine hablado en español! ¡Y cómo actúa y canta Lolita!

—¡Joder, chavales! —irrumpe Cecilio —¿Y por qué no sacamos el pasaporte soviético y pronto?

—Tienes razón, Cecilio, igual nunca dejaremos de ser españoles —se entusiasma Marinka.

No pasa mucho tiempo para que todos se muestren las flamantes *Propiskas* de rojas tapas estampadas en dorado con el escudo soviético de espigas de trigo abrazando la hoz y el martillo, el mundo y el sol y coronado por la estrella roja. No les ha sido tan engorroso tramitarlas, como al

común de los ciudadanos. La URSS todavía reserva algún privilegio para los hijos de España, aceitado por las gestiones del Partido Comunista Español en el exilio. En contrapartida, deben cuidarse de no hablar de las dificultades cotidianas de la patria adoptiva delante de cualquiera, incluso de ciertos españoles; cualquier comentario negativo puede ser interpretado en clave de traición por los oídos suspicaces de algún camarada demasiado celoso de la fidelidad a Stalin. En tiempos de escasez y de represión, la sospecha se prodiga a la vuelta de la esquina, en el vagón del Metro, en la fila de las compras, en el vestuario de la fábrica y hasta debajo de la cama.

Un día que la lluvia instala su ritmo de redoblantes sobre los techos y las calles de Túschino, golpea a la puerta José Luis, que viajó con ellos en el *Habana* y que estuvo en otra Casa de Niños. Lo reconocen sólo por su decir ceceoso y la mirada triste que embarcó en Santurce, infinitamente más triste ahora. Mal afeitado, la lluvia no consigue alisar las arrugas de su ropa, tantas como lleva su cara; ha envejecido al punto que casi no parece tener la misma edad que ellos. Desesperado, les cuenta su historia y les pide quedarse un tiempo allí. Voluntario en el Ejército Rojo durante la guerra y ferviente comunista, cayó en una purga junto a otro grupo de españoles, entre los que había combatientes republicanos de la guerra civil. Estuvo primero en los sótanos del siniestro edificio amarillo de la plaza Lubianka, sede de la temida NKVD, frente al cual los moscovitas bajan la vista y apuran el paso. Luego fue enviado al *Gulag* de Karaganda en la remota Kazartan. Hace dos meses que ha logrado escaparse y viene eludiendo controles y uniformes con otros dos compañeros, a quienes ha perdido en la huida; espera que ya hayan logrado salir del país. Por su boca, Marinka y los españoles descubren otra URSS que aparecía velada en comentarios a media voz, chismes en las sombras y entrelíneas de las noticias. José Luis no ahorra detalles del horror que ha vivido. Los interrogatorios para que confiese crímenes que no cometió, las torturas para que entregue los nombres de los traidores de inexistentes conspiraciones contra el pueblo, los trabajos forzados, el frío, el hambre y las enfermedades entre los alambres de púas, las ametralladoras y los perros de los guardias. Los miles de prisioneros que quedaron bajo la nieve, los miles que aún sufren el infierno.

Se hará pasar por un español más que está buscando trabajo en Moscú. Su secreto queda en el círculo de los amigos, ni los demás españoles saben de su historia. Para algunos, tira más la lealtad a la *Pasionaria* y al Partido. En poco tiempo más, José Luis consigue reanudar viaje. No preguntan cómo ni hacia dónde, sólo lo abrazan y le desean suerte. La partida le deja a Marinka un gusto amargo y una espina clavada en medio de la gratitud que siente por la Unión Soviética.

Comparten las fiestas de fin de año junto a Cecilio y su familia, y mientras cuelgan con Maite las mandarinas en el árbol de Navidad y brindan por un pronto regreso a España, Juanillo se queja de un dolor agudo en el costado y lo atribuye a un esfuerzo hecho en el trabajo. Es el primer síntoma de un cuadro que se repite varias veces. A las pocas semanas, debe internarse de urgencia por un fuerte ataque al hígado. Le diagnostican una cirrosis fulminante.

¿Cuándo fue que este invierno impiadoso ha invadido con sus nubes agoreras los brillantes días del amor?, se pregunta Marinka en el tranvía, rumbo al hospital. ¿Cuándo los besos y los sueños, los proyectos del retorno, mudaron sala de espera, sueros y enfermeras? ¿En qué distracciones andaría para dejarse atrapar por esa sombra gélida donde anidan las arañas que oprimen, que asfixian, que acechan la esperanza? Hace apenas dos primaveras que está con Juanillo y parece que ha estado desde siempre. Que él es tan suyo como sus ojos, como el pensamiento, como el pulso de su pecho. Como el humito de su aliento que desafía el aire helado de Moscú cuando baja del tranvía. Como sus pasos debatiéndose con algo más pesado que la nieve. No puede imaginarse sin el amparo de su abrazo. Y ahora tiene que ocultar sus temores tras su mejor sonrisa para darle ánimo, para contagiarle un pedacito de cielo español a la turbiedad de

su mirada, atontada de morfina. Le habla de los planes tejidos entre ambos por los senderos del Parque Gorki, de la lucha incansable de Cecilio por abrir la puerta del regreso, le cuenta tonteras de la fábrica, le trae mensajes de sus compañeros, del grupo de amigos. Él la mira como si no la viese. Su cuerpo enflaquecido es la imagen del cansancio. Marinka siente que el esfuerzo por atender sus palabras lo cansa más y se calla. Le toma la mano, que él estrecha débilmente. Quedan en silencio hasta el fin de la visita, son el eco mudo de los copos que caen del otro lado de la ventana.

Casi todos los días, ni bien sale de la fábrica, corre a verlo al hospital. Esta vez se ha demorado un poco porque se detiene a comprarle un cuaderno y un lápiz. La última visita lo ha visto un poco mejor y quiere animarlo a que vuelva a dibujar. El pasillo hasta la sala donde está internado se le hace más largo que nunca. El médico se adelanta para darle la noticia, a su espalda dos enfermeras deshacen la cama vacía. El cuaderno se desploma como una paloma con las alas rotas, el lápiz se astilla contra el piso y el ruido que hace su negro hueso de grafito al quebrarse atruena en el silencio congelado de la sala. Sin aviso, sin *tribogas*, como bombardeo imprevisto, como traidor artero, como asaltante en medio de la fiesta, Marinka se queda sin Juanillo y es un tren detenido en vía muerta a la espera de la locomotora que la saque de la nieve, de la tristeza, de la nada. Huérfana y ahora viuda, el estado civil de lo perdido y lo arrebatado se ha ensañado con sus jóvenes veintiséis años.

No hay duda alguna, la carta está dirigida a ella, tiene su nombre escrito en español y traducido en caracteres cirílicos que alguien ha copiado junto con la dirección. Las monocromas estampillas representan paisajes del otro lado del mundo. Al voltearla y leer Félix en el remitente señalado en Buenos Aires, República Argentina, el temblor de sus manos le impide abrir el sobre.

Cuando el sueño viaja de la noche al tacto, cuando los anhelos se condensan en lágrimas, cuando veinte años se comprimen en la palma, no alcanza todo el aire del mundo para respirar hondo. Ese papel rectangular, tan simple, tan blanco, tan con su nombre al frente, el sobre que miró tantas veces con envidia en manos de otros refugiados, que toda su vida ha estado esperando, ahora palpita en sus manos como una caja mágica a punto de soltar su bandada de respuestas. Casi dos décadas sin saber si padre, prima, hermano, están vivos o muertos y sin poder decirles que ella está allí, mujer ya, ansiando un abrazo que dure para siempre.

Si estás leyendo estas líneas es que por fin te habré encontrado, querida Chatilla... Marinka debe interrumpir en el primer párrafo. El océano contenido tanto tiempo llega en olas a sus ojos de almendra. *Terminada la guerra regresé desde Francia a reunirme con nuestro padre. Desde entonces es que te hemos estado buscando. Padre guardaba un puro para fumárselo el día que te halláramos. Como el que se fumó el día que naciste, decía. No pudo, el pobre falleció hace cuatro años con la amargura y la tristeza de no verte otra vez. Otra oleada de sal y de emoción la obliga a parar nuevamente. España está muy mala, hermana. Yo he venido a la Argentina a tentar suerte alentado por la tía Cándida, que ha llegado a esta tierra hace años. He montado una pequeña empresa y tengo bastante trabajo. Miles de imágenes se desprenden de cada palabra de Félix y como mariposas aletean en los pensamientos de Marinka. Con Emilia conseguimos tus señas en Moscú hace poco a través de la Cruz Roja. Ella está bien. A poco de tu partida tuvo una hija, Tonita, del miliciano aquel con quien salía. ¿Te acuerdas cuando venía del frente? Íbamos donde Emilia y nos quedábamos mirando cómo limpiaba y engrasaba el fusil. Él ha muerto en la batalla de Teruel y Emilia y Tonita se han ido a vivir a Madrid. No podíamos escribirte desde España, las cartas hacia la Unión Soviética son retenidas por la censura. Intentamos escribirte con remitente de la familia que me alojó en Francia pero seguramente no te han llegado porque no recibimos contestación. Escíbeme, cuéntame de tu vida. Tu hermano que tanto te extraña.*

Estalla en llanto. Marinka llora por su padre. La figura que se empequeñece en el muelle de Santurce desanda perspectivas y se agranda en la silueta que llenaba todo el marco de la puerta mano derecha del piso 2 de Zabala 25 cuando volvía de la fábrica. Corre a prenderse de sus piernas como corría Chatilla. Siente su mano callosa deslizarse sobre su melena de siete años. Su voz carrasposa de amianto celebrando cada victoria de la República y puteando cada bomba fascista. Se lo imagina solo, asomado a la ventana, asomado a una única pregunta, pasando los dedos por aquel puro que se va secando mientras lo desgarran en lágrimas reencontrar a su hija. Acompaña un entierro imaginario caminando del brazo de su hermano. Y cuando los imaginarios

sepultureros cubren de tierra imaginaria la desconocida tumba de su padre, sabe que una parte de ella queda allí para siempre. Qué cruel esta puta muerte escondida, que ni avisa ni permite despedidas. Qué terminante, qué redonda, que consuma orfandades. Qué ladina, que viaja de polizone en los correos de las buenas noticias.

Entonces, también llora de alegría. Como a contracorriente, las lágrimas van de la sal a lo dulce. El océano desagua en los ríos. Sigue con el dedo la caligrafía de Félix tratando de dibujar la figura de su hermano a través de sus palabras. Lleva el sobre a la nariz para rescatar los aromas de su sangre desde lo hondo de la nostalgia. ¿Cómo será ahora aquel niño que compartía con ella la lejana infancia bilbaína? ¿Cómo, su voz masculina? ¿Qué historias le contará antes de dormirse? ¿Aún será tibia la caricia de Emilia? ¿Qué fragancias vendrán aleteando de sus manos? Una urgencia de reencuentro le estrema el cuerpo. La herida de la familia ausente supura bajo la costra seca de los años. Quiere abrazarlos ya, quiere volver con Emilia.

Se intercambian varias cartas desde aquella primera. Y fotos. Marinka descubre a un hombre fuerte y plantado que apenas recuerda al niño que jugaba a la pelota en la calle Zabala, frente a la parroquia de San Rafael. Lo ve con fondo de alguna plaza de Buenos Aires, junto a Teresa, su prometida. Posando en la puerta de su empresa de cajas fuerte con su socio. Su perfil repite la figura paterna. ¡Joder! Es que su hermano tiene ahora la edad que tenía su padre en el muelle de Santurce, la última imagen que tiene de él y que regresa a su memoria desde las postales. Ella le envía sus mejores fotos, con pudor descarta aquellas en que aparece demasiado flaca. No quiere que Félix sepa del hambre y del frío, quiere mostrarse con su mejor sonrisa, sus pómulos encarnados, su figura satisfecha resaltada por sus ropas más alegres. Al dorso le anota *Aquí estoy con Luisa en la Plaza Roja; Éstos son mis cuñados Cecilio y Francisca con su hija Maite; Acá estamos con Juanillo remando en el Parque Gorki, cómo me hubiera gustado que lo conocieras*. Espera cada correo con ansiedad de una pionera de diez años, cada carta que recibe completa las piezas que faltan en el rompecabezas de su vida. Cada carta que envía va cargada de detalles para que Félix pueda completar el suyo.

La triangulación postal con la Argentina le permite también intercambiar noticias con Emilia, aunque los correos se demoran semanas. El primero que recibe es una postal de ella y de Tonita en el Parque del Retiro. Qué cambiada está. Parece sentir sobre sus hombros el peso del franquismo, aunque la derrota no ha conseguido doblegar su porte altivo. Desde el centro de ese rostro enmarcado por el cabello recogido chispea todavía la mirada tenaz bajo cejas resueltas, las aletas de la nariz aguileña alertas, ligeramente retraídas. La figura de Tonita completa las imágenes que recuerda de su prima y confirma el tiempo transcurrido. Tonita tiene la estampa de la Emilia que dejó en Bilbao hace casi veinte años. Es como si alguien hubiese compuesto la postal con una foto antigua y la foto actual. Su prima viste una falda oscura y una blusa clara; la hija, un vestido estampado de flores, luminoso al sol del verano madrileño. Detrás, sobre el espejo martelado de brillos de un lago, tres patos dejan una fina estela blanca. *No vemos la hora de tenerte con nosotros, mi Chatilla*, ha escrito con letra ansiosa Emilia.

Félix reclama su repatriación a través de la Cruz Roja, pero tropieza una y otra vez con la negativa soviética. Y cuando más trabado está su regreso, por una vez la historia sopla vientos propicios. Tras la muerte de Stalin en 1953, la URSS entra en una etapa de desestalinización que tiene su momento culminante cuando el premier Nikita Krushev denuncia los crímenes de su predecesor en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, a comienzos de 1956. Las relaciones entre Madrid y Moscú, en las antípodas de una guerra que provoca sus víctimas casi sin bombas, se distienden luego de que el nuevo gobierno soviético vota favorablemente el ingreso de la España franquista a las Naciones Unidas a fines de 1955, como

parte de una negociación que permite la aceptación simultánea de Albania, Hungría, Rumania, Bulgaria y once países más de disímiles matrices políticas. Se abre por fin un registro para los exiliados que desean regresar a España. Marinka recuerda las palabras de Juanillo sobre la vasca tozudez de su cuñado. Para ella, ajena a las jugadas de ajedrez de la diplomacia, es un triunfo casi personal de Cecilio. Con él y con Francisca, es de las primeras en anotarse y, para su asombro, sus solicitudes son aceptadas sin demoras. Partirán en la primera expedición rumbo a España que sale de Odesa el 22 de septiembre de ese 1956 a bordo del vapor *Krym*.

Luisa la acompaña a las tiendas Gum, que extienden su inmensa arquitectura sobre uno de los lados de la Plaza Roja en contrapunto con las murallas bermejas del Kremlin, en el lado opuesto. Donde éstas elevan una torre, el edificio de los grandes almacenes soviéticos responde con la pirámide truncada de otra torre con techos de pizarra negra; en contraste con los ciegos muros rojos coronados por el serrucho de almenas del Kremlin, el Gum abre pórticos, arcos y ventanas en su clara fachada de piedra. Donde uno cierra sus secretos, el otro ofrece sus mercaderías, todas las que se puedan encontrar en el país, desde una aguja a una cocina, desde un vestido a una herramienta. Bajo el enorme domo de vidrio del Gum, las amigas recorren las galerías de la tienda.

—Nada voy a dejar aquí, Luisa, hoy me gasto todo en regalos para mi familia. Quiero llevarle algo lindo a Emilia. También algo para Félix y su novia Teresa.

—Mira aquella cartera, Marinka. Apuesto a que no la comprarías si fuese para ti, pero a tu prima seguro le gustará.

—¡Tú y tus apuestas! Pero tienes razón. Sería muy cara para mí. ¿Crees de verdad que le gustará?

—¡Pues claro que sí! Ni lo dudes, amiga. Venga, vamos, entremos.

—Ay, Luisita, tengo tanta ansiedad por el regreso y también tanto temor. ¿Qué encontraré allá? ¿Será que me adaptaré a esta España facha y chupacirios?

—Tú ve y me cuentas. Con Julio vamos tras de ti en la próxima expedición.

Al fin llega el día de la partida. Marinka arma su valija en el cuarto compartido de Túschino. Unas pocas ropas, no tiene muchas, la cartera y un perfume Krasny Moskova que ha comprado para Emilia, un abanico chino para Teresa, su futura cuñada, una billetera de cuero estampado con los palacios del Kremlin para Félix, algo de comida para el viaje —el hambre no castiga ahora como en la guerra pero deja costumbres grabadas a fuego en el instinto—, los dibujos de Juanillo, fotos, postales y un patrimonio que atravesó bombardeos y éxodos y que lleva encima tantas *verstas* de geografía rusa como ella: la tarjeta DEPARTAMENTO DE ASISTENCIA SOCIAL DEL PAÍS VASCO - EXPEDICIÓN A LA URSS - N° 1391 y el alfiler de gancho que la prendía cuando subió al *Habana*, hace ya casi veinte años. Conserva ese cartón hexagonal como su boleto de regreso, con él salió de España por el puerto de Santurce y con él entrará de vuelta a España por el puerto de Valencia. Para Marinka tiene más valor que cualquier pasaporte, como si fuese la placa de identificación de metal que llevan los soldados al cuello cuando marchan al frente y que garantiza que ellos son ellos, cualquiera sea el estado en que la metralla haya sorprendido a sus cuerpos.

La enorme estación ferroviaria de Kievsky parece pequeña para contener toda la emoción de la despedida. Luisa y Julio, el grupo de españoles de Túschino y del Centro Español de Moscú; Paula y Paco, que ha salido de prisión; Eloína y las compañeras de la fábrica de cojinetes, todos están en el andén. También están los amigos de Juanillo y de Cecilio, quien viaja con ella junto a Francisca, su hija Maite y el último integrante de la familia al que le han puesto Juanillo en homenaje al tío. Esta vez no hay bandas de pioneros tocando *La Internacional*, ni carteles de

despedida, sólo moscovitas que parten hacia el sur, soldados besando a sus novias, padres abrazando a su hijo, y unos reporteros del programa de Radio Moscú «Jóvenes españoles en la Unión Soviética» que van a entrevistar a las decenas de *ispanski* que parten rumbo a Odesa, casi ignorados por todos si no fuera por el jaleo que le meten a cada acto de la vida, sus risas y sus llantos nacidos bajo el sol ibérico y como él fulgentes, ardientes, abrasadores. La locomotora arranca lentamente como si le costara remolcar el peso de dos décadas de exilio. Marinka saluda asomada por la ventanilla y arroja flores a los amigos que quedan en la URSS, hasta que ya no los distingue entre la gente que va y viene por el andén. El tren deja la estación, quedan mirándose en silencio con Cecilio y su mujer, sentados enfrente. Una nostalgia recién nacida le humedece la vista y Moscú se difumina tras las ventanillas, comienza a evaporarse en recuerdo.

Hace más de diez años que terminó la guerra pero al atravesar Ucrania todavía pueden verse esqueletos calcinados de las casas alcanzadas por las bombas, los restos de algún tanque o de un vehículo militar al costado de un camino, la cola de un avión emergiendo entre sembrados. Son señales que recuerdan lo mucho que le costó al pueblo soviético derrotar al invasor. Silenciosos monumentos negros.

Casi no reconoce Odesa. ¿Será porque la ciudad que acunó los cuatro años más tranquilos de su infancia rusa ha cambiado tanto o porque los ojos que la miran son los de una mujer de casi treinta años? ¿Es la mirada la que ha cambiado o son los edificios? ¿Lo diferente es el paisaje o es ella? El breve trayecto de la estación de tren hasta el puerto no alcanza para responder estas preguntas. Lo único que sí registra su memoria es la larguísima escalera Potemkin que desciende de la ciudad hacia los muelles. No es el cochecito del filme de Eisenstein el que cae ahora escalones abajo; es su maleta rusa, que guarda los veinte años en la URSS, la que se despeña en un desorden de sensaciones al reencuentro de su patria natal; es su corazón el que golpea en un momento desde su prisión de costillas y al momento siguiente salta tras los dientes, para aparecer luego martillando las sienas o angostando la garganta.

En las oficinas portuarias han dispuesto largas mesas para registrar a los españoles que regresan. Los *ispanski* forman fila ante una docena de puestos aduaneros con máquinas de escribir, formularios y sellos. Deben entregar sus *Propiskas*, los pasaportes soviéticos, y se les extiende una certificación de tránsito para presentar ante las autoridades españolas por todo documento. Los hombres pueden embarcar con sus esposas rusas, no así las españolas casadas con rusos, que no están autorizados a salir con ellas. Los funcionarios que registran los datos tienen más apuro que celo y no exigen otra documentación que la palabra para dar por cierta la declaración, por lo que algunos se dicen solteros, otros ocultan a sus hijos rusos y algunos más cometen omisiones y mentirillas varias. Los rusos que han tenido oportunidad de intimar con los exiliados españoles saben que la prolijidad y el acatamiento de disposiciones burocráticas y formalidades administrativas no figuran entre sus virtudes, si acaso fueran virtudes.

Llega el turno de Marinka. El funcionario anota su nombre y apellido.

—¿Lugar de residencia en la URSS?

—Túschino, Moscú.

—¿Es usted casada o soltera?

—Viuda —Marinka no tiene necesidad de mentir. Lleva en su maleta la mitad de las cenizas de Juanillo en una de las urnas de bronce y pie de madera que ha torneado Cecilio en la fábrica, la otra la transporta él con la otra mitad de las cenizas de su hermano.

El funcionario le entrega el papel sellado y Marinka siente que ha nacido de nuevo, o peor, que no ha nacido aún, que se está desprendiendo de su identidad soviética pero que no tiene una patria y está flotando en un limbo sordo y blanco como flotan los copos antes de ser nieve sólida

sobre las calles de Moscú. Si el desarraigo tuviera identidad, tendría la forma de aquel certificado de tránsito, válido sobre la cubierta bamboleante de un barco aunque un papel sin valor en el suelo firme de cualquier país de la Tierra.

Sus amigos la despiden con un *¡Da svidan 'ya!* —hasta la vista—, pero ella sabe que cada paso que da en el muelle de Odesa es el último sobre el suelo soviético. Al subir la planchada del *Krym*, no puede evitar mirar a la niña de diez años de melena castaña peinada con moño hacia el costado, una tarjeta hexagonal prendida a la solapa de su tapadito, que va unos pasos adelante y que gira la cabeza, le sonrío y le tiende la manito; y darse vuelta para ver cómo otra de catorce, que sigue sus pasos, con el birrete de pionera de la Unión Soviética, la borla cayendo hacia la frente, le indica con ojos de miel que suba, que ya está bien, que acepta las gracias por todos estos años y que la vida sigue hacia adelante, que la esperan horizontes nuevos, besos interrumpidos y besos que recién son yema en las ramas de los días. Es el cuarto barco que aborda en su vida, pero esta vez no huye de ninguna guerra, no necesita protegerse en la profundidad de ninguna bodega de pájaros negros que vomitan fuego desde el cielo. Este viaje es en un cómodo camarote, acompañada por amigos y compatriotas que vuelven. Este viaje es hacia el abrazo.

El Mediterráneo es verde y calmo, es esperanza. A medida que se acercan a España crece en los repatriados una ansiedad fogueada por las vigiliadas en cubierta con la mirada fija en el poniente, como si sus ojos pudieran clavar amarras en el horizonte y tirando de ellas con sus manos hacer que el *Krym* navegue más rápido. Han soñado tanto este momento, han esperado tanto este regreso que ese anhelo duele de urgencia ahora que está cada vez más próximo a concretarse. Cada milla que avanzan, sus latidos van imponiéndose sobre el ritmo de las calderas del barco. Buscan el eco de la tierra patria como pulsiones de un sonar lanzadas al mar para que España les confirme que está allí, que no es ilusión, que es roca, que es sol, que es familia. Al pasar por entre Ibiza y Mallorca todos se reúnen en la proa. Dicen los viejos marineros que el primer signo de la costa se siente en las narices, que los olores de la tierra vienen en alas de las gaviotas y en ondas de las olas. Será por eso que Marinka cierra los ojos y cree sentir los cítricos perfumes de Valencia, la bienvenida de azahares que impregna la brisa marina. Cecilio, junto a otros compañeros, se ha trepado al mástil de proa, donde flamean las banderas soviética y española, y otea la línea donde el mar termina, línea que empieza a plegarse de marrones y blancos demasiado inmóviles para ser ola.

—¡España! —se le ahoga a Cecilio el grito desde lo alto.

Todos lloran y quedan abrazados, las lágrimas fijas en la costa que agranda sus detalles y dibuja los contornos del puerto, de la ciudad, del regreso.

El faro de la punta del espigón se eleva más alto que la alta chimenea blanca con la hoz y el martillo rojos del *Krym* cuando pasa a su lado. Son exactamente las tres de la tarde en el reloj de la torre del viejo edificio de la dársena cuando el barco amarra. Es un limpio día de otoño, el sol guarda resonancias del verano. Nadie suelta la barandilla y todos saludan desde cubierta a la gente que ha venido a recibirlos. Reporteros, fotógrafos y algunos familiares los están esperando. Los diarios no han dado demasiada publicidad al arribo de la primera expedición de exiliados desde la URSS, la anterior repatriación de los prisioneros de la División Azul ha causado tanto alboroto que el franquismo teme que se repita la escena con manifestaciones de apoyo a la República. Los representantes del gobierno y de la Cruz Roja suben al *Krym* y se autoriza el desembarco. Cecilio es el primero en pisar suelo español; se arrodilla, toma un puñado de tierra de entre los adoquines del muelle y lo besa. Lo siguen los 385 repatriados y sus 147 hijos nacidos en Rusia en una fila emocionada que busca las miradas del reencuentro. La banda municipal les da la bienvenida con los pasodobles *El gato montés*, *El Gallo* y *Como mi España, ni hablar*. Y en

deferencia hacia los soviéticos toca *Las danzas del príncipe Igor*. Hay abrazos de padres ya ancianos con sus hijos ya adultos, hay hermanos que quedan mirándose largamente luego del abrazo, una madre que se desmaya y debe ser atendida, nietos que ven por primera vez a sus abuelos. Una señora que ha venido de Francia exhibe esperanzada una gran foto del marido desaparecido en Rusia durante la guerra con la inscripción: «¿Han visto ustedes a mi marido?» y detiene a cada uno para preguntarle. Marinka busca a Emilia entre los que han llegado a recibirlos. Pese a las fotos que ha recibido de ella, teme no reconocerla, ¡han pasado tantos años! Cuando los últimos abrazos se llevan a los afortunados que encuentran a su familia, se da cuenta de que su prima no ha venido.

Son acompañados ante las autoridades de Migraciones por miembros del Auxilio Social de la Falange, enfermeras de uniforme blanco y oscuros personajes de paisano que no pueden disimular su pertenencia a la policía franquista. Los oficiales aduaneros, con burocrática y parsimoniosa cadencia, despachan primero a los repatriados que la familia ha ido a recibir. Marinka es de las últimas en pasar. En la estrecha oficina todo es opaco. Los trajes de los funcionarios, las miradas de los funcionarios, las sillas, el escritorio, el archivo detrás del escritorio. Bajo un gran retrato del Generalísimo y un crucifijo, un escribiente dactilografía sobre una ficha los datos que requiere el oficial con timbre monocorde e impersonal. Nombre, apellido, nacida el, en la ciudad de, nombre del padre, nombre de la madre, hermanos, última dirección en España, procedencia, profesión, estado civil, señas del domicilio en donde va a alojarse, datos de la persona que la recibe... Las preguntas son un goteo de ácido sobre veinte años de ausencia. Sobre un viaje que lleva ya dos décadas. Bilbao, padre, Félix, Moscú, Emilia, cada nombre que los tipos imprimen en el papel convoca sus imágenes. El ambiente frío y húmedo de la oficina de Migraciones se va entibando con la memoria de los rostros queridos. Pero enseguida los protege nuevamente en su recuerdo; no vaya a ser que la atmósfera inquisidora y hostil de ese cuarto mancille el deseo del reencuentro.

Una mano enguantada toma su mano, entinta las yemas de sus dedos y con fuerza los presiona contra la ficha para dejar las impresiones digitales. La patria natal pareciera rechazar todo contacto con su piel. Los repatriados de Rusia son sospechosos de portar una nueva lepra, la lepra de estos tiempos llamada comunismo. Mientras se limpia con un trapo sucio impregnado en trementina, se pregunta si está entrando a su país natal o a una cárcel, si esta España puede ser todavía más cruel que aquella que bombardeó su infancia. Una voz, que ha abandonado su monotonía para adoptar un tono imperativo, la vuelve a la grisura de esas cuatro paredes.

—Se le advierte, señora, que deberá presentarse con la regularidad requerida en la delegación de policía de la ciudad donde viva, de la que no podrá trasladarse sin permiso, so pena de ser expulsada del país. También se le deja aclarado estrictamente que tiene prohibida cualquier actividad sindical o política, que quedará castigada con la cárcel o el destierro. La persona que la aloja también es responsable por su comportamiento. ¿He sido claro?

Marinka asiente. Un sabor agrio y pastoso arde desde la boca hasta el alma. Esta última prohibición no rige exclusivamente para los que han elegido regresar a su patria. Vale para cada uno de los casi 30 millones de españoles, que sólo pueden adscribirse a la Falange Española de las Jons (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), requisito casi indispensable para procurar trabajo, y, si lo consiguen, deben afiliarse obligatoriamente a la Organización Sindical Española (OSE). El partido único y el único sindicato. España «Una», el vértice de la tríada que completan «Grande» y «Libre» y que se grita con el brazo derecho en alto en cada acto en que se viva al Caudillo.

Marinka es alojada en un convento, junto a las otras mujeres a las que aún nadie ha reclamado.

En la celda que le han dado por habitación, un camastro con colchón de paja, un reclinatorio y una cruz por todo mobiliario, acomoda su valija. Se asoma a la ventana que da a la calle y la primera visión que tiene de la vida cotidiana de esa patria recobrada queda recortada por la estrechez de la abertura y cruzada por las rejas del claustro. Aferrada a la grilla de hierro le llegan los primeros sonidos de un día en España. Vienen como brisa cálida, como olas mansas, como bandadas de gorriones. Los automóviles, las bocinas, unos niños que pasan cantando de la mano de su madre, los valencianos que conversan en la acera del convento, el puesto de periódicos un poco más allá donde un muchacho vocea las noticias. Tras veinte años de escuchar la vida en ruso, sus oídos se sorprenden por la música de aquella serenata que sube desde el pie de la ventana. Perciben un acento extraño, al que no están habituados y que sin embargo les es tan propio como el nombre. Y de pronto se da cuenta. ¡Pues que aquí todos hablan español!

MARINA

*No hay risa que no hiera.
No hay palabra
para nombrarla entera.
¿A dónde va esa mujer?
Sólo lo saben
los pájaros secretos.*

Cuando sale de la misa a la que está obligada a concurrir diariamente en la capilla, una mujer vestida de negro se recorta contra las blancas paredes del convento, es un faro en medio de toda tempestad, de toda destemplanza.

—¡Emilia!

—¡Chatilla!

Sólo alcanzan a decirse sus nombres antes de que el abrazo tan deseado les anude en la garganta dos décadas de palabras no dichas. Entonces hablan las manos, que se recorren en silencio, como las manos de la madre recorren el cuerpito del recién nacido para confirmar que todo está en su lugar, que no falta nada, que los rasgos corresponden a los perfiles familiares. Habla la piel, que trata de amoldar la impronta del recuerdo a los olores y texturas del reencuentro, como la madre acomoda la figura del bebé que tiene en brazos por primera vez a la del que sintió en su vientre por nueve meses pero que no podía ver. Se reconocen por el calor que irradian los latidos más que por la imagen que devuelven los ojos. Emilia, tan coqueta en el recuerdo de los días bilbaínos, está opacada en la oscuridad de esos vestidos, los cabellos cortos y veteados de blanco, ningún aro ni brillo que resalte el garbo de su figura asturiana. Y sin embargo, en sus brazos se siente el amparo, el refugio, la anhelada caricia de una madre. Marinka ya no es aquella niña que subía la planchada del *Habana*, es ahora una joven y hermosa mujer de mirada luminosa y mejillas encarnadas, lo que, junto a su peinado alzado, su pañuelo y sus ropas rusas le confiere una apariencia de *matrioska*.

Luego de que las dos mitades de tela que rasgó la guerra han comenzado a zurcir la trama de fragancias, rehilvanar cada hilacha de memoria, emparejar la tensión del tejido, reconocerse urdidas en el mismo telar, entonces sí se enhebran las palabras. Emilia da un paso atrás para contemplarla de arriba abajo y se aparta, sin dejar de sostenerla por los hombros, toda la distancia que permiten sus brazos.

—¡Venga, Chatilla, mírate! ¡Que estás hecha toda una mujer! ¡Qué porte, mi niña! ¡Estás guapísima!

—Es que ya casi cumpla treinta, Emilia.

—Tonita se muere por conocerte. Todos estos años no ha dejado de preguntar por ti. Es que eres una hermana mayor para ella. ¡Ay, Chatilla, cómo te hemos echado en falta! Pero ya me contarás en el viaje a Madrid todo lo que has pasado en Rusia. Anda, vamos por tus cosas y salgamos de este sitio que huele a cirio, a flores muertas y a Falange.

Caminan del brazo y no dejan de hablar. Los edificios, los automóviles, los autobuses de doble piso, el bullicio de la gente, los carteles, todo es extraño para Marinka, que compara las dimensiones estrechas de este paisaje con las anchas avenidas y los monumentales edificios de Moscú, los tonos luminosos de las calles valencianas con la paleta monocroma de la arquitectura soviética. Toman el tranvía hacia la estación ferroviaria. Sin dejar de prestar atención a la conversación con Emilia, ella tiene en alerta todos sus sentidos. Colores, olores, sonidos, texturas.

Todo entra a su asombro a la velocidad del tranvía y todo lo contrasta con la vida rusa. No consigue verle la cara al que está sentado frente a ellas, sólo aparecen sus manos y sus piernas por los bordes del periódico que lee. Bajo el logo del *Levante*, acompañado del haz de flechas falangistas impresas en rojo, ella recorre los titulares. A pesar de que nunca ha dejado de leer en español debe esforzarse para seguir los caracteres latinos donde estaba acostumbrada a encontrar el alfabeto cirílico. SE CUMPLEN 20 AÑOS DE LA EXALTACIÓN DEL CAUDILLO A LA JEFATURA DEL ESTADO. Y enseguida: FRANCO SIGNIFICA UN CONSTANTE EJEMPLO DE INTELIGENCIA, ABNEGACIÓN Y PATRIOTISMO. Una foto del Generalísimo en uniforme de gala y cargado de medallas ilustra la nota. EL SEMO ES EJECUTADO A GARROTE VIL POR EL TRIPLE ASESINATO DE ALCUDIA. Más abajo: ESTADOS UNIDOS DA 16 AVIONES C-5 A MANISES. Y una noticia a toda página que la intriga como esos carteles de TV Anglo que sobresalen entre otros carteles publicitarios de Bayer, Coñac Torry, Agfa, y que coronan los edificios de la Plaza del Caudillo: ARIAS SALGADO INAUGURÓ LA EMISORA MADRILEÑA DE TELEVISIÓN. Al pie se leen las declaraciones del ministro: «LA TELEVISIÓN SERÁ UNO DE LOS MAYORES INSTRUMENTOS PARA EL PERFECCIONAMIENTO DE LA FAMILIA ESPAÑOLA». Los valencianos parecen conmovidos por la noticia a juzgar por la conversación que escucha a sus espaldas de dos señoras que avisan en voz alta, como para que todo el tranvía tome nota, que ellas ya han adquirido su aparato receptor.

El tranvía se detiene frente a la Plaza de Toros, que circunda sus cuatro niveles de arcadas de ladrillo y balaustradas blancas justo al lado de la terminal ferroviaria. Coloridos afiches proclaman la próxima corrida. Anuncian un grandioso acontecimiento taurino con seis bravos toros con la presencia del valiente matador Manuel Jiménez Díaz, *Chicuelo*. Mientras descienden junto a la mayor parte del pasaje, dos hombres comentan que la diputación estudia un proyecto para demoler el ruedo y construir otro nuevo en las afueras. Las mayólicas coloridas de los frisos de fachada de la Estación del Norte contrastan con el amarillo crema de los muros. En lo alto, un águila despliega sus alas de bronce. Custodia el tiempo del reencuentro que parece marcar el reloj de la torre central. Mientras esperan en el andén el tren a Madrid, Marinka se siente observada, estudiada, como si resultase extraña para quienes se cruzan con ellas, especialmente las mujeres, que se vuelven, la examinan de pies a cabeza con ojos de juez y se alejan con risitas de sorna sin dejar de mirarla por el rabillo del ojo.

—¿Por qué nos mira así la gente, Emilia?

—Déjalas. Es que esas ropas que traes ya no se usan por aquí hace años. Deben pensar que has venido del pasado y no de Rusia.

—¿Qué hay con mis ropas? Son ellos los que parecen venidos de otros tiempos. ¡Mira sólo cuánta sotana negra y cuánto hábito, cuánto guardia civil de tricorno hay por la calle!

—Tranquila, Chatilla, que ni bien lleguemos a Madrid te mando hacer unos vestidos nuevos.

—Que no precisas, Emilia, está bien así.

—¡Claro que sí, Chatilla! ¡Ya verán a mi niña paseando su figura!

El traqueteo del tren es la música de fondo de las palabras tanto tiempo guardadas, de las miradas reencontradas, de las manos que no quieren soltarse como aquella tarde en que prepararon la primera maleta de su vida en la casa de la calle Zabala. No les alcanza el viaje para ponerse al tanto de los veinte años de lejanía. Ella le cuenta los días de Odesa, de Sarátov, de Moscú. La guerra, los amigos, la fábrica, Juanillo. Emilia le habla de la muerte de su padre y del padre de Tonita, la dura derrota de la República, la represión y la vigilancia policial del franquismo, el traslado a la Capital buscando trabajo para criar a su hija, su pareja con Aurelio, que trabaja de taxista, el viaje de Félix a la Argentina. Y así, casi sin darse cuenta, están bajando

en la estación de Atocha y tomando el Metro.

A Marinka le chocan las paredes con publicidades pegadas caóticamente unas sobre otras, los andenes con colillas y papeles en el piso, la penumbra de ese mundo subterráneo madrileño en contraste con los luminosos palacios bajo tierra del Metro moscovita. La suciedad y el barullo de la Capital española contra la pulcritud y el orden de la capital soviética. También le resulta extraño el sonido de las conversaciones en español, le falta la cadencia de las voces rusas.

Emilia vive en el popular barrio de Chamberí, en la trastienda de un local de venta de lejía, trapos de piso, escobas y artículos de limpieza. Comparte el pequeño apartamento de un cuarto y una sala —que hace de comedor, cocina y segundo dormitorio— con Aurelio, con Tonita y su novio Ángel. Trabaja de mucama en un piso exclusivo del elegante barrio de Salamanca. Emilia le ha pedido a su patrona alojar por un tiempo a su prima-hija recién llegada de Rusia. La mujer, una actriz retirada que tiene un aprecio especial por ella, no ha puesto reparos y ha dispuesto uno de los cuartos para Marinka. Sin embargo, pasada la primera noche en ese dormitorio lujoso y ajeno, le ruega a su prima:

—Emilia, no lo tomes a mal pero prefiero quedarme aquí contigo, durmiendo a tu lado, en familia. Qué hago yo en una casa desconocida, por más cómoda que sea. Por favor, Emilia...

—Está bien, Chatilla, ya nos acomodaremos en este cuarto. Voy a agradecerle a mi patrona, no te preocupes. Te quedas con nosotros.

Con Tonita y Ángel hace buenas migas desde el primer día. La joven pareja le hace conocer Madrid, pasean por la Gran Vía; caminan los arbolados senderos de El Retiro, que encuentra pequeño al lado del Parque Gorki; visitan El Prado. En los cines se acaba de estrenar *Saeta del ruiseñor*, la segunda película de Joselito, el niño de voz privilegiada que es la sensación del momento. En lo oscuro de la sala, Marinka no termina de habituarse a los diálogos y las canciones en español, desconoce a todos los actores, celebrados por la platea con una familiaridad que la deja afuera, que evidencia su extranjería.

Tonita ha heredado el carácter de su madre y su convicción política. Participa de reuniones clandestinas de los socialistas que están recogiendo denuncias sobre la situación de los presos republicanos en Carabanchel y otras prisiones y de los que son obligados a trabajar en la construcción de la monumental obra del Valle de los Caídos que Franco está levantando en El Escorial, en las afueras de Madrid. Buscan atravesar la censura dictatorial para que el mundo se entere de las decenas de detenidos que están muriendo día a día por las duras condiciones de trabajo, la insuficiente alimentación y las enfermedades. Viéndola hablar y gesticular, Marinka reconoce a la fuerte mujer que la crió como su hija en los lejanos días de Bilbao.

Con quien no simpatiza desde conocerlo es con Aurelio. Se pregunta qué hace una mujer como Emilia al lado de ese hombre, que ha dejado a su esposa para irse a vivir con ella, al que ninguna bandera roja, ninguna guerra civil, ninguna mujer luchando hombro a hombro con sus compañeros ha movido un milímetro de su rígido machismo. Marinka ha sido educada en la igualdad de géneros, no siempre ejercitada en la URSS pero que se ha hecho carne en su pensamiento. No concibe a la mujer como sombra de ningún hombre. Ella se ha ganado sus derechos estudiando, cavando trincheras, trabajando fuerte sobre el torno; nadie podrá sacarle jamás las orgullosas conquistas que atesora su cuerpo. Y cuando se entera de que los setenta dólares que recibió al salir de la Unión Soviética para sus primeros gastos en España, que ella entregó a Emilia ni bien llegar a Madrid, se fueron en desayunos de chocolate con churros y en tragos del taxista con sus amigotes, traza una frontera de hielo con el desagradable personaje.

Emilia, por el contrario, se deshace en mimos para con ella. Saca de donde no tiene para que se sienta cómoda, en familia, en casa. Manda a confeccionar con una vecina costurera dos

vestidos y un tapado que eligieron en una revista de modas, reemplaza sus anticuados zapatos soviéticos, cerrados y de gruesos tacos, por unos más modernos y busca complacerla en todos los gustos. Los viernes van juntas de compras a la feria.

—Cómo has cambiao, Emilia, ha tenío que vení la Chatilla pa que me compre tomate y fruta todas las semana.

—¡Qué dices, mujer, si siempre te he comprado! —rápidamente busca desmentir a la andaluza bocona de la verdulera, pero no consigue disimular que ha sido descubierta ante Marinka, que baja la vista halagada y avergonzada a la vez por los cuidados y privilegios que le prodiga su prima.

Aunque intenta acomodarse a esta patria tan añorada pero tan extraña, hay algo a lo que no puede acostumbrarse y que cada vez la irrita más. Los policías franquistas vienen seguido al apartamentito de Chamberí y también la citan en la comisaría. Los obsesiona la sospecha de que entre los repatriados, formados durante veinte años bajo el régimen soviético, acechen caballos de Troya dispuestos a propagar el comunismo por la España del Caudillo. Y por otro lado, tienen la oportunidad de reunir información de primera mano de la URSS, muy requerida por los servicios secretos occidentales. La dictadura franquista debe hacer bien los deberes con sus nuevos aliados que, pese a que no exigen certificado ideológico en su lucha contra el peligro comunista, siempre recordarán el pecado original de su alineación con Alemania e Italia durante la guerra. Luego de una de sus periódicas visitas a la policía, Marinka sale mordiendo la rabia y con ojos de trueno. Emilia, que la ha estado esperando en la puerta, no consigue seguirle los enfurecidos pasos.

—¿Qué pasa, Chatilla? Anda más despacio.

—Es que estoy cansada de responder siempre las mismas preguntas. Que si pertenezco al Partido Comunista, que si he trabajado en Sarátov, que si no les dibujo la planta de la fábrica militar de aviones, que quiénes de los españoles que han sido repatriados y de los que han quedado allá tienen actividad comunista... Saben más de nosotros de lo que puedo acordarme. Yo respondo que no, que no recuerdo, que era una niña cuando la guerra. Hoy les he dicho que ya me dejen tranquila, que sólo he regresado a reencontrar a mi familia, que si tienen tanta curiosidad por qué no van ellos a enterarse, como fueron los de la División Azul.

—¡Bien dicho! ¡Me cago en todos los muertos de estos malditos fascistas! ¡A ver si se piensan que eres una chivata! ¡Como si no hubieras sufrido ya bastante con estar lejos de los tuyos por veinte años!

—Antes muda que chivata.

—Mira, Chatilla, yo me he prometido que viviré aunque sea un día más que este grandísimo hijo de puta y te pido a ti lo mismo que le he pedido a Tonita. El día que me muera me envolvéis en la roja, gualda y morada y me cantáis *La Internacional*. Pero no te preocupes, no pienso morirme antes de los noventa y no creo que el Generalísimo pueda aguantar tanto. La tormenta más negra no dura para siempre.

Los interrogatorios policiales no cesan, pero se hacen más espaciados. Los de la Brigada Político-Social se convencen de que nada útil pueden sacar de los labios de esa vasca empecinada y de que no constituye peligro alguno. La citan de vez en cuando, burocráticamente, sólo para que sienta que sigue vigilada y que no piense que les ha doblado el brazo. Al cabo de un tiempo, recibe su pasaporte español, que viene sellado con una advertencia explícita: *Válido para todos los países excepto la Unión Soviética*.

Se encuentra confortada en la casa de Emilia, ha vuelto a tener una familia. Sin embargo, una desazón le va ganando el ánimo. En la URSS nunca ha dejado de sentirse española, los propios soviéticos hicieron todo para que no rompiera lazos con su patria, pero España hace lo imposible

para que se sienta rusa. Stalin no la dejaba salir, ahora Franco no la deja entrar. Hija de la derrota, huérfana de padres, huérfana de patria, lleva escrito en la frente su destino errante. Ha recibido noticias de algunos repatriados que han llegado con ella en el *Krym* y en expediciones posteriores. Casi todos comparten ese desasosiego, inclusive sabe de muchos que quieren regresar a la Unión Soviética porque no se han adaptado, no han conseguido trabajo o vivienda. Y de algún otro que ha sido rechazado por su familia, que lo ve como un extraño. Luisa le escribe desolada desde Bilbao, a donde ha regresado hace poco con toda su familia. «Para qué has vuelto, mejor te regresas», le han soltado sus propios padres.

Fuera del refugio de la casa de su prima, Madrid se le hace cada vez más hostil. El corsé policial que mantiene el franquismo sobre la vida cotidiana la agobia, le quita el aire. Se fastidia con las citaciones de la policía que, aunque más espaciadas, no han cesado; con las miradas inquisidoras; con la sombra de la Iglesia que todo lo impregna. Pareciera que los madrileños, por temor o por cansancio, han terminado adaptándose a que les controlen cada uno de sus actos, su moral, sus opiniones. Esa actitud de rebaño la subleva y en su rabia arremolina víctimas y victimarios. El sereno del barrio es la primera línea de su lucha personal contra el fascismo. Para entrar a casa, cada vez que llega de noche, debe buscar su figura uniformada en capote gris y gorra de visera, porque es quien guarda las llaves de cada una de las puertas de calle del vecindario. Seca, cortante, le pide que le abra y ni se molesta en contestarle el Buenas noches. ¡Vé a informarle a los de la Brigada a qué hora llega la rojilla que volvió de Rusia, chivato de mierda!, mastica sus puteadas cerrando los dientes para que no escape palabra.

No quiere seguir en lo de Emilia sin aportar nada para la casa. En esta España es nulo el dicho «Donde comen cuatro, comen cinco». No se siente cómoda sin procurar su sustento, trabaja desde los catorce años y nunca ha dejado de hacerlo. Ni las bombas, ni el hambre, ni el frío han podido interrumpir sus labores. Si trabajó hasta el mismo día en que salió de la Unión Soviética, horas antes de embarcar en el *Krym*. Hace meses que intenta encontrar algún empleo en Madrid, pero no hay vacantes en ninguna empresa. No salen avisos pidiendo oficial tornero. De todas maneras le han dicho que ni lo piense, que las metalúrgicas no toman mujeres para ese puesto. Busca todas las mañanas en el periódico anuncios de operaria de lo que fuese, pero si aparece algo, luego de horas de fila y entrevistas interminables, siempre salta su pasado ruso en los informes que requieren las Oficinas de Personal a la policía. Ni siquiera su prima puede conseguirle un empleo de limpieza, pese a que las domésticas están emigrando a Francia, donde ganan mucho más que en España. El humor de Marinka se ensombrece como los días por venir, un horizonte lejano donde sólo brilla la lucecita del reencuentro más deseado.

Emilia, que la quiere con el alma y la conoce desde pequeña, se adelanta a ella y le saca de encima el peso que viene abrumándola.

—Chatilla, sabes que eres una hija para mí y que daría cualquier cosa por verte feliz. Hace días que tus ojos vienen hablando antes de que tú digas una palabra.

—Es que...

—No digas nada, niña. Sé que esta España no es lo que esperabas y quisiera tenerte junto a nosotros por siempre, pero también sé que tu lugar está junto a Félix. Tienes que ir con él, no lo dudes más. Por nosotros no te preocupes, lo mejor para ti es lo mejor para nosotros.

Una nube que no termina de deshacerse en tormenta ensombrece la ilusión del reencuentro con su hermano. Hace apenas unos meses que ha podido reunirse con Emilia, que ha conocido a Tonita y a Ángel y su alma golondrina ya agita alas para seguir viaje. Qué ilusión le hace reunir a todos los que quiere en una sola casa, en una sola ciudad, en una sola familia; como cuando niños en la calle Zabala. Pero la guerra los ha dispersado por el mundo y ahora debe elegir. ¡Cómo habrá

sufrido padre para soltarnos la mano! ¡Cuánta lágrima habrá mordido en el muelle de Santurce! Y lo que más le duele es dejar a su prima, tan fuerte para todo pero tan frágilmente expuesta al maltrato de un taxista sin cojones que lleva un pedo perdido por toda sombra. Tiene una deuda de protección con Emilia, más ahora que ha desnudado sus flaquezas ante sus ojos de mujer. Nunca entenderá qué la mantiene unida a Aurelio, qué secretas llaves posee éste de la intimidad profunda de su prima para lograr someterla a sus manipulaciones. Y aunque, en estos breves meses en Madrid, nunca se ha atrevido a encarar el tema con ella, lo importante es que la ha recuperado. Espera que antes de que puedan charlarlo algún día, ella se haya librado de ese lastre que apesta a alcohol barato, a sobaco agrio y a cigarro negro. Ahora, el deseo urgente es abrazar a Félix y con él, la memoria de su padre.

—¡Ay, Emilia! Es tan difícil para mí tomar esa decisión, pero hace veinte años que no veo a mi hermano. ¿Tú me comprendes?

—Venga, Chatilla —abre sus brazos para contenerla. —Cómo no voy a entenderte si casi puedo decir que te he parido.

El abrazo se extiende sobre las tejas del invierno madrileño, olvidadas del sol, las entibia con la fuerza de ese amor que ha resistido almanaques y distancias, sobrepasa los límites de la ciudad, saltea el Manzanares y luego el Tajo, sube los montes de Toledo, corre hecho lava por la meseta castellana y con un paso de danza pasa al otro lado del Guadalquivir, llega con todo el ímpetu a la costa del Atlántico y se lanza al océano siguiendo el rastro del atardecer hacia el oeste y luego enfila hacia el sur, hacia el vértice remoto del mundo donde un latido espera los acordes de su misma sangre.

Félix salta de felicidad cuando recibe carta de su hermana anunciándole que quiere reencontrarse con él. Le contesta diciéndole que no se preocupe por el pasaje, que él se lo manda desde la Argentina, que ya tiene hablado a un amigo para que empiece a trabajar en una fábrica de oxígeno hospitalario ni bien llegue, que por el alojamiento tampoco se preocupe porque se quedará con él y con Teresa en su departamento y que cuenta las horas que faltan para verla nuevamente. Marinka no lo sabe pero en el armario interior de su futura cuñada ya ocupa todo el cajoncito donde se guardan los celos y bastante espacio en el que almacena el rencor. Es que Félix le ha dicho que pospone el casamiento que venían planificando hace meses hasta que Chatilla no llegue a Buenos Aires. Pero, paradójicamente, por el mismo motivo encuentra en Teresa a la principal impulsora de su viaje. Es así que en un par de semanas llega el pasaje a su nombre en el *Highland Princess*, un transatlántico inglés de la Royal Mail Lines que cubre la ruta Vigo - Río de Janeiro - Buenos Aires y que sale el 14 de junio.

Mientras arma la valija con Emilia, no hay promesas de que sólo será por un tiempillo, ni justificaciones para sobrevivir, ni alegatos de un futuro mejor. Marinka lleva vividas muchas rondas de junios y de eneros, de pájaros y nieve, de lágrimas y abejas; ha aprendido que la vida no acepta garantías. Que su frágil barco traza rumbo sobre el mar pero es el mar el que dispone; tempestades, sorpresas, buenos vientos. Que la tierra firme es apenas una ilusión entre océanos. Que el único puerto seguro es el próximo y que la única certeza es la estela que deja sobre el agua, fugaz como su espuma, que pareciera desaparecer tras la popa, pero de la que el mar guarda memoria, huella profunda debajo de las olas para permitir el regreso. Sola otra vez, sola como ha estado siempre, ahora sabe que la soledad no es su enemiga sino su compañera de viaje, su amiga, su confidente. El latido del pecho y el latido de las estrellas son su guía y cuando pase el Ecuador y el mapa de la noche se inaugure de brillos desconocidos, sólo su pulso marcará el trayecto.

En el muelle nuevamente, esta vez en el gallego puerto de Vigo. Otra planchada, otro barco, otro océano. Ahora más grande, más lejano, más abierto. Tal vez sólo sea el mismo barco y sea el

mismo mar que juegan a cambiarse nombres y colores para hacerle creer que son distintas las travesías y las aguas, mientras dan vueltas como el carrusel de la infancia que conoció de la mano de su padre. Quizás sean uno, como ella. Y como ella sólo sea el tiempo el que transcurre sobre el eje de su cuerpo y su pensamiento. Tiempo que gira alrededor, pero no como un cojinete sino que asciende en espiral como un resorte. No para rodar y avanzar en línea recta sino para impulsarse y salir proyectada hacia lo impredecible. Tal vez nunca se haya ido de Bilbao y la guerra, las guerras, hayan sido un mal sueño en alas de pájaros negros. O quizás lo soñado sean los días del amor y la sonrisa y la realidad huelga a pólvora y espanto.

Río de Janeiro acrecienta a su geografía la noción de los verdes húmedos, selváticos, abrevando aupados en los morros de la orilla azul verdosa del Atlántico. Tan diferentes a los verdes fríos de la tierra rusa y a los escasos verdes secos de España. Es el toque de intensidad necesario para bajar a la mansedumbre del Plata. No percibe cuándo el mar deja de serlo y se dulcifica en el Río de la Plata, para ella sólo cambia de color, se amarrona, se vuelve tan perezoso que ni olas encrespa, ni sabores de sal esparce por el aire. Y ese horizonte que se estira, que se aplana en siesta de río y de pampa la acaricia con perfumes nuevos, la aquieta, la apacigua, la calma. Félix le ha dicho que bajo el sol generoso de este sur, la tierra da tantos frutos como el trabajo, que aquí son las balas las que mueren, oxidadas en la boca de los cañones, y los niños desconocen orfandades. Mientras Buenos Aires crece en la proa, Marina quiere creer que así sea, aunque a ella sólo le baste el abrazo.

Epílogo

Conocí a Marina hace diez años. Cuando mi amiga Graciela me presentó a su madre nunca pensé que iniciaría este viaje. Me enamoré de esa vasca medio rusa, bajita y pechugona, mirada chispeante donde no cabe la tristeza y una sonrisa a prueba de tragedias. Habla un castellano castizo que no le borraron sus veinte años en la Unión Soviética. La única española que conozco que, por haber pasado entre la escasez y las bombas la edad en la que se aprende a cocinar, no sabe cocinar. Comidas. Porque lo que es historias...

Esperaba cada encuentro en lo de Graciela y Daniel para escuchar los relatos de Marina, que comenzaban con un coro de invitados y finalizaban sólo con nosotros, ella contando y yo puro oídos, pidiéndole que las relatase otra vez y otra vez y otra vez. Al enviudar, se fue a vivir con Graciela y los encuentros se hicieron más frecuentes. Entonces maduró la idea de este libro.

Cuando yo nací, la Segunda Guerra Mundial aún estaba tibia. Estuvo presente en mi infancia en los juegos y los soldaditos de plomo, en las armas de madera que me fabricaba, en las historietas, en las películas del cine de mi pueblo, más tarde en las series de televisión. La efervescencia revolucionaria de los '70 aportó a mi adolescencia las canciones de la Guerra Civil Española y las historias heroicas de milicianos y brigadas internacionales. Me atrajeron desde siempre los breves relatos que se les escapaban a los tanos, gallegos y alemanes sobrevivientes de ambas guerras que habían buscado refugio en estas tierras. Toda vez que podía les preguntaba, pero ninguno contaba demasiado de lo que había vivido. No querían hablar. No querían recordar.

Marina sí. En su boca aquellas guerras adquirieron carnadura humana. Cruda, dolorosa y cotidiana, pero a la vez empecinadamente optimista. Habla de su historia en presente, como si todo estuviera sucediendo en el mismo momento que lo cuenta. Su palabra atraviesa el tiempo y el océano y brota fresca y viva, con múltiples registros simultáneos. En su relato veo, escucho, huelo, toco, siento, palpito. Es imposible no estar allí con ella. Correr con ella al refugio cuando suena la alarma, subir con ella la planchada del *Habana*, sentir el hambre pegado a las entrañas, la ansiedad del regreso, el reencuentro. Nunca le escuché una pizca de melancolía, ni de heroicidad, ni de lamento, ni de épica. Simplemente es lo que le tocó vivir y con eso vive, sin pretender olvidar ni dejar de contarlo. Y además guarda en una vieja valija, como aquella con la que salió de Bilbao a los diez años, un tesoro de recuerdos. La tarjeta con su número de embarque y su nombre, el alfiler de gancho que la prendía, tres álbumes de fotos, postales, recortes de periódicos, el fascímil del *Pradva* con su rostro en la portada.

Supe desde el primer momento que esta historia debía ser contada. Pensé en proponerle a alguno de mis amigos periodistas y escritores que lo hiciera. Finalmente, cuando me dio por andar atreviéndome a la palabra, oficio que heredé de mi madre, Miruh Almeida (a quien pertenecen los tres poemas que inician cada parte del libro), decidí escribirla. Con el hilo de la ficción fui cosiendo los retazos, zurciendo la trama, las imágenes, los recuerdos; agregué remiendos de contexto histórico. Todo lo que aquí se cuenta sucedió, aunque no obligadamente con la exacta fidelidad de fechas y lugares. Cualquier semejanza con la realidad es pura y deliberada

coincidencia. Recurrí para documentarme a las valiosas investigaciones publicadas sobre los «Niños de la guerra». Las cartas, fotos, dibujos y documentos que aparecen en esos trabajos sirvieron para completar con otras voces y otras imágenes los relatos de Marina. Situaciones que viven algunos personajes y sus palabras surgen de esos testimonios, aunque sin correspondencia necesaria con sus nombres reales y con los lugares donde transcurrieron sus historias. Este libro no tiene ambición biográfica, es apenas mi manera de agradecer a una maestra de la vida.

Rodolfo Luna Almeida
Villa Elisa, junio de 2017

Mujeres

A Marina González de Apodaca, por confiarme su historia. A mi madre, por enseñarme la palabra. A Olga Cosentino, Patricia Rojas, Andrea Onofrio, Mariel Zucchi, Helena Pérez Bellas, por su lectura crítica. A Paula Pérez Alonso, mi editora, por el cálido y respetuoso profesionalismo con el que guió los caminos de este libro. A todas, por la generosidad y el afecto. Gracias.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

